FRAY MOCHO



"COQUETERIA"

Por FERRANDO

N.° 775

1.3.1927.



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, 1.° de marzo de 1927 N.° 775

Carnaval, por Rojas



—Dicen de Madrid que es tal la higiene que allí se observa, que este Carnaval no se va a morir nadie por haber desaparecido todos los microbios.
—¿Y si alguno ha quedado vivo?
—Tendrá que andar disfrazado.



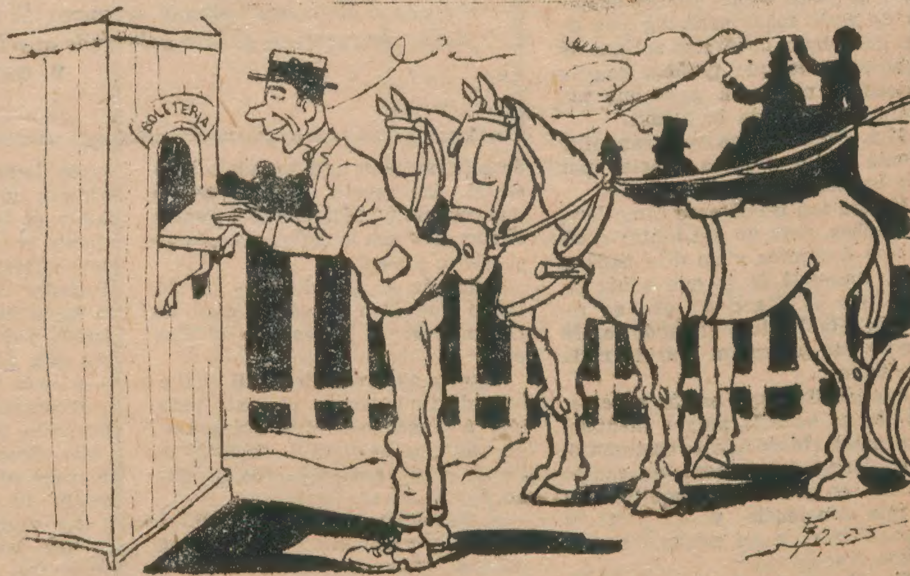
—La nariz de aquella máscara se parece a la de tu jefe de oficina.
—Como que es mi jefe.



—¿Estuviste en el baile de los aviadores?
—Sí; pero como no tenía entrada me sacaron volando.



—Lo que han hecho este año en el corso de la Avenida es una animalada.
—¿Y qué han hecho, Serafín?
—Iluminarlo con figuras de animales.



—¿Cuánto paga un coche de dos caballos por entrar en el corso?
—Cinco pesos.
—Entonces mi coche no paga nada porque no son dos caballos, sino dos yeguas.



Tres y un extra

Por Rudyard Kipling

Después del matrimonio llega la reacción, grande unas veces, pequeña otras; pero más tarde o más temprano llega y espreciso que las dos partes salten por encima de ella, si quieren seguir con la corriente el resto de la vida.

En el caso de Cusack Bremmil, esta reacción no se declaró hasta el tercer año después de la boda.

Bremmil era, la más de las veces, algo difícil de aguantar; pero fué un buen marido hasta que el pequeñuelo murió y Mrs. Bremmil se vistió de negro, adelgazó y lloró como si el Universo se hubiera desplomado sobre ella. Acaso el marido debió consolarla: creo que trató de hacerlo; pero cuánto más lo intentaba más se apesadumbraba ella y más desagradable se volvía él.

El hecho es que los dos necesitaban un tónico y le encontraron. Mrs. Bremmil pudo halagarle con sus sonrisas; pero no se trataba entonces de reír. En esas circunstancias Mrs. Hauksbee apareció en el horizonte, y donde ella aparecía había grandes probabilidades de perturbación.

En Sinla su apodo era *El Pretel*; el ave tormentosa; calificativo que según mis noticas había ganado cinco veces. Era una mujer pequeña, morena, delgada, casi flaca, con ojos grandes de un azul violeta que le bailaban en las órbitas y con las maneras más suabes del mundo.

Basta que se citase su nombre en los tés de la tarde, para que todas las señoras se levantasen y dijesen que no era una bendita. Era inteligente, graciosa espléndida; brillaba de un modo superior a su especie y poseía la malicia y la picardía de mil demonios. Podía ser buena hasta para su propio sexo, pero esto no viene ahora a cuento.

Bremmil se salió de sus casillas después de la muerte del niño y de la perturbación que le siguió, y Mrs. Hauksbee se le anexionó. No le gustaba a esta señora ocultar sus conquistas: se le anexionó públiacamente, viendo que todo el mundo lo advertía Bremmil paseó a caballo y a pie con ella, cuchicheó con ella, la acompañó a cacerías, a expediciones de placer, y la llevó a merendar en casa de Peliti, hasta que la gente arqueó las cejas diciendo: ¡que asco!

Mrs. Bremmil, permanecía entretanto en su casa, revolviendo las ropitas del niño muerto y llorando ante la cuna vacía. No se ocupaba de nada más; pero algunas de sus queridas y benévolas amigas, le explicaron lo que pasaba, con la extensión necesaria para que pudiera apurar toda la crema.

Mrs. Bremmil las oyó tranquilamente y les dió las gracias por sus buenos oficios.

No era tan inteligente como Mrs. Hauksbee, pero no era tonta: ocultó sus designios y no dijo nada a Mrs. Bremmil de lo que había oído. Esto es digno de que se recuerde. Hablando o gritando jamás hizo hasta ahora un marido nada tan bueno.

Cuando Bremmil estaba en casa, lo que no sucedía muy a menudo, era más cariñoso que de costumbre, pero descubría el juego. Su cariño tendía, en parte, a tranquilizar la propia conciencia, y, en parte, a tranquilizar a su mujer, ambas cosas fracasó.

Un día, el 26 de Julio, Lord y Lady Lytton invitaron a Mr. y a Mrs. Bremmil a Peterhoff a un baile, a las nueve y media de la noche.

—Yo no puedo ir — dijo Mis Bremmil, pensando bien lo que decía — está muy reciente lo del pobre Floro; pero eso no debe detenerte a ti, Tomás.

Mr. Bremmil replicó que no haría más que asomarse un momento. En esto mentía y su mujer lo notó. Adivinó — una mujer adivina con más exactitud que un hombre — que había prometido ir de de el principio y con Mrs. Hauksbee.

Entonces meditó, y el resultado de sus meditaciones fué, que la memoria de un niño muerto era menos importante que el amor de un marido vivo. Formó, en vista de esto, su plan arriesgándolo todo en él. En aquella ocasión reveló que conocía perfectamente a Tomás Bremmil, y con arreglo a este conocimiento procedió.

—Tomás — le dijo — el 26 tengo que ir a comer a casa de Longmores; tu debes irte al Círculo.

Esto le ahorró a Bremmil el trabajo de inventar un pretexto para irse a comer con Mrs. Hauksbee, por lo que se mostró reconocido, tierno y vil, todo a la vez, lo que no dejaba de ser hermoso.

A las cinco de la tarde salió a caballo, y a las cinco y media una enorme caja con tapa de cuero llegó a casa de Mrs. Bremmil de parte de Phelps.

Mrs. Bremmil sabía bestirse; no necesitaba para nada emplear una semana diseñando y cortando trajes, poniendo ballenas, plegando, guarneciendo o como esas cosas se llaman. El traje que había encargado era espléndido y de alivio de luto. Yo no puedo describirlo; era lo que el periódico *The Queen* llama una creación; una cosa que os deja atónito y con la boca abierta. Ella se preocupaba poco con lo que estaba haciendo, pero al contemplarse ante el espejo, vió con alegría que jamás había estado tan hermosa. Era una rubia espléndida y cuando quería estaba admirable.

Después de la comida en casa de Longmores se fué al baile, a donde llegó un poco tarde, y lo primero que vió fué a su marido dando el brazo a Mrs. Hauksbee. aquello la hizo enrojecer, y cuando los hombres se amontonaban a su alrededor rogándole les concediera un baile, estaba realmente hermosísima. Los concedió todos menos tres que dejó en blanco. Una vez su mirada y la de Mrs. Hauksbee se encontraron, y esta conoció que empezaba la lucha entre ellas.

Mrs. Bremmil inició el combate, no ocupándose al parecer de que existía su marido en el mundo, lo que comenzó a disgustar a este, que jamás había visto a su mujer tan encantadora. Colocándose a su paso, la miraba, embobado unas veces, furioso otras, cuando pasaba bailando con una de sus parejas, y cuando más y con más asombro la contemplaba más afectado se sentía.

Apenas podía creer que aquella fuera la mujer de ojos enrojecidos por el llanto, y que mal ataviada con una bata negra, salpicaba lágrimas los platos cuando se sentaba a la mesa. Mrs. Hauksbee hizo cuanto pudo por retenerle; pero, pasado algún tiempo, Mr. Bremmil, se acercó a su mujer y le rogó que le concediera un baile.

—Témome mucho que llega usted tarde, Mr. Bremmil — respondió ella, mientras sus ojos centelleaban.

Rogó de nuevo, y por fin, le fué otorgado el quinto vals; afortunadamente no le tenía comprometido.

Bailaron, y al verles, hubo algún movimiento de admiración en la sala.

Terminado el vals, el marido pidió que le concediera otro, no como un derecho, sino como un favor.

—Enséñame tu programa, querido — dijo Mrs. Bremmil, y el marido lo presentó temblando, como un chiquillo travieso presenta al maestro las manos llenas de dulces de contrabando. Estaba completamente sembrado de "HH" para bailar y para cenar...

Mrs. Bremmil, no dijo nada; sonrió despreciativamente, borró con su lápiz las haches puestas sobre los números 7 y 9, y puso sobre ellas su propio nombre. No; su nombre no, sino uno muy cariñoso, que sólo ella y su marido usaban en otro tiempo.

Hecho esto le devolvió el programa, mientras amenazándole con un dedo le decía:

—¡Ah! ¡Simple, simple!

Mrs. Heuksbee oyó esto y aunque procuró dominarse comprendió que había perdido la batalla.

Bremmil, aceptó reconocido el baile número 7 y con arreglo al número 9, se sentaron bajo una de las pequeñas tiendas del jardín. Lo que el marido dijo y lo que la mujer hizo, no nos importa.

Cuando la banda tocó *The Roast Beef of Old England*, los dos salieron a la galería y Mr. Bremmil a buscar el coche de su mujer, mientras ella se dirigía a ponerse el abrigo.

Aprovechando esta coyuntura, Hauksbee se le acercó y le dijo:

—¿Supongo que me llevará usted a cenar?

Mr. Bremmil se puso rojo, la miró con aire ententecido y respondió:

—¡Ah!... ¡Yo!... Me voy a casa con mi mujer. Esto no ha sido más que una ligera equivocación. Y siguió hablando de suerte que parecía que la única responsable era Mrs. Hauksbee.

Mrs. Bremmil volvió envuelta en un plumón de cisne, con una nube blanca alrededor de la cabeza. Parecía radiante de alegría y no le faltaba razón para estarlo. La pareja desapareció en la sombra marchando Bremmil muy arrimado a su mujer en el coche. Entoces Mrs. Hauksbee, que a la luz de las lámparas me pareció algo mustia y cansada, me dijo:

—Oiga usted y no lo olvide: la mujer más tonta puede gobernar a un hombre inteligente; pero se necesita una mujer muy lista para manejar a un tonto.

Dicho esto nos marchamos a cenar.

¿TIENEN ALMA TODOS LOS HOMBRES?

La mayoría de los hombres tienen un alma para todos; sólo unos cuantos privilegiados poseen una para cada uno. Esta alma de todos les da una cierta comunidad, un cierto parentesco de rebaño. La muchedumbre profesa alguna religión, y por ello una cierta apariencia de vida espiritual, en tanto que tienen sueños de inmortalidad; pero, en realidad, del alma sólo se acuerdan los días de culto y entonces, para alejarla más de este mundo, cada vez más. Creen que tienen más espíritu cuando más lo alejan. No piensan que el alma les haga falta en esta vida; así, la guardan escrupulosamente para que entre virgen al cielo. ¡Como si en el cielo fuese a entrar nadie que no se hubiese hecho digno en la tierra, por sentir en ella todos los desgarramientos de la maternidad y del dolor! Sólo éstos que tienen el alma trabajada deben ganar la gloria; sólo éstos tienen derecho al descanso. Si no se vive con el alma, no se siente, y no se siente hondamente, ¿qué mérito hay en vivir? Si es el alma la que ha de gozar, es también ella la que ha de sufrir y luchar. No basta con ser zapatero o con ser industrial; es menester ser "hombre". Mas, en realidad, sólo por los zapatos están ligados los hombres. Si cada uno tuviese su alma propia, les ligaría a todos, el sentimiento, porque entonces tendrían todos la gloria de sentir. Pero no es el alma lo que clama en el desierto de su vida: son las carnes desnudas que piden abrigo, o las bocas hambrientas que piden pan.

Sólo por esto, unos hombres claman por los otros. Jamás es el alma que llama al hermano. Si no sienten necesidades de espíritu, ¿cómo sabremos que lo poseen?

V. GARCIA MARTI.



SINTÉTICAS

PROYECTO QUE SE MALOGRA

En Italia, el ministro de Economía, señor Belluzzo, guiado de su propósito de combatir la crisis por que atraviesa la industria italiana de fabricación de ropas, ha pedido a las damas que desechen de su indumentaria las faldas cortas y adopten el uso de una especie de uniforme, equivalente a las camisas negras de los hombres, y el cual consistiría en unas faldas que alcanzasen a cubrir hasta los zapatos.

Creemos que la iniciativa del señor Belluzzo, aunque muy patriótica, no se salva del más rotundo de los fracasos, porque pedir a la mujer que sacrifique el poder de su elegancia y la seducción de sus atractivos, en aras del proteccionismo industrial, es como rogar al pez que nade en seco.

Por otra parte, la ley recientemente promulgada, que establece un impuesto a los solteros, está demostrando lo reacios al matrimonio que por allá andan los hombres, y si a esta disposición de ánimo se agrega el efecto desastroso que ha de producir, en el sexo fuerte, la desaparición de ciertos encantos femeninos, que podrían tornarse irresistibles, para ser sustituidos por la severa visión de esta suerte de hábitos talares, se nos figura algo así como suprimir el aperitivo al que padece de inapetencia.

El señor ministro no debe, pues, extrañarse si

Una decepción amarga
Su proyecto le reporta,
Pues, ya la moda se encarga,
En lo que a la falda importa,
De que, en vez de ser más larga,
Cada día sea más corta.

IDEALES LIQUIDOS

Laszle Mutot, residente en la ciudad húngara de Bucsak, era un honrado campesino al que no se le conocía más defecto que ser un acérrimo enemigo de la ley "seca".

Días pasados se encontró al pobre Mutot muerto sobre la nieve que cubría la campaña. Conducido, piadosamente, al pueblo, los parientes y amigos dispusieron el velorio del cadáver; y, de acuerdo con una costumbre nacional, los concurrentes a la velada fueron obsequiados con vinos y licores.

Cuando las copas corrían de mano en mano, el "cadáver" de Mutot levantóse, súbitamente, del ataud en que yacía, y, dirigiéndose a los concurrentes, reclamó, en tono enérgico, se le sirviera su parte de vino. Fiel a los ideales "húmedos", hasta más allá de la muerte, Mutot volvía de ultratumba a reafirmar sus principios vitivinícolas; pero esta exabrupta profesión de fe, costó la vida a dos de las personas que creían velar sus "despojos".

Estará, pues, en lo cierto
Quien afirme, con buen tino,
Que frente a un vaso de vino
Resucita cualquier muerto.

EL MAYOR PELIGRO

Según recientes noticias de París, el vecino señor Cotineau, que dormía apaciblemente en su alcoba, tuvo una terrible sorpresa al despertar y hallarse frente a un león, de fiero aspecto, que había saltado sobre su cama.

Afortunadamente, el león, que se había escapado de un circo próximo, no intentó ningún ataque contra el señor Cotineau, quien, sin embargo pasó por momentos de verdadera angustia.

Aunque Cotineau ha sufrido
Frente a un animal tan fiero,
Peor le hubiera ocurrido
De haber, ante sí, tenido
Otro animal: el casero.

La musa bohemia

por Carlos González Peña

Irradiaba la misma claridad diáfana de Abril. Bajo la caricia de los rayos crepusculares adormíase el pueblo con sus callejas retorcidas, su pequeño mercado, su iglesia, en cuyos muros estampara el tiempo un beso de sombra. Al pasar por la botica no vió al buen viejo de barbas grises, enfundado en su chaquetón de dril, trajinando entre pomos y balanzas; tras del mostrador estaba inclinada de codos una moza bien madura, quizás demasiado madura ya... A un lado veíase la nueva farmacia, pintada de blanco, luciendo los primores de su escaparate, dentro del cual irisábase el agua de color encerrada en grandes globos de cristal. No bien enfiló la solitaria calle de Frontera, hubo de columbrar allá, en último término, la fuente centenaria; sobre el brocal echábanse de bruces las campesinas, sacando á poco, rebosantes, los botes de hoja de lata. Guirnaldas de hierbas rebasaban el límite de los muros, meciéndose al impulso del aire. Entre las ramas oíase parloteo de pájaros. La enorme puerta enrejada del caserón, semejante a convento, abrióse, y una anciana, con trazas de beata, envuelta en negro chal, cruzó el marco de desportillada cantera y se alejó, calle arriba, perdiéndose a lo lejos... Un perro pasó trotando por mitad del arroyo. Después, silencio completo. Rumor de abejas uníase al blando de las hojas. Y todo aquello, casas, calle, hierba, respiraba una santa y bienhechora paz, en la transparencia infinita del aire, bajo el cielo intensamente azul.

Mauricio Villaescusa, parado desde momentos antes en uno de los recodos de la calleja, miró el reloj, inquieto. Eran las cinco y diez. Moni le había prometido que la entrevista verificaríase aquella tarde. Pero pasaban diez largos minutos de la hora que señalase y la puertecilla de la verja, que aparecía enfrente cubierta de hiedra y de rosas, continuaba cerrada, cual si nadie habitase dentro. Más el poeta no se impacientó. Su genio, asaz violento antaño, habíase hecho resignado y tranquilo. Reclinóse nuevamente en la pared; miró el cielo sin nubes; entretúvose en examinar después, con insistente curiosidad, las casuchas que en torno había, como queriendo descubrir en rastro de las cosas de antaño, las piedras. los árboles, las rejas, cual si cada uno de ellos pudiera despertar en su mente la sonrisa de un recuerdo, una palabra escuchada en otro tiempo, un beso dado en la sombra... ¡Y los recuerdos venían, si, en tropel! ¡Y su corazón se ensanchaba, como si le inyectasen sangre nueva, la sangre que le hiciera vibrar en la mocedad! ¡Y en el cerebro, del que poco a poco iban disipándose las brumas, revivían todas las ilusiones pasadas, todos los ensueños, todos los arruyos de amor! Sólo que eran estos más vagos, como desvanecidos... ¡Habían pasado tantos años!

Apenas reparó en Moni, la criadita gracial de otro tiempo, ahora deformada por la maternidad, que con su chiquillo en brazos corría hacia él, avanzando hasta la mitad de la calle, desde donde le gritó:

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Oh, Moni!... ¡Que buena eres! — dijo aproximándose. — Gracias... ¿Me espera?

—Si, en el jardín... Pero le recomiendo a usted que no vaya a hacer ruido. La niña Nela está en la sala y no quiere que oiga...

Atravesaron ambos el arroyo. El poeta marchaba pensativo. Moni abrió la puerta, invitándole a entrar. Mauricio, vacilante, parecía sufrir un deslumbramiento. Ahí estaba el jardín, el mismo jardín de antaño. El amor de los árboles florecían las plantas; las violetas, las malvas, los alelíes, los miosotis... Por la pared negruzca de al lado trepaba la hiedra, cubriendo de verde el gris obscuro de los adobes. En medio, la fuente dejaba oir el murmullo leve de un chorro cristalino. En los rincones florecían los rosales, con una fantástica, con una espléndida floración, echando sobre el esmeralda de las hojas un manto de rosas, un mar de rosas. Miró el corredor de arriba, ocupado hoy, de seguro, por nuevos inquilinos; miró la escalera... Y tambaleándose, experimentó una enorme flojedad en las piernas, dió algunos pasos por la arenosa calleja... Nita, junto a la fuente, sonreía.

El murmuró, mitad tímido, mitad jubiloso:

—Nita!...

—¡Mauricio!... ¡Oh, Mauricio!... — repuso ella estrechando fuertemente su diestra, que por algunos instantes retuvo.

Y no hablaron más. Villaescusa, con el sombrero entre las manos, levantaba los ojos hacia su antigua amante, o bien permanecía con el rostro inclinado, mirando al suelo. Luego de echar una ojeada en torno, a tiempo que su faz, un tanto enflaquecida, que afinaba aun más la delgada barba rubia, iluminábase, dijo:

—¡Estoy asombrado!... Nada cambió aquí en tanto tiempo... Ni tú tampoco... Eres la misma, la misma que yo conocí...

Ella movió la cabecita graciosa con aire de incredulidad:

—Mira que te equivocas. El espejo es un gran decidor de verdades. El me ha dicho todos los días que no soy la misma. ¡No; no podía ser! Piensa que tengo treinta años...

—¡Oh, no, Nita! ¡Te veo tan fresca, tan fresca!...

La moza rió, confusa. Volvieron a quedar en silencio, cual si vacilaran, temiendo despertar el pasado, el pasado que se encerraba entre las paredes del jardín; el pasado, que revivía en los árboles, en las flores, en la hiedra, y evocaba la melancólica tarde de Abril. Moni, que se detuviera en segundo término, marchóse sin de-

cir palabra, pero con un gesto tan pícaro, que digérase afirmaba que los señoritos se entenderían, como ella se había entendido tantas veces con su hombre, antes de entrar en la viudez en que tornase nuevamente a la casa de donde partió, con su huerfanillo en brazos.

—Nita, he titubeado mucho en venir aquí. Temía que mi presencia te fuera ingrata...

Visiblemente emocionada al escuchar tales palabras, hijas quizás de la indiferencia con que recibía al amante, ella respondió:

—No, Mauricio. Grata y muy grata que es. Si no tuviese otros motivos para perdonarte, me bastaría el de saber que eres infortunado...

—Mi pobre niño, ¿verdad?... Era lo único, lo único que me quedaba ya... Se fué... Julio me dijo que tomabas grande interés durante su enfermedad; he visto tus flores: luego cuando hablé a Moni, me informó que no pondrías obstáculos en recibirme...

—¿Y por qué había de ponerle? No conservo un mal recuerdo tuyo créeme. A tí debo los días más hermosos de mi vida, y justo es agradecértelos...

—Sí, muy hermosos — afirmó el poeta casi en voz baja. — ¿Te acuerdas?...

Sentáronse al borde de la fuente, abstraídos, absortos en la evocación. Cuchicheaba el agua con amable cuchicheo de amor. Y los rosales parecían amar también, entrelazándose en íntimo contacto, besando a las rosas, uniéndose los tallos a los tallos, a la sombra de los naranjos, que exhalaban un nupcial aroma de azahar. Y la trepadora hierba amaba, como los rosales, sólo que con loco y apasionado amor, agarraba al muro viejísimo, como si éste fuese el amante o guardara entre sus grietas el eco de lejanas letanías eróticas, de ósculos inacabables, de caricias empapadas de misterio de los jardines sombríos, en noches de luna... Entre tando el sol descendía al ocaso, con intensos resplandores.

La transformación que en el ánimo de Villaescusa venía efectuándose, gracias a aquel ambiente, fué entonces completa. Había olvidado ya los años pasados, la esposa hostil, el pequeño muerto, su casa, su vida, todo, para sólo acordarse del presente, del presente que se unía al remoto idilio; del presente cuyo inmediato pasado era nada más que un paréntesis brumoso de pesadilla, que poco a poco iba borrándose de su memoria, como se borran, a la mañana siguiente de sol y de amor, los malos sueños. La tenía allí, a su lado, junto a él, como en otro tiempo. En sus ojos había brillo de regocijo; sonreía su boca. ¿Por qué, pues, no decirla: "Amémosnos. Nita, vivamos; soy el mismo trovador de antaño que vuelve a ti después de una noche infausta?" ¿Por qué no cogerla entre sus brazos, acallando sus protestas con caricias, y llevarla al estudio, que estaba tan cerca, a la alcoba, donde tanto se amaran, a la alcoba dulcemente iluminada por la luz azul, de un azul de cielo estrellado?

Y fué maquinal el movimiento que hizo. Cayó de rodillas a sus pies, envolviéndola en el inmenso halago de sus brazos ansiosos.

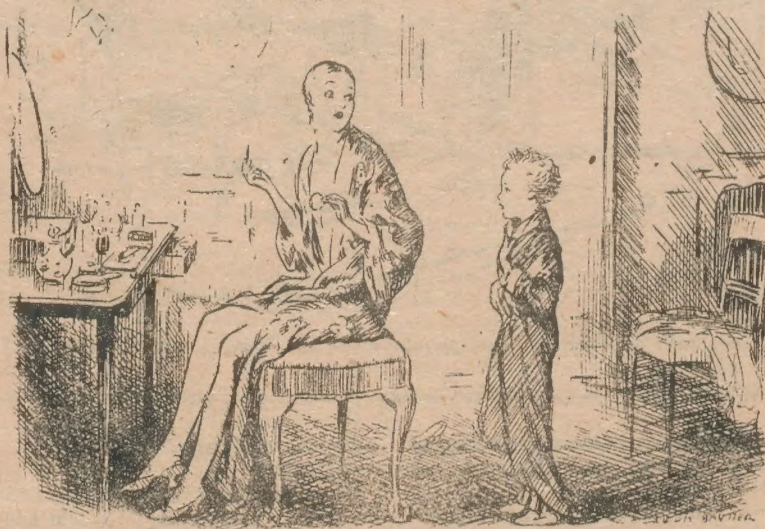
—¡Nita! ¡Nita! Tú sabes a lo que he venido. He venido en busca de amor, a pedirte un poco de cariño. Te amo: eres la única mujer quise, que quiero todavía. Eres buena y tendrás compasión de mí. ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Palideció el rostro de ella. Escuchaba aquella voz llena de amargura, temblorosa, suplicante; sentía deseos de huir y de quedarse; atraíala la tentación del pasado, y por otra parte, su buen sentido de mujer víctima decíala que debía arrancarse de aquellos brazos que la abrazaban con la energía de los del náufrago al cogerse de los despojos de la embarcación perdida.

—No, no; no puedes irte así, no te dejaré ir. Oyeme, óyeme, y te juro que si después de oirme no tienes piedad, me marcharé para no verte más, para no verte nunca...

—Habla... Pero en voz baja, para que no nos escuchen, y aquí sentado junto a mí, ¡pobre amigo!

Y en voz baja habló suavemente; su dolorosa historia de casado, al brotar de los labios, fundíase en el murmurio lento del agua. Y lo dijo todo, todo cuidándose de que nada le quedara dentro; escudriñando hasta el más escondido repliegue del ánima, para arrancar



—¡Buenas noches, mamita!

¿Te estás arreglando para salir? No te beso porque ya me lavé la cara para acostarme.

de ahí el dolor y verterle, gota a gota, con lentitud torturadora. Era un infame. Habíala abandonado por ambición, por amor, ¡por tantas cosas que ahora escapaban a su flojo análises de fracasado! Mas en pago de su abandono, ¡cuántas miserias sufridas, qué lóbrega soledad, no sólo en derredor, sino en lo íntimo de su alma, desgarrada ahora a jirones. Al principio, resignóse a todo, al derrumbamiento del hogar, al hielo que congelara su amor hacia la nueva familia, a la lucha brutal de la existencia; tenía un hijo, y la afección entera de que su temperamento era susceptible, concentróse en aquel chiquillo anémico, en aquella cabecita rubia que en su pecho se reclinara ávida de ternuras. Muerto Luisín, ¿qué le restaba por hacer en el mundo? Viéndole inerte, para siempre inmóvil, pensó en la inutilidad de su vida, y quiso también morir. Pero el recuerdo de la musa, de sus amores pasados; retorno de su primera ilusión, hízole concebir una postrera esperanza... Y ahí estaba implorando, suplicante...

—Vuelve a mí, Nita. Yo te adoraré, como jamás te he adorado... Figúrate que nada pasó entre nosotros; que el ayer no existe. Y, sobre todo, sé compasiva, sé piadosa... Quiero vivir, y eso sólo podría conseguirlo merced a ti...

Calló, mirándola impaciente, como si de los labios de la moza fuera a salir su sentencia.

Nita estaba seria. Consideróle un instante y habló después. Sus palabras eran bondadosas y tristes.

—¡Oh! Mauricio; tú si que eres el mismo; apenas se comprende que hayan pasado tantos años... ¿Amarnos de nuevo? Pero, ¿estás loco?... Mírame y mírate. No encontrarás en mí a la muchacha de aquellos tiempos, no. Ha desaparecido la que te quiso tanto, la descocada, que sólo pensó en amar, y para la cual la vida eras tú, y tú el porvenir. No la busques; es inútil. No está ya aquí. Moralmente, murió. Dicen que las grandes crisis nos transforman y es verdad: vuelvo los ojos al pasado, y no me canso de recordar los días en que fuimos el uno para el otro; después, me horrorizo ante los que siguieron días terribles en que luché entre la vida y la muerte. Yo sentía que algo se venía abajo en torno; era un desmoronamiento, un derrumbe. Entonces supe que cuanto había tenido por cierto, era una mentira; que el mundo en que viví, no era el verdadero; que lo que me figuré realidad, sólo fué fantasía... Me hubiera muerto a no ser por esta familia que me recogió...

Detúvose un momento, contemplando el vuelo de una bandada de pájaros que pasa y al cabo continuó:

—Ahora... ahora... vivo —¿a qué negártelo? — tranquila. Muerto don Alejo, casada. Lupe, recluída Jacobina en la botica que nos da el pan, yo cuido de Nela. Al lado de la pobre niña recobré la paz perdida; vi la vida tal como es, y te olvidé...

—¡Me olvidaste!

—Sí. De aquel amor, no quedó más que la añoranza, el recuerdo, triste y grato al mismo tiempo... Y ahora, cuando han transcurrido tantos años, cuando todo desapareció, ¿quieres que volvamos a los otros días?

—Por compasión a mí...

—No sabes, Mauricio, lo que he sufrido. ¡Oh, aquel abandono!... Si hoy me asegurasen que serías el mismo, tan sólo por el temor de volver a perderte, no te podría amar... Además, piensa que eres un hombre casado, que tiene familia, deberes, obligaciones — añadió cogiéndole las manos. — Vuelve a ella, a tu casa; procura reconstruir el hogar, hacerte querer de tu esposa, y si no lo consigues, resignate, como yo me he resignado...

Como calmara en ese instante la brisa, sus palabras resonaron puras, límpidas, apacibles, en el jardín. Villaescusa, al escucharlas, experimentó un dolor punzante. Una nueva ilusión se desvanecía; la musa no era ya la emancipada de los deberes sociales; surgía en ella la mujer metódica respetuosa hacia el ambiente que la rodea. Y expresión de tal dolor fué su pregunta:

—Todo lo sacrifiqué por un amor —respondió lentamente, mirándole. —De aquel corazón que tú conociste, nada resta ya...

El poeta reclinó el rostro y lloró. Nita, apiadada, se acercó más a el, murmurando:

—Pero no te enojes conmigo. No me guardes rencor. Bien sabes que yo no lo he tenido para ti... ¿Me lo prometes?

Iba a replicar, más no tuvo valor para ello, al fijar sus ojos enrojecidos en los de Nita, llenos de bondad, pero en los cuales desapareciera todo rastro de amor.

Melodiosa voz rasgó entonces el silencio rumoroso de las hojas. Era la misma canción melancólica de antaño, que suspiraba:

"Quando cadran le foglie e tu verrai
a cercar la mia croce in campo santo..."

Nita dijo:

—Es Nela que canta...

El interrogó, todavía animado por una leve esperanza:

—¿Te acuerdas?

Sonrió la moza sin responder. En tanto, la vocecita seguía entonando verso tras verso, hasta que el último se perdió lánguido, en la postrera palpitación de la tarde.

Mauricio Villaescusa levantóse. Su rostro había adquirido nuevamente la misma expresión de fatiga sombría de al principio; habíanse encorvado sus espaldas. Su mano se tendió hacia Nita.

—¿Ha muerto, pues, el pasado?...

Ella respondió con tembloroso acento:

—Sí...

—Entonces, adiós.

—Adiós, amigo mío...

El poeta, lentamente, atravesó la calleja enarenada. Suspiraba la fuente en aquel instante quien sabe que dolorosas quejas.

Nita le vió ir, inmóvil, junto al brocal. Cuando su silueta dejó de verse tras las enredaderas de la verja, un sollozo desgarró su pecho, contrayendo su rostro, hasta entonces mantenido en horrible tensión de indiferencia.

¡No había desaparecido el amor, no! ¡Aun estaba ahí, clavado como garra, hondo, muy hondo, en su alma torturada! Y en un arranque de suprema angustiha, corrió en dirección de la puerta que Mauricio dejase entornada. Más no bien alcanzó el umbral, un llamamiento dulce, con la dulzura de la súplica, resonó en el jardín:

—¡Nita!... ¡Nita!...

Ella se detuvo, vacilante, sintiendo que le flaqueaban las piernas. Llamábale también la calle, pero una fuerza incontrastable hubo de retenerla, y ahogando un gemido, respondió, volviéndose:

—¡Nela!... ¡Allá voy! Era su último sacrificio.

Mona y sus amigos

Por Enrique Duvernois

Jamás, la señora Dubais — Moña para sus íntimos — había loqueado tanto como aquella noche. Saltaba de una idea a otra, como un pajarito de rama en rama, estallaba en sonoras carcajadas sin motivo alguno, y luego, sin mayor transición, abrumaba de reproches a sus dos fieles caballeros, Santiago y Claudio.

Estos, a pesar de hallarse acostumbrados a esas genialidades y a los malos tratos de Mona, trataban de satisfacer hasta los menores caprichos de su diosa, y era en vano que se reemplacen uno a otro desde hacía más de dos horas para que la joven no dejara de bailar.

Hacía demasiado calor. El camino era ridículo. La jazz-band seguramente estaba formada por sacristanes jubilados. Todo, en fin, se confabulaba para contrariarla. ¿En qué época vivían? Los hombres eran incapaces de hallar algo nuevo para complacer a las damas. Aquello era un verdadero tedio... Y prosiguió así toda la velada, hasta que, luego de danzar un último shimmy, exclamó:

—A propósito. ¿Saben ustedes la última novedad? Bien, es cierto que apenas hace quince días que estamos aquí, todavía no hemos tenido tiempo para ir a ver el mar... Bueno, el mar no existe, según parece. Se ha retirado!... Así de golpe. Ninguno de ustedes lo sabía.

—El chiste no es malo — dijo Santiago — pero...

—¡Vamos! — exclamó Mona.

—¿Pero en una noche tan oscura y con tanto frío? Es broma seguramente.

—¡Broma!... Pero, ¿por qué habré de ser yo la que siempre tenga ideas?

No hubo más remedio que ceder. Salieron del salón de baile, y por las callejuelas silenciosas del balneario, entregado al reposo, ganaron la playa. Un cielo sin luna, sin estrellas. Una sombra espesa cubría todo, como un manto de terciopelo. Sólo hallá a lo lejos, el faro proyectaba sus luces intermitentes, e iluminaba por momentos el horizonte.

Claudio y Santiago con el cuello del sobretodo levantado y las manos en los bolsillos tiritaban de frío y gruñían sordamente. Mona, medio desnuda, bajo una capa liviana, tarareaba un shimmy.

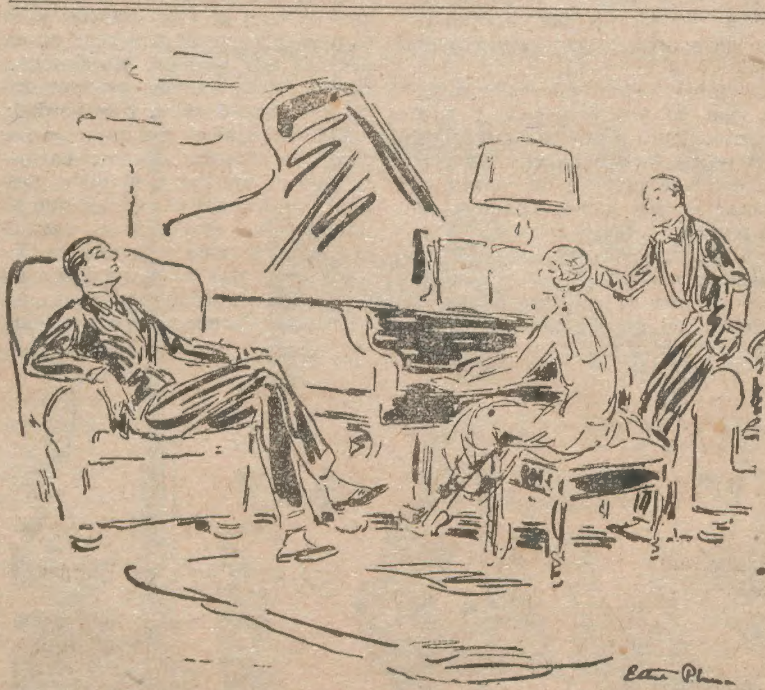
También era cierto. ¿Cómo a ninguno de los de se le había ocurrido ofrecerle un paseo que tanto la agradaba? No salían nunca de la misma rutina: el casino, el tennis, el golf, el auto, la charla de las cinco, en torno a una mesa de te; luego la comida y vuelta al casino con sus bailes, sus juegos y su monotomía.

Los dos eran tan imbéciles, como su marido... Y más todavía, mucho más, porque por lo menos, el señor Dubois tenía la virtud de saberse quedar en su tienda de la capital donde ganaba el dinero para que Mona lo gastara.

Esta era la única y verdadera razón, por la cual, la hermosa y delicada Mona, había consentido, tres años antes, en aceptar al señor Dubois viejo y feo, como su legítimo esposo.

Santiago y Claudio, por el contrario, jóvenes, bien parecidos, afables y hombres de mundo, hubieran debido hallar siempre algo nuevo para divertirla. En la capital, en los salones, todavía eran soportables, se desempeñaban bastante bien; pero en la playa, eran imposibles y sólo servían para fastidiar.

—¡Las dos! — exclamó Claudio



—¡Acabo de saber algo que ignoraba y que hace feliz... feliz... feliz...!

— Supongo que ahora que ha satisfecho su capricho, volveremos al hotel.

—¡Todavía nó! — arguyó Mona.

Prosiguieron caminando por la arena húmeda que se hundía bajo sus pies. A cada instante había que evitar los charcos de agua. Al fin llegaron. En la oscuridad, las moribundas olas se iluminaban con relámpagos plateados.

—¿Y, ahora está contenta? — preguntó Santiago.

—Todavía no.

Pero una ola más atrevida, subió de pronto hasta ellos y cubrió sus pies de espuma. Mona lanzó una carcajada. Estaba contenta al sentir sus zapatos húmedos. Los dos hombres la tomaron en brazos y la alejaron, mientres ella continuaba riendo.

Ellos, por el contrario, tiritando de frío y malhumorados, estornudaban.

—¡Qué imprudencia!

—Seguro que se habrá pescado un buen resfrío.

—O una bronquitis.

—Todo por un mar, que ni siquiera se ve.

Ella les interrumpió.

—Mañana, — dijo — quiero verlo de cerca. Alquilen una barca y daremos un largo paseo. ¿Quién se encargará de ello?... ¡Usted Claudio!... De acuerdo cita. Aquí a las cuatro... ¡Pero ahora que recuerdo! Cuando yo era soltera venía aquí a veranear con mis padres. Conocí entonces a un botero que nos llevaba a pasear por el mar. Se llamaba... Espérense... ¡Ah! Ya me acuerdo. Anselmo. Ese es el que yo quiero y ningún otro. ¿Oye Claudio? Arréglese como quiero, pero no admito otro.

Cuando los dos jóvenes hubieron dejado en su residencia a Mona, abrieron las válvulas de su rencor y enojo.

—Mona pierde la cabeza — dijo uno. — Se vuelve cursi, romántica. Mire usted que un paseo en barca, lo mismo que haría cualquier tendero en día de fiesta... ¡Es ridículo, completamente ridículo!

—Estoy convencido, — apoyó el otro — de que Mona se está burlando de nosotros. Diariamente advierto que a su lado perdemos lamentablemente el tiempo.

Pero, a pesar de ese manifiesto desengaño, acudieron al día siguiente a la hora de la cita. Anselmo y su barca fueron exactos. La embarcación era uno de esos viejos botes redondos y pesados, cien veces calefateados, pero que, de repente se lanzan con una gracia y una elegancia, dignas de un pájaro, desde el momento en que izan las velas.

El pescador era joven, de ojos claros, piel dorada por el sol: el prototipo de una belleza salvaje, sana y vigorizada por el aire del mar.

Mona y sus amigos subieron a bordo. Partieron. Ninguna nube vino a turbar el cielo, y el mar, uniformemente azul, uniformemente en calma. La barca se deslizaba entre esos dos azules. Se respiraba un olor de infinito. Nadie se atrevía a interrumpir el silencio reinante.

De pronto, la joven, dirigiéndose al marino, inmóvil en su puesto, le preguntó.

—¿Me reconoce?

—Sí, — contestó éste.

Apenas intimidada por ese laconismo, Mona dió rienda suelta a su acostumbrada charla. Recordó los largos paseos de antaño en esa barca: los miles de pequeños incidentes acaecidos. Habló de su casamiento, de su vuelta al balneario, de sus impresiones. Al fin preguntó!

—Y usted amigo mío, ¿que ha hecho? ¿Se ha casado? ¿Es usted feliz?

Callada imagen

Callada imagen, quieta en el Santuario
De mi espíritu en paz, yo te bendigo!
Sobre tu ara descanso mi haz de trigo,
Mi corazón por ti se hizo sagrario.

Y por ti y para ti, paso el Rosario
De Días y de Noches, al abrigo
De la Serenidad, mudo testigo
Frente al que humea en versos mi incensario!

Callada imagen, dulce antorcha mía!
Por ti se aguzó en ondas mi armonía...
¡Cuánto no me elevó tu mudo ejemplo!

Y nadie supo sobre qué basalto
De Amor y Fe, mi altar se hizo tan alto...
Sólo yo te amé, piedra de mi Templo.

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

Anselmo consintiendo al fin en despegar los labios, replicó:

—¿Feliz? No lo creo. ¿Casado? ¡Nunca!

—¿Y por qué? — insistió Mona— ¿Acaso no ha encontrado aún una mujer que le agrade?

—Sí, señora: encontré una, pero no era para mí. La amé tanto, tanto, que nunca jamás podré querer a otra.

Y al decir esto, fijaba insistentemente sus miradas en Mona. Aquellos ojos eran tan duros y a la vez tan acariciadores, tan convincentes, que la joven no pudo dejar de comprender.

Bajó la cabeza, calló, dejando pender su brazo fuera de la barca. Sentía correr entre los dedos de su mano la frescura de la onda y reflexionaba que la felicidad era igual a esa agua furtiva. Se cree hallarla, abrazarla, retenerla y siempre se nos escapa.

—Volvamos — murmuró — Estoy fatigada.

La barca viró y ganó el muelle. Anselmo levantó su gorra y volvió a caer luego sobre su barca. Mona y sus amigos se alejaron. Estos estupefactos por el largo mutismo de la joven, cosa tan inacostumbrada, no se atrevieron a dirigirle la palabra.

Cuando de regreso al hotel, se instalaron en uno de los saloncitos, fué ella la que habló mientras recorría con sus perfilados dedos el teclado del piano.

—Pero, ¿qué les pasa? ¿Han perdido el habla o se han convertido en momias?

Santiago se atrevió.

—No, Mona. Sólo que como usted parecía tan triste y ensimismada con sus recuerdos, no nos atrevemos a molestarle con nuestra conversación.

Entonces Mona, prorrumpiendo en una insolente carcajada, exclamó:

—¡Triste yo! ¡Al contrario! Acabo de saber algo que ignoraba completamente y que me ha causado inmenso placer... Sol feliz, feliz, feliz!

Y repitiendo a media voz esta palabra, comenzó a tocar una lánguida barcarola.

Con mis raras teorías

Con mis raras terías y mi gran idealismo
me siento más aislada de todo cada día,
pero en la amarga senda, lo mejor de mi mismo
les va dejando mi alma en rosas de Poesía.

En estos tiempos malos en que Mercurio aherroja
con doradas cadenas el melodioso Pan,
para celestes ciegos mi débil mano arroja,
las líricas semillas que un día fecundarán.

Cuando a mi paso rápido se copia en las vidrieras
mi faz un poco triste, mis lívidas ojeras,
tiemblo como si un muerto mirara de repente...

y, es que, loca divina, yo no soy de esta edad;
por eso inquietamente me digo en Soledad:
¡He llegado muy tarde o prematuramente!

Aurora Estrada y Ayala

Guayaquil - Ecuador

El tonel de whisky

Cuando se bebe mucho whisky en alta mar, bajo una noche implacablemente negra, y las olas turbulentas y rebramadoras zarandean el bajel, se sueña así:

Se encaminan los marineros sordamente hacia la bodega. Tienen esa extraña indecisión de los fantasmas. James, el pícaro grumete pelirrojo y obeso, aparece trayendo sobre sus hombros un tonel en forma rara, oliente a madera fresca y a sabroso whisky.

Y con saltos de trasgos, relampagueantes las miradas, el grupo rapáz, custodiando el tesoro, se dirige a un rincón escasamente iluminado por la vacilante luz de un farol que chirría infundiendo espanto. La campana del buque con fúnebre solemnidad, tañe las dos de la mañana.

Cruje el velámen ante el empuje del vendaval, y el cordaje, como enjambre de víboras, silba horrorosamente... Los marineros silenciosos, con ademanes maquinales, beben del tonel.

El viejo Tom, de tez morena por el sol de Oriente, de recios músculos que sujetan mal de su agrado la indómita vela, quiere cantar con su estentórea voz, el "God save the queen". Sus camaradas estrangulan sus desaforados gritos, mientras el maligno James, a hurtadillas, arranca un mechón de los canosos cabellos del viejo lobo.

Lo reducen, por fin, a la obediencia. Y todos, sacando sus groseras pipas de barro, repletas de negro tabaco, dejan escapar, de sus desdentadas bocas, un humo denso, amarillento y fétido, que borronea sus ojos y estúpidos rostros de borrachos.

Uno de ellos golpea el tonel que produce un sonido rápido, seco, y entonces como asaltados por la misma idea, en coro, lanzan todos, una prolongada y satánica carcajada. Piensan en la cara que pondría al día siguiente el capitán al saber la jugarreta.

Instantes después, impelido por los puntapies de los marineros el pobre tonel rodaba por toda la cubierta con cierta lentitud como si todavía contuviese algo.

Hasta entonces, el malévolo grumete, de facha de Sileno, oculto tras un mástil, había contemplado, con socarrona sonrisa, la escena anterior. Desde su escondite dió un salto, yendo a caer cómicamente a horcajadas sobre el barril, y, hundiendo la tapa con su vigoroso puño, extrajo del fondo una cosa que semejaba un cuerpo humano.

Turbias las pupilas, desencajadas las facciones de un pronunciado tinte verdoso, horriblemente pálido, arrugada la piel, destilando gotas de nauseabundo whisky, mostró el cadáver de una vieja...

Al ver ésto, los ebrios, tambaliantes, votando como condenados, se abalanzaron a las bordas, y allí, tumbados de barriga exclamaron todos: ¡Puah!

José A. Román

UN GRAVE ACUERDO

¡Qué cosas pasan en Bédigas-sus-Dourgne!

No tengo necesidad de deciros—pues lo sabréis seguramente—que desde hace seis o siete años está pendiente la construcción de un ferrocarril de interés local que ha de unir Gonfle-Biufigne a Cantagarse, pasando Bédigassur-Dourgne.

Es una pequeña línea que prestaría los mayores servicios al país, y que sería, sobre todo, de la mayor utilidad para Bédigas-sur-Dourne, que posee las mayores fábricas de escobas de la región.

Por lo demás, hace mucho que han sido hechos los trazados de las líneas, aprobados los proyectos y abiertos los créditos, y hace mucho también que los rieles se habrían tendido y circularían los trenes por Bédigas si el Ayuntamiento pudiera llegar a un acuerdo.

Porque ocurre que el señor Boudenfle quisiera que la estación se construyese en medio del pueblo, porque allí posee un terreno pésimo, lleno de arena, del cual no puede sacar ninguna utilidad, y que querría vender a buen precio a la Compañía del ferrocarril.

Pero el señor Sabourun no cede, y a toda costa exige que la estación se construya al norte de Bédigas. La razón de ello es que el señor Sabourn es el mayor fabricante de escobas de Bédigas y su fábrica se encuentra al norte del pueblo.

La cosa no tendría importancia si los señores Boudenfle y Sabaurun no fuesen los dos consejeros municipales y no hubieran logrado cada uno **el apoyo de la mitad** del Ayuntamiento. Por esto no hay medio de entenderse ni de lograr el voto de la mayoría, y la cuestión sigue sin resolver desde hace años.

Los ingenieros se impacientaban, los contratistas tenían prisa por comenzar los trabajos, y tanto los vecinos de Cantagarse como los de Goufle-Boufigne ardían en deseos de que circulase el tren, que habrá de unir ambos pueblos.

Cansado, al fin, el subprefecto de Roubionas, envió el otro día un telegrama oficial al señor Finoche, alcalde de Bédigas-sur-Dourge, concebido en estos términos: "Las obras del ferrocarril van a empezar. Es preciso que el Ayuntamiento opte".

—¡Optar, optar!—se dijo el alcalde al recibir el despacho—. Eso se dice muy fácilmente; pero preciso saber lo que significa y a que nos compromete.

Y no queriendo tomar por sí una resolución, reunión al Ayuntamiento, al que dió lectura del telegrama del subprefecto.

Al oirlo, el Concejo quedó mudo. ¡Optar! Era preciso optar y todas las miradas se fijaron en los dos jefes de partido, como pidiéndoles su opinión.

La del señor Boudenfle fué terminante:

—Yo estoy conforme con que optemos pero a condición de que el ferrocarril pase por mi propiedad.

A lo que el señor Sabourun contestó:

—Y yo no tengo inconveniente en que el Ayuntamiento opte, siempre que el tren pase junto a mi fábrica.

—Entonces—exclamó, contentísimo el alcalde—están ustedes de acuerdo.

Y volviéndose al secretario, le dijo:

—Señor secretario, responda al subprefecto que esta vez estamos todos de acuerdo y *optamos por unanimidad*.

Y orgulloso levantó la sesión.

MI BUHARDILLA

Por Felipe Sassone

Mi buhardilla era pobre y helada... y, sin embargo, ¡la quería tanto!

Por la pequeña ventana esforzábase en penetrar la luz al estrecho recinto, consiguiéndolo a medias y haciendo resaltar en la penumbra, el blancor lechoso de las cuartillas, dispersas sobre la tosca mesa de trabajo, y las limpias cubiertas del lecho, donde a veces dormía y a veces pensaba. Más pensaba su friendo que dormía.

Desde la ventanilla, mirando hacia abajo, veíanse las viejas y carcomidas techumbres de Florencia, con sus chimeneas negruzcas y sus inmundos albañiles; mirando, mirando más abajo, las calles de la tierra del Dante aparecían angostas, grises y torcidas como sierpes interminables; más allá, lejos, la fresca y oliente verdura de la ciudad de la flores, y más arriba, muy arriba, el firmamento limpio, puro, sereno, teñido de azul incomparable de los cielos italianos!

Yo era el rey peupérrimo de esas alturas y sentado frente a la mesa, patíbulo de mis ejecuciones literarias, me pasaba las horas muertas mordiendo la extremidad del lapicero, dejando al cigarrillo quemarse entre mis dedos, sin fumarlo, y mirando fijamente aquel trozo de cielo como si se tratase de arrancar a las nubes un período altisonante o una estrofa musical.

Mi buhardilla era pobre y era helada... y sin embargo, ¡la quería tanto!

¿Por qué? Porque olía bien. ¿Y por qué olía bien? Porque había entrado Ella. ¿Quién era Ella? Una mujer hermosa, una mujer que amé; no sé su nombre, no me lo quiso decir jamás, sólo sé su hermosura.

La conocí en carnaval durante un baile de máscaras, en el teatro de "La Pergola". Yo estaba solo, en un rincón del patio de butacas, pensando en mis amigos y en mi país adorado; estaba solo, triste... y rabioso al ver la alegría de los demás. ¿Por qué el ajeno gozo sacude tan dolorosamente los nervios de los que nos hemos olvidado de reír? Las botellas se destapan con estrépito; las risotadas sanaban como latigazos; el rubio vino, deshaciendo sus burbujas de ópalo, hervía en las copas, y la sangre hervía en las venas de aquella gente que reía, reía, con la risa caliente de la embriaguez. Y yo lloraba su silencio, con la frialdad de muerte que produce el recuerdo del tiempo que se fué.

Ella pasó junto a mí muchas veces, del brazo de un chambelan, de un torero, de un marqués, de un polichinela, de un Luis XV, de un soldado, de un ángel, de un mephisto. Y yo adiviné las formas impecables de su carne bajo la tela blanca del vestido de "Pierrete", y sentí los dardos de su ojos de hada, que atravesaban centelleantes los agujeros de las caretas azabache, menos negra que la brillante cabellera sedosa.

Se detuvo ante mí.

—¿Por qué tan triste? — me dijo, mientras su boquitín húmedo y bermejo sonreía bajo los encajes del antifaz. No sé lo que pasó por mí: aquel maremágnum de gentes, llenas de colorines y cascabeles que danzaban gritando locamente, no había logrado marearme; aquella "Pierrette", de la cual no conocía con seguridad la belleza, me trastornó al primer sonido de su voz terciopelada. Ebrio, dando traspiés, la seguí hasta un palco de tercera fila...

Nervioso, roído por ese desasosiego inexplicable producido por el deseo, yo estrujaba entre mis manos la careta que se había quitado y admiraba su belleza. ¿Cómo describirla?

—Piensa que soy un escritor pobre, triste...

—Por eso te quiero; yo seré tu alegría. Iré a tu estudio.

—Mi estudio es un hueco; mis riquezas, mis ideas; el adorno de mi casa, un trozo de cielo.

—Tu adorno seré yo... iré a visitarte.

Y tanto insistió, que cedí.

Dos veces por semana esperaba temblando, ansioso, su venida. ¡Ay!, los minutos se me antojaban siglos. Al fin veía aparecer allá abajo, en la calle, un puntito negro que acercábase marcando poco a poco sus formas impecables de mujer; luego su manita enguantada se agitaba saludando, y su boca de perlas se entreabría sonriendo. Un momento después me acariciaba el "frou frou" de la seda de sus ropas, y el repiqueteo de sus piececitos menudos sobre los ladrillos de la escalera, reproducíase como martillazos dentro de mi pecho. Aquella mujer fué un oasis para el desierto de mi vida. ¡Ah! ¡Si la amé! ¡Cómo la amé! ¡¡Cuánto la amé!!! ¡Oh, cuantas horas de pasión, las manos entrelazadas, mirándonos fijamente; ella como si quisiese verter su alma con la mirada; yo como si quisiera hundirme en el abismo de sus ojos negros! Un día su visita fué la última. No podía hablar, balbuceó, hizo pucheros, protestó que me adoraba... pero me dió un golpe mortal.

—Tengo deberes, sabes, chiquito; tengo marido; me marcho. Si quieres dinero, no te ofendas, te lo puedo ofrecer; pero volver aquí, es imposible; no averigües como me llamo; no me busques; si quieres agradecerme cuanto por ti he hecho; resígnate. Te quiero, chiquito; sabes, ¡te amo tanto!... Y me besó con desesperación en los labios.

La dejé partir sin una lágrima, anonadado; pero cuando su silueta hubo desaparecido, allá en la esquina de la torcida calle.. me sentí morrir. Poco a poco, las paredes de mi cuarto se borraban a mi vista, y probé la espantosa sensación de hallarme solo en una inmensa llanura. Huí como loco en busca de un sitio donde viera gente. Tenía aún unas cuantas monedas; fuí al juego, y gané, gané mucho dinero. Pasé quince días sin acordarme de mi buhardilla de acá para allá, vino, alegría, aventuras fáciles y amores mentidos...; pero la última moneda se fué, y hube de volver a mi buhardilla una tarde de invierno.

Apenas la abrí, un vaho perfumado me azotó la cara; el perfume embriagador, era el de Ella. En un vaso, lánguidas y marchitas, agonizaban unas cuantas violetas; eran flores que había traído Ella... y que duraban lo que su amor. Sobre el blanco lecho, dos guantes de Ella yacían olvidados. Singular sensación: yo sentí aquellos guantes dentro de mi pecho, atenazándome el corazón con sus dedos de piel. ¡Dios mío! ¡Ella, siempre Ella por doquiera, y Ella no estaba!

Huí de nuevo de aquel sitio, donde todo me recordaba el amor muerto. Vagué con mi tristeza... llegó la noche... me venció el sueño, pero no tuve valor para volver a mi buhardilla. Fuí a la plaza de la "Signoría", y bajo los pórticos, al pie de las estatuas, me tendí a dormir. Hacía un frío siberiano, el viento rugía, las estatuas vacilaban: una, representando el Rapto de las Sabinas, a mí más cercana, temblaba, amenazando caer. Le dirigí la vista asustado; las desnudas formas de las Sabinas me traían una reminiscencia amarga de su cuerpo de diosa; entonces me volví, arrebujándome en mi gabán raído... pensando en Ella. Al fin pude llorar copiosamente.

Me despertó un amigo cuando la noche había pasado; pero no había pasado mi llanto.

Le referí la historia.

—¡Bah, tontón! — me dijo. ¡Lloras por una mujer!

—No — respondí — no lloro por ella, lloro porque no puedo volver a mi buhardilla... ¡Ay! ¡Y mi buhardilla era pobre y era triste... y, sin embargo, la quería tanto!

Motivos marplatenses

EL AMOR AUSENTE

Para una persona observadora, no habrá pasado desapercibido, sin duda alguna este detalle desconsolador: en Mar del Plata las parejas de enamorados, son este año verdadera excepción. ¿Dónde encontrar la causa? Quién sabe... El hecho es que las chicas pasean solas por la Rambla o por la explanada, en grupos más o menos bullicioso, y los muchachos andan por otro lado. Solamente en as horas del baile esta separación se atenúa un poco, y el "flirt" tiene alguna que otra oportunidad para insinuar lo peligroso de su gracia. Y sin embargo, la proximidad del mar, fascinante y cómplice siempre; el ambiente amable, fino, lleno de delicadeza, de Mar del Plata, todo haría suponer que sus aires resultaren altamente propicios para la cimbradora y caprichosa flecha.

Fuera de unas cuantas parejitas felices, Mar del Plata, no ofrece este año a la gente joven, más que una larga temporada de descanso... y de frivolidad.

UNA HORA DE MEDITACION

Esta tarde hemos querido sustraernos a todo compromiso mundano y, solos en la serenidad del crepúsculo, hemos ido a contemplar el mar desde la arena. ¡Cuán pequeñas y cuán insignificantes nos resultan entonces muchas cosas! "Vanidad de vanidades, todo es vanidad" nos dijimos, recordando las palabras del Eclesiastés. Y viendo a lo lejos la amplitud tornasolada del mar, enorme y rizada hasta el infinito, y sintiendo la brisa salada y el ronquido de las olas, nuestro corazón se ha fortificado de nuevo y ha comprendido, como antes, la grandeza estimuladora de la soledad.

GLAUCUS.

HARRY HOUDINI, el primero de los mágicos

El rey de los nigromantes, Harry Houdini, falleció el primero de noviembre, llevándose a la tumba todos aquellos secretos con que ejecutaba sus asombrosas suertes, como la de quitarse las esposas, salirse de una camisa de fuerza, de cajas bien clavadas, de las celdas de las cárceles; y la más extraordinaria quizá la de permanecer dentro del agua por más de una hora, encerrado perfectamente en un ataud. Era tal el esfuerzo que hacía al realizar esta suerte, que en una ocasión exclamó: "La próxima vez que me sumerja, ya no será vivo, si puedo evitarlo".

Su habilidad llegó a tal grado, que el Standard Dictionary creó un verbo para expresar las ejecuciones de ese hombre, houdinize, que significa el acto de librarse uno mismo de cualquier clase de ataduras y encierros.

Una de sus más famosas pruebas fué la que realizó en la cárcel de Washington, cuando lo encerraron en la jaula a prueba de escape en que estuvo encerrado Griteau, el asesino del presidente Garfield. Pero fueron las hazañas que llevó a cabo después del período de escaparse de las cárceles, estando con las manos atadas por las esposas, las que le dieron más renombre.

Entre ellas está la de atravesar por una pared sin romperla. Lo hizo esto en Nueva York, ante un auditorio de miles de personas, y en presencia de la junta encargada de ver que no hubiera ningún fraude. Se construyó en el escenario una pared de ladrillos, del fondo al frente, de manera que el público pudiera verla por los dos lados.

Houdini, anduvo unos pasos y se colocó luego frente a la pared, como un prisionero que aguardase su ejecución. Alrededor de él se puso un pequeño biombo, de seis pies de altura, que no llegaba ni a la tercera parte de la pared. Otro biombo del mismo tamaño se puso del otro lado de la pared. El mágico levantó sus manos agitándolas sobre el biombo. Aquí estoy, dijo. — Ahora paso.

Inmediatamente quitaron el biombo que cubría a Houdini. El ya no estaba allí. Y entonces hicieron a un lado el otro biombo. Y allí estaba Houdini, riendo serenamente ante la junta y los espectadores atónitos.

Esta prueba desconcertó a todos los prestidigitadores de los Estados Unidos que la presenciaron repetidas veces, y se vieron obligados a darse por vencidos.

Con motivo del banquete anual de la Sociedad de Mágicos, Houdini colocó un poste, y arrimados a éste dos sillas, una a cada lado Entoces indicó a un joven que pasara por en medio de las dos sillas. El joven observó que no podía pasar porque el poste se lo impedía. Houdini le ordenó: Haga lo que yo le digo. El muchacho obedeció de mala gana, y pasó derecho por ante el poste. Los otros mágicos que estaban allí se quedaron pasmados. Y Houdini sonreía sencillamente, sin dar explicación.

En otra ocasión, varios reporteros visitaron a Houdini, y este les hizo la prueba del dedo pulgar. Tiró del dedo pulgar de sumano izquierda tres o cuatro veces con los dedos de la otra mano. De repente se vió que el pulgar de la izquierda estaba separado de la mano en su primera articulación. Por un momento estuvo mostrando, separada del dedo entre un espacio de dos pulgadas, aquella articulación. Y enseguida con un movimiento rápido, volvió a colocarla en su lugar. Dudando los reporteros de lo que veían, tocaban el dedo, lo doblaban de un lado para otro, en la creencia de que era un miembro artificial.

Houdini hizo guerra al espiritismo y a los mediums, que calificaba de farsa, pero con frecuencia reiteraba sus ideas sobre la posibilidad de otra vida.

"Hay algo — decía — en la teoría de la reencarnación. Hasta qué punto, no lo puedo decir, ni sé que ganemos con tratar de alzar ese velo. A su tiempo será levantado, y veremos, con Milton, la verdad resplandeciente.

"Creo firmemente, y esta creencia esta basada en la investigación, la observación, y la experiencia personal, en que de algún modo, en algún lugar y en algún tiempo, volveremos a la forma humana, para seguir, como si dijéramos, en otra vida, y tal vez a través de muchas otras vidas hasta que un extraño destino nos lleve a la última solución.

"No creo en el espiritismo como se prectica por los llamados mediums. No creo que los espiritus vuelvan, porque según mi manera de pensar viven en un plano de existencia que los imposibilita para comunicarse con los vivos, así como el que duerme no lo puede hacer con un amigo que está despierto.

"No puedo creer que lo bueno que hay en nosotros perezca, que las grandes cosas que hacemos sean en vano, ni que aquellos de nosotros que hemos desarrollado caracteres individuales o realizado obras sobresalientes para el bien, llegemos a perecer completamente, o dejemos de ser recompensados por nuestras buenas obras en la tierra".

Conan Doyle, que fué gran amigo de Houdini, ha repetido últimamente que poco antes de morir éste se apareció en una sesión el espíritu de la madre del mágico lamentándose porque su hijo estaba apunto de desaparecer de este mundo. Añade el novelista, que él nunca quiso referir la especie a Houdini para no entristecerlo, y porque tenía esperanzas de que saleira fallido el presentimiento de la madre.

DIVORCIO MORAL

Por Jacinto Octavio Picón

Las diez o doce personas reunidas aquella tarde en el lujoso saloncito de la marquesa, amigos íntimos y parientes que iban a felicitarla por ser su santo, habían permanecido largo rato formando grupitos separados, hasta que alguien dijo en voz alta:

—Lo que usted oye; se han separado; él se queda en el cuarto donde hasta ahora han vivido juntos, y ella se está poniendo casa y se lleva al niño.

—¿Y qué marido es ese que lo tolera? — preguntó una señora anciana, de aspecto venerable.

—Vayan ustedes a saber quién tiene esa culpa... porque uno de ellos ha de tenerla, — añadió otra señora joven que parecía lista y curiosa.

—Yo creo — dijo la marquesa — que, si alguno ha faltado, no es él, porque hace muy pocos días estuvo aquí hablando de su mujer... y parecía enamoradísimo...

—Eso no significa gran cosa — interrumpió la que tenía cara de lista—, porque cuando un hombre pretende engañar a su mujer, lo primero que procura es despistar a las amigas de ella, haciéndoles creer que la adora para que se lo cuenten a la interesada.

—Dios me libre de murmurar — añadió un caballerete—, pero él anda demasiado absorbido por sus negocios, y ella es muy guapa; además, sin ofenderla, me parece que se alegrará de tener ocasión en que convencerse de hasta dónde llega el poder de su hermosura.

—¿Tan presumida es? — preguntó una voz femenina.

—En realidad — contestó la marquesa—, es algo misteriosa esa desaveniencia en un matrimonio, del cual nadie sabe que el marido vaya con otra ni que la mujer sea capaz de torcerse.

Entonces, un señor ya viejo, con restos de buen mozo, simpático, de mirada inteligente y que había permanecido callado, tomó parte en la conversación, diciendo:

—Conque no se engañan, no se traicionan, tienen un hijo y se separan... Declaro que no lo entiendo. ¿Pero, de quién se trata?

—De la de Heriols. Rosita Castilla, la casada con Heriols.

¿Rosa?... ¿Separada Rosa¿ — exclamó asombrado el señor viejo —. Vaya, vaya, ustedes no saben lo que dicen o alguien les ha informado con mala intención. Rosa es incapaz de hacer nada que pueda ser causa de que su marido la deje con sobra de razón, y si él la engañara, a ella le sobran talento, virtud y recursos para traerle al buen camino... Y, en último caso, grandeza de alma para perdonarlo. Sepan ustedes — y esto lo dijo ya con entonación grave — que mujeres como Rosa hay pocas, y cuando se habla de ellas conviene no pecar de ligero.

Viéndole ponerse serio y oyéndole expresarse de aquel modo, callaron todos, menos la señora que parecía lista, la cual, sin andarse por las ramas, habló de este modo:

—Todo eso está muy bien, don Luis, pero no echa por tierra nada de lo dicho. Si a él no se le conocen líos, ni ella es susceptible de... debilidades, y sin embargo, teniendo un hijo, se separan... Ayúdeme usted a sentir. Por otra parte, ella no es rica, pero él gana mucho; por falta de recursos no será el tirar cada uno por su lado; luego...

—Rosa sabría resistir a la pobreza — añadió el caballero viejo con entusiasmo.

—Vaya, vaya — acabó diciendo la dama, algo picada —; yo no calumnio a nadie. No quería soltarlo, pero lo sé, me consta: sucede algo, y gordo. Puedo asegurarle a usted que hace cinco días Rosa se ha marchado de casa de su marido con cuatro muebles y unos cuántos baúles de ropa y llevándose el chico, y que vive sola con la doncella, en la calle del Guadarrama, 92, no sé qué piso. Ahora diga usted que esto no es hablar por hablar.

—Lo que digo — repuso, enojándose, el caballero — es que yo he llegado ayer mañana de París, que no he salido sino para venir a felicitar a la marquesa y que no sé nada de lo que pueda haber ocurrido; pero, sea lo que fuere, estoy seguro de Rosa estará harta de razón. Es una de las mujeres más bonitas y elegantes de Madrid, ¿verdad? — y esto no lo dijo con ánimo de complacer a su interlocutora —; nadie pone en duda su hermosura, ¿eh?: pues también son indiscutibles su talento y su virtud.

Pronunció don Luis estas palabras esforzándose por aparecer tranquilo, pero con tal energía, que ni caballeros ni señoras se atrevieron a replicarle, y la marquesa dió discretamente otro rumbo a la conversación.

De allí a poco, don Luis se despidió, y al poner el pie en el estribo de su berlina, que le esperaba en la puerta, dijo al cochero:

—Calle del Guadarrama, 92, y de prisa.

* * *

—¿Se ha mudado aquí hace pocos días una señora que se llama doña Rosa? — preguntó a la portera.

—Segundo con entresuelo.

Grandes fueron las dudas que mortificaron a don Luis desde que salió del saloncito de la marquesa hasta llegar allí. Mientras subía la humilde escalera de aquella vulgarísima casa, iba diciendo para sus adentros:

—¿Qué le habrá pasado? ¿Qué le habrán echo a esta muchacha para que transija con semejante cambio?... ¡Si esto es, para ella, la pobreza!... ¡Qué barrio, qué portal y qué escalera!...

Con mayor celeridad de la que al parecer permitían sus años llegó al piso segundo; llamó y salió a abrirle una doncella cuyo limpio y fino aspecto contrastaba con lo pobre de la casa. El pasillo de entrada, lleno de muebles, baúles y cajas, todo desordenado, indicaba lo reciente de la mudanza.

—¿Donde está? ¿Donde está? — preguntó don Luis.

Antes de que la doncella contestase se abrió la puerta de un pequeño gabinete, también llenos de trastos a medio colocar, y apareció una mujer como de veinticinco años, de singular gentileza, que arrojándose en brazos del anciano rompió a llorar amarga y dolori damente.

Era, alta esbelta, el pelo rubio muy claro, los ojos grandes de un azul muy obscuro, de mirar inteligente, llenos de viveza, pero sereno, dulces, como incapaces de expresar sentimiento que no naciese de amor o de ternura.

—¡Luis de mi alma! — dijo entre sollozos.

—¿Qué ha sido ésto, mujer? ¿Qué te ha hecho?... Porque de tí estoy seguro...

Ante la sospecha, aun tibiamente formulada, se irguió ella, son-

O R O S

Cae, violeta y amarilla,
sin alas, una nube al mar,
y se la ve desde la orilla
en oro vivo agonizar.

Es oro el sol que se derrama
en un lento vuelo mortal,
y se extingue como una llama
en el abismo de cristal.

Fué de oro el último reflejo,
y sólo queda el recordar.
Ya son matices de oro viejo
los del oro crepuscular.

Atardecer largo y violeta,
oros calientes en el mar,
¿qué color tiene la secreta
melancolía de soñar?

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.

Santiago, (Chile).

riendo con plácida altivez.

—Pero ¿ha podido usted suponer que yo hiciese algo feo?... Venga usted, y lo sabrá todo.

Llevóle al gabinete, sentáronse en un sofá, y después de permanecer mirándole cariñosamente unos instantes, como recapacitando la manera de expresarse o el modo de empezar, dijo así:

—Primero, contésteme a lo que voy a decirle. Si alguien le preguntase a usted quién era mi padre, cómo me educó, que sentimientos inculcó y desarrolló en mi alma, cómo obedecí a lo que quiso que yo fuera, en fin, hasta donde puedo yo ser capaz de bondad, honra y virtud..., ¿qué respondería usted?

—Diría — repuso con la mayor naturalidad don Luis — que tu padre fué un hombre tal, que pudiendo salvar su cuantiosa fortuna sin más que sostener un pleito, prefirió perderlo todo por cumplir fielmente sus compromisos, aun aquellos en que no mediaba documentación alguna, sino sólo su palabra; que luego rehizo parte de riqueza entre el asombro y el respeto de todos, porque aquella conducta le dió inmenso crédito; diría que tu educación, obra exclusivamente suya, fué un prodigio de sensatez, de cordura; que te hizo buena..., no sé cómo expresarlo, sin que tuvie as nunca que vi lentarte ni vencerte, inspirándote aversión a lo malo, y, sobre todo, diría que eres buena por naturaleza, como tienes los ojos azules y el pelo rubio... Pero ¿a qué viene esto?

—De modo de que usted cree que ni por liviandad, ni por conveniencia, ni por perversión, ni por nada puedo transigir con la deshonra...

—Cabal. Si fueras hija mía, y como a hija te quiero desde que tu madre me encomendó tu porvenir, no me inspirarías mayor confianza. Siempre dije que si para ser feliz bastara tener clara idea de lo que es bueno y voluntad de seguirla, tu serías dichosa.

—Yo no digo que sea buena. ¡Cuantas veces es uno injusto y malo sin saberlo!... Lo que digo es que nuestra virtud, la virtud de la mujer, no consiste sólo en.... ¿cómo se lo diré a usted?..., en dejar de hacer lo que deshonra y pone en ridículo a los hombres.

—No te comprendo.

—Pues escuche usted.

Procuró serenarse, recogiéndose hacia las orejas los rizos que se le habían deshecho, y con voz que en sus débiles o enérgicas entonaciones reflejaban la índole de sus recuerdos e impresiones, dijo:

—¡Tiene usted razón! ¡Pobre padre mío! ¡Qué hombre!... ¿Se acuerda usted de la quiebra? ¿De la comida que hicimos el día de los pagos? Todos abatidos, todos apocados, ¡menos él! — Esto de arruinarse — decía papá — tiene sus ventajas: ahora contaremos los amigos, ahora sabré si la Fortuna se me entregó por capricho o porque supe merecerla. — Volvimos a ser relativamente ricos. Seis meses antes de morir me sentó sobre sus rodillas y me dijo: — Si te falto ahora, te quedará una renta de cinco a seis mil duros, poca cosa en comparación de lo que tenías antes; pero puedes gozarla tranquila: ninguna de las alegrías que te procure ese dinero habrá nacido de un dolor ajeno; la limosna que dés no será nunca restitución. — ¡Este fué mi padre! ¡Así me educó!... Figúrese usted la impresión que, andando el tiempo, me causaría convencerme de que mi marido era... todo lo contrario. Habrá quien diga que debí conocerlo antes, pero ¿qué mujer joven puede conocer a un hombre, en uno o dos años de noviazgo, por sólo conversaciones de palco o de baile, en ese período en que ella no se cuida sino de parecer bonita y él no piensa más que en ocultar defectos? Durante las primeras semanas de mi matrimonio fuí feliz. No dejé, sin embargo, de comprender que Pepe era brusco, de carácter impetuoso, aunque procuraba contenerse o se arrepentía pronto de ciertos arranques para no enojarme. De vuelta del viaje de novios empezó a trabajar; hasta entoces había encargado del bufete a un amigo. Trabajaba mucho, más pronto me enteré de que sentía poco entusiasmo por su carrera; al salir del despacho siempre estaba de mal humor; lo que le preocupaba e interesaba no era la índole de los pleitos, la ocasión de lucirse o la probabilidad de reparar una injusticia, sino la esperanza y la cuantía del pago: acostumbraba a poner muy altos los honorarios, y en más de una ocasión le costó esto serios disgustos o recibió cartas desagradables. Por fin supe que tenía fama de interesado y codicioso. Con los clientes pobres incurría en faltas de consideración, casi de misericordia; en cambio, con los ricos no tenía dignidad: lo que le importaba era cobrar, cobrar... A veces toleraba lo que no debía. Cierto banquero al mandarle el importe de una cuenta que le pareció excesiva, le escribió diciéndole, poco más o menos: "Le remito a usted lo que me pide y siento no poder seguir llamándole amigo de quien me trata con tan poca consideración". Dije a Pepe que esto me parecía humillante, y repuso: — Lo que hace falta es que pague. — Mejor sería — repliqué — que cobrases algo menos y conservaras la amistad de un hombre que podía regatearte de mal modo lo que te dá. — Me miró de alto a bajo y contestó: — El mejor amigo... un duro. — Le cuento a usted estos detalles para que se haga cargo de cómo fuí convenciéndome de lo que es: no conoce más Dios ni más ley que el dinero. Llegamos en fin, al motivo de la separación, mejor dicho, de mi propósito irrevocable de no vivir con él.

Un día se presentó en mi casa una mujer pobremente vestida, con aspecto de señora venida a menos. Había estado a buscarle varias veces y nunca quiso recibirla. Entró porque en lugar de abrir el criado lo hizo la docella. Luego, desde mi gabinete, oí que Pepe y aquella mujer levantaban mucho la voz: me acerqué a una puerta y la oí llorar, llegando a mis oídos palabras que me helaron de espanto: "despojo..., compasión..., maldad..." Por fin salió, excitadísima, blanca de cólera, y desde la puerta de la escalera, tragándose las lágrimas, dijo: — Ojalá, si tiene usted hijos, pagen lo que hace con el mío! — Me quedé aterrada, volví al gabinete, llamé a mi doncella Faustina, en quien sabe usted que tengo absoluta confianza, y mostrándole desde el balcón a la mujer que en aquel instante salía del portal, le dije: — Coge el mantón, síguela y averigua quién es y donde vive. — Pe-



—La comedia es poquita cosa; se conoce que la ha escrito usted con mucha ligereza.
—¡Sí, señor! ¡Con la máquina de mi oficina!

EL AGUILA Y EL ESCARABAJO

Perseguida una liebre por un águila, fué a refugiarse en la habitación de un escarabajo, suplicándole que la defendiera. El escarabajo rogó al águila que perdonase por aquella vez a la infeliz, y pidióle en nombre de Júpiter, que otorgase el favor en gracia de la pequeñez del que lo exijía. Pero la reina de las aves, despreciando la intervención y el voto, cogió a la liebre y la hizo trizas.

—¿Qué males — le dijo al asqueroso insecto — puedo yo, temer de ti?

—Callóse el escarabajo, y siguiendo al águila, con auxilio de su propia pequeñez, descubrió donde ponía sus huevos, y haciéndoles rodar como a las bolas los estrelló en la tierra. El águila asustada de aquel desastre, abandonó el nido, que le parecía bajo, y se subió a hacerlo a mayor altura; pero su enemigo siguióla, y esta vez, como la primera, le estrelló los huevos. Aterrada la reina, ante la segunda catástrofe, ascendió hasta poner terceros huevos en el mismo seno de Júpiter, su especial protector. El escarabajo, entonces, hizo una bolita de basura y se la echó al Dios en su regazo; el cual, al sacudírsela, olvidóse de la prole del águila y derramó por tercera vez, las últimas esperanzas de la madre.

—¡Ese infame escarabajo, oh Júpiter — gritó el águila, — es el causante de todas mis desdichas!

—¡Esa desalmada reina, oh Júpiter — replicó el insecto — es la que despreció tu nombre cuando yo suplicaba!

Júpiter, que comprendió la razón, dispuso que el águila pusiera sus huevos en la época que no hay escarabajos; pero, acercándose al oído de sus especial protegida, murmuró:

—Señora, no hay enemigo pequeño.

pe pasó la tarde de un humor intolerable y ordenó que bajo ningún pretexto se abriese la puerta a aquella desdichada. Le pregunté quien era, me respondió que una trapisondista. Para abreviar: Faustina volvió diciéndome cómo se llamaba y dónde vivía. A la mañana siguiente fuí a verla. Vacilé mucho antes de hacerlo, pero no me pude contener ni quise dominar el deseo de salir de dudas porque toda me inducía a sospechar qu Pepe debía de haber cometido una maldad muy grande. Afortunadamente aquella mujer no me conocía; sabía que Pepe era casado y nada más. La portera me dijo que la infeliz había estado en buena posición, pero que se veía ya en la mayor miseria porque cosiendo no ganaba lo bastante para mantener a su hijo, niño de cinco años.

Subí a un sotabanco, ni más ni menos que en las novelas, y para hablar con ella inventé una piadosa mentira: la esperanza de la limosna hizo que no se parase a inquirir si yo decía o no verdad. Poco me costó que hablase. Era parlanchina, locuaz, imprudente, de lengua demasiado suelta, culpas atenuadas por el afán de contar la caída desde una posición acomodada hasta la más dura pobreza; pero en el fondo de su parlachanería y su exceso de charla latía y se mostraba en su hediondez algo terrible. ¡Mi marido había robado al suyo veintidos mil duros! La historia es sencillísima. Su esposo era procurador: en cierta ocasión se le formó causa para exigirle responsalibidad por irregularidades en un pleito en que intervino, decretándose contra él un embargo; entoces buscó a Pepe, que era íntimo amigo suyo, y sin recibo ni documento alguno, que por otra parte dadas las circunstancias, hubiera sido inútil, le entregó para que se los guardase, veintidos mil duros en títulos de la Deuda. ¿Va usted adivinando?... Luego le prendieron pasó en la carcel año y medio, salió absuelto, y al reclamar el depósito, Pepe se lo negó... Es decir no negó la devolución, sino lo que es más infame, la entrega. No existía, no podía existir prueba. El infeliz procurador murió al cabo de unos cuantos meses, y Pepe siguió negando a la viuda. Después he averiguado que con parte de esos veintidos mil duros hizo Pepe los gastos de nuestra bodad. ¡Qué base para nuestra felicidad!... De mi entrevista con aquella mujer saqué el convecimiento de que no mentía: la índole y el carácter de Pepe servían de acusadores contra él; por último, quise ponerle en el trance de que confesase, y lo conseguí.

Hice una cosa horrible, pero no tan horrible como su maldad. Dejé una noche que se acostase antes que yo, esperé a que se durmiese, y al cabo de dos horas, cuando él estaba en el más profundo de su sueño, teniendo antes cuidado de poner la luz de modo que le ilumira el rostro, le llamé a grandes voces, gritando: — Pepe, Pepe!... ¡El dinero de Gonzálvez! González, Gonzálvez!... ¡Su dinero! — Despertó presa de un sobresalto indecible, y sin tiempo para reponerse, sorprendido como criminal por astucia del juez, preguntó, fuera de sí enrojecido de rabia: —¿Donde está Gonzálvez? ¿Cómo lo sabes? ¿Qien te lo ha contado? — Pero no era menester estas palabras; su cara, su espanto bastaron para persuadirme de que la viuda no me había engañado...

¡Qué pena la mía!... ¡Juro que hubiera preferido sorprenderle en brazos de una mujer! Entonces se levantó en mi corazón una tempestad de asco y de desprecio. ¡Y aquél era el hombre que me había poseído, el que saboreó mis primeros besos de amor!...

Cuanto he intentado para que prometa la restitución del depósito ha sido inútil; niega, insiste en negar, y cada negativa le aparta más de mí. No podemos divorciarnos, lo sé, me han leído el Código; pero yo me separo de él porque siento que el contacto de ese hombre me mancharía. Yo creo, don Luis, que ni el honor ni la conciencia tienen sexo. Me ha deshonrado con su delito, como yo hubiera podido deshonrarle con mi infidelidad. Seré legalmente suya, llevaré su nombre y, lo que es más doloroso, lo llevará mi hijo; pero no volverá estrecharme entre sus brazos ni comeré su pan. Quien me comprenda que me juzgue.

Poemas de la muerte

OBSESION

¡Muerta!, ¡muerta!, ¡muerta!
como un clavo ardiente
clávase en mi frente
la palabra: ¡muerta!

La que fué una rosa
de carne, y un lirio
de alma, ¡oh, martirio!,
¿barro es en la fosa?

¿Pasto de gusanos
es hoy la que fuera
la musa hechicera
de mis sueños vanos?

¡Muerta!, ¡muerta!, ¡muerta!
como un clavo ardiente
clávase en mi frente
la palabra: ¡muerta!

CONGOJA

En un nimbo de cirios y de rosas
la dulcísima muerta sonreía;
las llamas eran gritos de agonía
perdiéndose entre sombras angustiosas;

eran rojas pupilas misteriosas
inmóviles en una muda y fría
contemplación; eran el alma mía
consumiéndose en ígneas mariposas.

Las rosas perfumaban el ambiente
y juntábanse en mi ánimo doliente
con el perfume del recuerdo santo.

Y entre rosas y cirios mi congoja
tembló, cual bajo el viento débil hoja,
y se quebró en un infinito llanto.

EGOISMO SENTIMENTAL

No lloro, nó, la muerta que reposa
bajo un manto de rosas y de lirios.
Sí, lloro, sí, mis bellas ilusiones
que la dulce al morir llevó consigo.

No lloro nó, la falta de su pura,
seráfica mirada,
lloro porque no encuentro más espejo
para mirarme el alma.

No lloro, nó, la falta de la suave
caricia de su mano,
lloro porque ha quedado muda, helada
el arpa de mi tacto.

No lloro, nó, la falta de su risa
perlada como un trino,
lloro, porque en las músicas de Eros
son sordos mis oídos.

No lloro, nó, la falta de su beso
sonoro y musical como un poema,
lloro porque no encuentro en otros labios,
ni mieles, ni perfumes, ni elocuencia.

No lloro, nó, la muerta que reposa
bajo un manto de rosas y de lirios,
sí lloro sí, mis dulces ilusiones
que mi amor, al morir, llevó consigo.

MAYORINO FERRARIA

Un curioso aparato
El eptófano

Leemos en una revista científica que el profesor Rosing del Instituto Politécnico de Leningrado, ha construido un aparato llamado eptófono, por medio del cual los ciegos podrán conocer el contenido de los libros de lecturas usuales.

El aparato inventado por el profesor Rosing consiste en un soporte en el cual se coloca el libro de impresión común. El libro tiene en el soporte un movimiento análogo al de una máquina de escribir y pasa continuamente delante del objetivo microscópico. Cada vez que pasa el libro delante del objetivo, se interrrumpe en él la iluminación, según la forma de cada una de las letras. Esta luz se proyecta desde el objetivo sobre un "foto-elemento", produciendo oscilaciones en un aparato telefónico conectado. Por medio del referido teléfono se oyen los diferentes tonos que corresponden al carácter de cada una de las lectras.

Agrega la información que, una vez que los ciegos hayan aprendido a distinguir los sonidos correspondientes a cada letra, pueden leer cualquier libro impreso con letra común.

La domadora de fieras

Por Max Eugenio Auzón

Esta generación no puede formarse un idea exacta del aspecto de Buenos Aires, hace sesenta años, aspecto colonial todavia, y que alguna que otra fotografía de difícil hallazgo, permite reconstruir en la imaginación. Era "la gran aldea", tan magistralmente descripta por el inolvidable Lucio V. López. La recordarán, sí, los antiguos, algunos sobrevivientes de la "guardia vieja", miembros de la brillante falange que, con su distinción nativa y su garbo, daban el tono a los bailes del Progreso y a las veladas líricas del Colon.

Si alguno de esos ancianos se hallare entre los lectores de la presente narración, recordarán el sitio en qué actuaron nuestros personajes, y quien sabe si al evocar aquellos tiempos que no volverán, no sientan pasar por su venerable cráneo, así como una brisa de la lozana juventud porteña...

* *

En la esquina de Libertad y Tucumán, donde hoy se alza el magnífico edificio de la "Escuela General Roca", existía allá por el año 80, un cuartel que sirvió de prisión al cacique Pincén, tomado en un malón con varios de sus capitanejos y una numerosa indiada de chusmas. No recuerdo el nombre del jefe que los había capturado.

En esa misma esquina, diez años antes, instalaba sus barracones circos ambulantes, charlatanes expendedores de filtros maravillosos, y cuando esos se marchaban con la música a otra parte, lo solicitaban para "kermesses" que, algunas veces, funcionaban a beneficio de Nuestra Señora de la Estrella.

Cuando lo ocupaban compañías de circo más o menos completas, el barrio, de ordinario muy tranquilo, cobraba cierta animación, gracias al ruido de las bombas y de las orquestas que tocaban piezas a la entrada, antes de comenzar la función.

Al principio del año 70, trabajaba allí la gran compañía ecuestre de Chiarini, de la que formaban parte buenos elementos, y entre otros números sensacionales, una jaula con fieras, y una domadora que venía precedida de una fama adquirida en las principales ciudades de la Unión, en donde había nacido, de padres cubanos. Joven era y muy hermosa, por añadidura.

El Circo Chiriani disponía de una instalación precaria, bajo una gran carpa de lona; los palcos y gradas, de maderas rusticamente carpinteadas, cubiertas de cretona bicolor, servian a los fines de su construcción, y el pueblo soberano de entonces, por cierto no tan soberbio ni tan exigente como el de hoy, así opinaba.

* *

Desde ocho días que se había inaugurado la temporada, noche a noche, ostentaba la boletería el cartel "No hay más localidades", y eso que cabían en el recinto más de mil espectadores.

El número de la domadora era el esperado con más impaciencia, pudiendo asegurarse que todas las anteriores pruebas pasaban inadvertidas, exceptuando los niños, que celebraban ruidosamente los chistes de los tonys.

Miss Nancy, que así se llamaba la domadora, presentaba a sus terribles pupilos por sus nombres: uno de los leones lo había bautizado con el nombre de Cooper, el gran novelista yanki.

Tigres y leones imponían, tanto por su tamaño como por los rugidos con que atronaban los aires, causando escalofrío a los timoratos. Y esa impresión aumentaba cuando la mujer introducía la cabeza en la boca de Cooper. Muchos espectadores comprimían su respiración e, involuntariamente, cerraban los ojos, comprendiendo que una simple contracción nerviosa de las mandíbulas de la fiera, trituraría la cebaza hermosa, ofreciendo un cuadro horrible.

Pero ella, con la calma imperturvable que nunca la abandonaba, retiraba su cabeza, haciendo una caricia a la fiera. Recien entoces, el público, como aliviado de una pesadilla, prorrumpía en prolongados aplausos. Seguía con el más vivo interés todos los ejercicios de la miss, observando como las fieras, dominadas por su mirada más que por el látigo, se abalanzaban como para hacerla pedazos, precipitándose, saltando una encima de orta, en loco desbande, estrellándose impotentes contra los sólidos barrotes mezclando sus rugidos al chasquido del látigo cruzando sin piedad su formidable lomo.

Terminado el atrayente número, miss Nancy, al saltar a la pista, era objeto de una ovación estruendosa.

Sin embargo, entre la gran masa de gente delirante de entusiasmo, había un grupo de hombres para quienes el gran atractivo no era tan sólo el arrojo de la miss sino su hermosura. Ella recibía diariamente epístolas amorosas, y entre estas había proposiciones ma-

trimoniales, abonadas por caballeros de figuración social, dueños algunos de bienes considerables.

Pero la linda domadora de leones y hombres se reía de esas propuestas y enseñaba las cartas a su director, invitándole a hacer coro con el buen humor de su prestigiosa pensionista.

Pero Chiarini, no sólo no soltaba la carcajada, sino que permanecía silencioso, sin gana de reír, por cuanto, él también, sin que lo sospechara miss Nancy, formaba en el séquito de sus adoradores, obligado a la reserva por su condición de casado.

Un día que ponía en manos de la destinataria un legajo de cartas, la miss le preguntó de improviso:

'—Indíqueme la manera de desahuciar de una vez pos todas a mis perseguidores...

—Haga usted lo que ha hecho hasta ahora: recibir las cartas y no contestarlas...

—...pero lo que yo deseo es que se dejen de embromar... que no me escriban más: esto puede divertir un rato, pero a la larga, fastidiá, enerva, ¡estoy harta!...

—Yo no sé que otro consejo le puedo dar, replicó el director.

Miss Nancy quedó un momento pensativa. De repente se golpeó la frente, exclamando con alegría ruidosa:

¡Ya sé como los voy a poner todos en precipitada fuga!

Y se reía a carcajadas de su idea que aun no lograba explicar, sin poder hablar, a causa de su hilaridad.

—¿Qué piensa usted hacer? preguntó tímidamente Chiarini, cuyo consejo de no contestar las cartas no era del todo desinteresado.

—¡Preste atención!... La semana próxima doy mi función de gracia, como dicen por aquí; pues bien, haga poner en los carteles que aceptaré por esposo a aquel que esa noche se anime a entrar conmigo en la jaula de las fieras... ¿que le pareca mi idea?...

—¡Admirable!... contestó el director, seguro de que nadie se animaría y que, en consecuencia, quedaría el solo dueño de la situación.

* *

Aquella noche la vasta carpa rebosaba de gente ansiosa por ver si se presentaría el heróico aspirante a la mano de la misa.

Desde luego, el espectáculo era doblemente atrayente: además del número sensacional, el "clou", mediaba la circunstancia de ser el beneficio de la artista mimada, a la que el público porteño deseaba festejar dignamente, en una forma que dejase recuerdo grato en su alma varonil. La demanda de localidades había sido extraordinaria, y poco antes de principiar la función, se pagó por palcos y plateas el triple de su precio en boletería, lo que permitió a los revendedores hacer su agosto.

La policía tuvo que reforzar el servicio de orden, para contener a los que pretendían entrar, sin tener en cuenta que el circo estaba "de bote a bote". Es que no todos los días se ve a un hombre exponerse a una muerte horrible para probar su amor a la dama de sus ensueños y se suponía que entre tantos suspirantes hubiera siquiera un paladín.

Era tal la expectativa, que los "zanahorias", con su ridícula y mal cortada levita punzó no fueron objeto de ninguna manifestación de titeo al aparecer en la pista, arrastrando la jaula con sus postigos cerrados, ocultando a los temibles huéspedes de la selva africana.

En seguida de sacar aquellos, procedieron a enganchar la jaulita acoplada que impide a las bestias feroces, en una arremetida siempre posible, lanzarse directamen e sobre la concurrencia, atropellando al domador cuando este abre la puerta de comunicación.

Ofuscadas por la repentina luz, las fieras dejaron oir algunos bramidos sordos, turbadas en su quietud estúpida, acorraladas en pelotón, mirando con esa expresión vaga de las bestias idiotizadas por el perpétuo chasquido del látigo, indiferentes a todo dolor.

De la compacta masa humana partía un murmullo grave, apagado, indefinido, compuesto de todas las vibraciones de la emoción colectiva, palpitando a la espera de algo grandioso y quizá horroroso.

Y cuando, a su vez, apareció la domadora, serena como siempre, sonriente, el público no pudiendo contenerse le hizo una ovación.

Ella se izó con elegancia hasta sus dominios, mientras reinaba de nuevo un silencio solemne, que ni las fieras interrumpían con rugidos, como si comprendieran que algo extraordinario iba a pasar, siendo ellas las protagonistas de un drama nunca visto.

Miss Nancy hizo un gesto indicando que quería hablar, haciéndolo en estos términos:

"Respetable público: sé que entre vosotros hay varios aspirantes a mi mano, pues así se me ha hecho saber por cartas que conservo. Ahora bien, me hallo irresoluta, por cuanto pienso que todos los que me han expresado sus sentimientos, son dignos de mi consideración. Por los carteles os habréis enterado de la forma en que recibiré al que me ame, es decir, rodeado de mis fieras.

Nada más tengo que agregar, ahora venga el que me ame verdaderamente..."

Un silencio, más imponente aun, reinó después de ese breve discurso, pronunciado en tono tranquilo y sin gestos inútiles. Sólo se percibía, como murmullo de arpa eólica, el "frou-frou" de algún vestido de seda.

Todo el mundo movía la cara, yendo las miradas de un lado a otro, ya hacia los palcos, ya a las plateas; cualquier ruído de silla atraía invariablemente la atención hacia ese punto; pero pronto se comprendía que no había caso", siendo esos movimientos producidos por la tensión nerviosa que mantenía en suspenso a mil seres humanos.

Después de una pausa bastante larga miss Nancy volvió a tomar la palabra:

"Veo, dijo con una sonrisita irónica, de dos cosas una: o los que me juran amor no me aman de verdad, o los hombres son más flojos que las mujeres..."

Fué interrumpida por grandes exclamaciones, risas y aplausos, que por espacio de varios minutos no le permitieron continuar. Restablecido el orden, se disponía a ejecutar sus ejercicios habituales cuando, en ese momento, se destacó en las filas de la platea un hombre joven, bien puesto y de arrogante presencia, denotando pertenecer a una capa social elevada. Bajó la pista, siendo blanco de todas las miradas y enfocándolo con sus gemelos los espectadores más distantes.

Llegado al pie de la jaula, pidió a la domadora que le franquease la entrada, a lo que accedió, pasando ella primero a la jaula acoplada, previo cierre de la comunicación entre ambas.

Así no corría peligro el valiente teniendo tiempo para retroceder si le flaqueaba el ánimo.

Pero el hombre estaba resuelto y muy entero, y así se lo manifestó a la domadora, quien entonces y, sin más trámite, abrió la comunicación, penetrando los dos en la jaula de las fieras que, al ver al intruso, lanzaron rugidos espantosos, reaccionando en su estupor y pretendiendo desgarrar al audaz. Pero algunos latigazos, repartidos a diestra y siniestra, las acorralaron, domadas e inofensivas, acostadas ahora en su rinconada, en pelotón.

El desconocido, sin el menor temblor en la voz y, por el contrario, con timbre fuerte y sonoro, como para ser bien oido por toda la concurrencia, dijo a la domadora, que le hacía un baluarte con su cuerpo, en previsión de una posible reacción de las fieras:

—Mi propósito, señorita, al penetrar en esta jaula, fué rectificar el mal concepto que usted se tiene formado de mi sexo. No todos los hombres somos cobardes, aun en presencia de tigres y leones, y mi gesto es únicamente para demostrárselo.

Y ahora, miss Nancy, tendrá usted que repetir la prueba para los que aspiran a obtener su gentil mano...

—...¿porqué, señor?

—...porque yo soy casado, señorita.

INQUIETUD

Cada día un ansia y algo que perece...
cada día un punto y una perspectiva
mientras las visiones de ayer se dispersan
y a su noche corren, ya desvanecidas...

Se borran retratos... se afirman perfiles
que ayer eran sólo bosquejos sutiles...

Florece en creencias mi anhelo de calma
y sólo consigo torturar el alma...

Y me quemo toda — ¡cumbre de inquietudes!—
en la pira inútil... e impaciente avanzo...
sombras y más sombres... ni una chispa... nada...
¡tinieblas que pesan sobre mi cayado!...

Y la sed me abrasa; la inquietud me sorbe
y en el alma ciega se ensancha la herida...
¡quiero con engaños saber el secreto
que exige, usurero, la ubérrima vida!

Más, después, un ansia de no saber nada...
pues la certidumbre sería un suicidio...
y la boca en besos, más roja que nunca...
mientras nace el vago temor de *haber visto!*

II

Y en el prodigioso crepúsculo rubio,
cuando el alma aguza sus crudos designios,
el surgir de un nuevo supremo Arquitecto
o el derrumbe quedo de seiscientos ídolos...

Cada día un ansia y algo que perece...
cada día un punto y una perspectiva
mientras las visiones de ayer se dispersan
y a su noche corren, ya desvanecidas...

Sólo amor es firme
¡firme como un faro!
como un faro rojo, de espejismo eterno
sobre la locura de mis olas turbias,
junto a la neurosis de los mil caminos,
¡contra los tormentos de mi propio infierno!...

ALICIA PORRO FREIRE

ZORAIMA

Ingrávida y hermética, la pequeña Zoraima
tocada con fugaces y rayados percales,
contra la lona de la jaima
proyecta lentas espirales.

La mirada lánguida y arisca
de Zoraima carece de pérfido motivo,
pero en su frágil curva de odalisca
acecha un propósito lascivo.
Lo sabe la ráfaga copiosa
que apresa su cuerpo inviolado
y acusa la línea cautelosa
del seno apenas iniciado.

Los soldados y los beduinos
amansan a la sombra de Zoraima
su violencia de soles y caminos
y sorben el reposo de la jaima
en el té con limón o hierbabuena
mientras humea el rojo guirigay de los zocos
la media voz obscena
para sus chumbos y sus cocos.

Desbordada de sol desentraña intenciones
en el viento, en la nube y en la jiba del monte
y presiente sangrientas violaciones
en el encendido horizonte;
las caravanas pasan enlutando la jaima
y las tardes enredan fracasados destellos
en los ojos sin fondo de Zoraima
y en los ojos de los camellos.

PALABRAS AL BORDE DE UN AMANECER

Sobre los medios días, campanarios del mundo,
ha soltado tu nombre mi voz recien abierta...
Por las venas del día se vé subir tu nombre,
una abeja dorada chupa la flor del cielo
y brotan hojas verdes en las ramas del aire.
A la sombra del árbol que mi voz ha plantado
crece la noche cálida que azulé con tu nombre
y en una pampa trémula de pastos y jagüeles
la luna es un bagual alazán que relincha
tras la sal y el azúcar del cuenco de tu mano.
Para tus pies cansados de apacentar luceros
abren las madrugadas caminos de retorno,
el silencio se curva con musicales flechas
y los vientos se lavan, al fin, con tu palabra.

DÍA

Con la pulida mañana
vocinglera de percales
va el Verano de jarana
y es anillo de esponsales
el sol en la resolana.

En la palma de tu mano
baila la gracia del día
y por bailar bailaría
en la boca de Verano
la rosa del mediodía.

Con tus suspiros activa
el aire su caramillo
y el cielo suelto el justillo
su gran seno azul aviva
con un pezón amarillo.

Los pájaros campesinos
beben la tarde en tus ojos,
tus ojos maduros bojos
rezuman dorados vinos
sobre el mosto de mis ojos.

Para la danza del día
repica el sol su pandero
y el campo verde gaitero
por tu mirada y la mía
melifica su puntero.

Aguas abajo la ría
lleva luna de Verano
y en pos de su espejo vano
poco a poco cae el día
de la palma de tu mano.

Nuestros poetas

AMADO VILLAR



Hace algunos años el poeta Amado Villar dió a la publicidad su primer libro de versos, endechas juveniles, chispeantes de emoción y color. Su musa, entonces le inspiraba poemas de un corte clásico, de una fluidez espontánea, donde el pensamiento se unificaba a la emoción.... .

Luego el poeta Villar se aleja de nosotros y se radica en España, el país ardiente, del arte y de la Belleza, le ofreció todo su esplendor. Allí compartió sus horas con los mejores poetas, se compenetró de sus escuelas y ofreció bajo el cielo andaluz, toda la armonía de su corazón. Más tarde abandonaba momentáneamente la lira y se va a luchar con los moros. El bélico cañón, el sol africano, el desierto emocionante, lo atraían, le hablaban cosas muy grandes para templar su alma de soñador.

Ahora Amado Villar, ha dejado su patria noble e hidalga, y ha vuelto a esta tierra que pisó por vez primera siendo muy niño.

El poeta cansado de cabalgar en su mismo rocinante, se ha dado a las nuevas tendencias literarias. Sus poemas de ahora, modernos y metafóricos, imprimen un sello original; son frescos, bien pulidos y algunas figuras atrevidas esmaltan el final de las estrofas.

Amado Villar, que es un escritor sincero, nos dará muy pronto un volúmen que intitula "Versos con sol y pájaros".

Nuestros lectores podrán apreciar el conjunto moderno de los poemas que ofrecemos del escritor Villar, quien como muchos que merodean por estos nuevos caminos del arte, tienen sus admiradores que los celebran y aplauden.

V.

ZULEMA LA MENDIGA

Zulema la mendiga
abre sus surcos al agua pacífica del alba...
Al trasponer el círculo de tiendas militares
chapotean sus pies en charcales de sueño.
Sus charras telas pintan los cristales del día
y su voz acaricia los molletes del aire
de pupilas rijosas y de barbas de un mes.
Charangas, airones, fusiles y uniformes...
Los cielos agrandados de dianas
y la tierra tundida de tambores
la beben como un vaso de vinillo dulzón.
Salva su castidad la luz angélica,
redime su miseria el mucho sol.
Y al desgranar la tarde su mazorca pintona,
Zulema la mendiga se va con sus diez años
y con la noche fiel que le guarda los pasos.

CAMINO PARA LA SONRISA DE UNA MUCHACHA

Han llovido tus ojos chaparrones de pájaros
en el patio redondo de mis días sin árboles.
Has mecido las horas en tus brazos de copla
y es tu nombre su alegre sonajero de plata.
En el aula del alba tu voz ha puesto cátedra,
han urdido tus manos una tela de música
y en los campos en flor de tu docil palabra
pacen los recentales con los morritos húmedos.
Con tu paso más leve que las plumas del aire
has techado las sendas que sangraban al sol.
Llegarás al bautizo del lucero más rubio
con un grano de sal en un pico de alondra.
He tenido mi vida con color de futuro
y soy una bandera todavía sin mástil.
Cuando llegues mis días te ceñirán los muslos
y en las parras maduras que vendimia la tarde
harán nidos tus pájaros, sembradora de lunas!

AFRICA

Las luminosas aes
y los tigres en celo de tu nombre
te crean en el aire.
Alarido de zambas guturales el Congo,
Marruecos un refresco de limón
y un almíbar de chumbos aplatados Argel.
Banderas de montañas tremolando
su levantado grito
se queman en el viento.
Naufragan en tus mares
los soñolientos párpados del cielo
y un sol alborotado
tapia tus puertas
con violentos puños.
Las cimitarras de los mediodías
pausados elefantes desmoronan.
El aire sus pupilas infantiles dilata
sobre las vendedoras de frutas y los moros
vendedores imóviles del tiempo
y en un cordel torcido con todos los colores
la feria franca cuelga desgañitados loros
y pinta la mejilla de los campos sin sombra.
En el ardido vientre del destierro
entre rejas de cielo castigado
musicales culebras desenroscan
las flautas de los camelleros
y un tímido verdor engolosina
las ofrecidas fauces del oasis:
¡jadeantes caminos han sacado la lengua!
Los nubarrosos pájaros del Invierno torturas
en jaula de tormentas
y entre tus negras zarpas tañedoras del viento
la guitarra del mundo es una esposa trémula
con dolores de madre.
Las tardes de ojos grandes buscan novio:
Restañó la más joven el sol en la mirada
final de mi partida
y esa noche aprendieron los llanos a ir al cielo
por un túnel sin eco que se vistió de pena.
Traigo las manos mansas de fatigar tu piel
y embotas el alfanje de mi voz
con las melladuras de tu recuerdo:
con los cinco sentidos enviudados
por alfombras de olvido va mi paso
blando como el balido de un cordero.

Amado Villar

EL MIEDO

Por Vicente del Olmo

El diablo, cuando no tiene nada que hacer, con el rabo espanta moscas. Y aquesto es lo que ocurre en la recobita de mi amigo don Zenón. Yo, que tengo mucho de meticuloso, interrogué una vez a don Zenón:

—¿Porqué en vez de Z — ¡si ce y ci sueñan con el valor de la Zeta — me respondió sin titubeos don Zenón —, que parece un banderín caligráfico...

En la rebotica de don Zenón, casi siempre provocado por él, surge en las charlas un tema vital para los hombres de ciencia: el miedo. Don Zenón, el estupendo químico que modestamente se complace en vivir en la obscuridad, como los topos — sus múltiples específicos van registrados con un seudónimo infantil, seudónimo en que no se columbra un afán de popularidad —, según me ha comunicado en secreto, bucea, sin resultado, la fórmula de unas pastillas contra el fenómeno nervioso que produce el miedo.

—El miedo — respondía el doctor don Recaredo Cebadilla — es instintivo para mi próximo ingreso en la Academia, ¡ah, porque yo tengo que ser elegido académico de la de Medicina!..., preparo ese discurso. El miedo, repito es instintivo. ¿Las causas que producen el miedo? Conocemos sus efectos... Si la ciencia está compuesta de teorías irrebatidas, con la ciencia tengo que coincidir en que es un reflejo nervioso. ¿Cómo y porqué se produce el fenómeno?... Os adelantaré algo de lo que será mi discurso... Los nervios, a mi juicio, son como las mujeres de un harem: voluptuosos, gentiles, sumisos... !Que aun constituyendo la suprema esencia de la existencia de su amo y señor, el mundo exterior, que rodea su extrecho recinto, encuéntrase impoluto para ellos!... Yo creo — ¡y esta mecánica del proceso del miedo es rapidísima en el cerebro!... — que las células cerebrales, como fieles vigías de la carne, y sin dar cuenta en ocasiones al Raciocinio, al percibir el peligro, inmediatamente comunican lo anormal a los nervios... Estos, sensibles y frágiles, se escandalizan... Gritos, desmayos; ¡qué se yo!..., ¡el desconcierto, rota la armonía del sistema nervioso!... El cerebro, que, atolondrado, continúa sin haber dicho nada a su amo y señor el Raciocinio, recibe la sacudida eléctrica de los nervios... Y aquí tenemos el fenómeno instintivo; todos los nervios del cuerpo humano, que como es natural, sienten horror a la inexistencia, se anarquizan. Como el caballo desbocado, rompen el freno que los sujeta... El Raciocinio, ante la hecatombe, se ausenta del individuo. Y en realidad — quiero haceros esta advertencia — no es que se ausente: es que lo dejan abandonado... Las células cerebrales, improvisadas capitanes del desaborlado y sin timón barcucho humano, ordenan:

—¡Sálvese quien pueda!...

¡Y he aquí el naufragio de la ecuanimidad y la reflexión!... Científicamente, opino que eso es el miedo.

—Yo — dice un ente vulgarete —, al pasar junto a un cementerio, siento un terror incomprensible.

—¡Bah! — exclama don Recarendo —. Supersticiones y falta de costumbre... Si ustedes hubiesen verificado cincuenta mil autopsias, como yo, no tendrían miedo a los muertos. La muerte, por una moral vertical, debe infundir respeto; miedo, no... Yo me refiero al miedo científico: al coletivo o personal que, sin supersticiones engendradas por lecturas u otras causas, injustificadamente, invade el ánimo de las personas... Un caso de la guerra europea, por ejemplo... ¡Hombres que habían ido a jugarse la vida, templados en cientos de combates, que, sin saberse por qué, en plena victoria..., corrieron ante el enemigo!...

—¡Bueno, doctor, bueno... — asintió don Sisebuto —: admitido que el miedo es el horror que la carne siente al no ser!... ¿Usted vé estas cicatrices en mis sienes?

—Sí: las que le produjo el proyectil, que las perforó cuando intentó poner fin a su vida. ¿Qué hay?...

—Paciencia, doctor; paciencia... Yo, como marino, soy un hombre que luché contra múltiples tempestades; yo, según saben todos, durante doce días estuve sobre unos maderos batiéndome desesperadamente entre las gigantescas y salvajes olas embravecidas del mar Caribe; este brazo, el izquierdo, perdílo en un combate naval histórico... Y si gocé de una fortuna considerable hasta el día de mi infausto y fracasado suicidio, no fué precisamente por miedo... Pisé tierras desconocidas y no halladas por los mismos salvajes; luché con caníbales... ¡Menos ladrón y otros oficios similares de lo ilegal, todo lo fuí! ¿Porqué, en completa salud, con todas mis fuerzas físicas y morales, joven aún, a los cuarenta y tres años, el día que perdí ni bienestar económico me pegué un tiro?

El doctor Cebadilla se montó bien los lentes sobre el caballete nasal, y, encongiéndose de hombros, despectivamente, vociferó como un energúmeno:

—¡Por miedo a la vida, poncho!... ¡El miedo tiene muchas facetas!...

Primer centenario de la batalla de Ituzaingó



El presidente de la República y los ministros del P. E., oyendo el himno nacional, frente a la estatua del general Alvear, durante los actos conmemorativos de la batalla de Ituzaingó.



El doctor Gerardo Meana, presidente de la Comisión de homenaje, leyendo su discurso, ante el primer magistrado, en la tumba del general Alvear en la Recoleta.



El general Toranzo hablando en nombre de la Comisión, frente al sepulcro de Rivadavia, presidente de la República en la fecha de la gloriosa efemérides.



El ministro del Interior, doctor José P. Tamborini, pronunciando su discurso ante el mausoleo de don Bernardino Rivadavia



Durante el descubrimiento de la placa conmemorativa fijada en la calle Ituzaingó, con la asistencia del intendente municipal, doctor Carlos M. Noel.



El ministro de Francia, M. George Picot, hablando en la ceremonia tributada ante la tumba del coronel Brandzen.

A bordo del vapor "Giulio Cesare"



Durante el almuerzo ofrecido por el comandante del "Giulio Cesare", en honor del doctor C. Egger, ministro de Suiza y del teniente coronel Martín Gras, nuevo agregado militar a la embajada argentina en Roma. — Señores Dr. Esteban Gras, presidente de la Sociedad Italia - América; doctor Charles Egger, ministro de Suiza ante el gobierno argentino; coronel Martín Gras, nuevo "attaché" militar de la embajada argentina en Roma; Armando Tombeur, secretario particular del presidente de la República, Comm. Mario Isnardi, comandante del "Giulio Cesare". L. de Boccard, explorador e ingeniero Bottini y doctor Brunelli.

El V. baile de los aviadores





Con el lucimiento de otros años, realizóse en el teatro de la Opera, el anunciado baile de los aviadores. A la izquierda: los pilotos Olivero, Duggan, Hillcoat, Selvetti, Roger y otros, durante un intervalo del baile. A la derecha: un grupo de señoritas de las que tomaron parte en la fiesta.

Equipo seleccionador de semillas del F. C. C. A.





En la estación Retiro del Ferrocarril Central Argentino, realizóse la demostracion del equipo seleccionador de semillas, que este empresa pondrá a disposición de los colonos de sus zonas de influencia. A la izquierda: el ministro de Agricultura, ingeniero Mihura, el presidente del directorio local del F. C. C. A., doctor Frias, el gerente, señor Leslie y otros caballeros, durante la demostración. A la derecha, el vagón especial, sobre el cual se ha instalado el equipo.

De nuestros escenarios





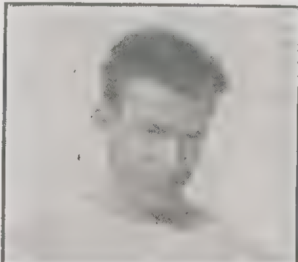


Miss Dolly, la graciosa bailarina, que con éxito brillante viene actuando en el Hippodrome.

Campeonato sudamericano de box



José Ubeda, argentino. Campeón categoría peso mosca.



Alejandro N. Grandi, argentino, campeón peso pesado.



Luis Vozzi, argentino. Campeón peso liviano.



Félix Sposito, argentino. Campeón peso medio mediano.



Hugo Meliante, uruguayo. Campeón peso mediano.



José Concha, chileno. Campen, peso medio pesado.



Benjamín Pertuzo, argentino. Campeón peso gallo.



Justo R. Suárez, argentino. Campeón peso pluma.

Colisión de un tren y un omnibus



Estado en que quedó un ómnibus de la compañía "La Paternal", después de ser arrollado por un tren del F. C. O.



El conductor y el guarda del ómnibus, ilesos en la colisión, de la cual resultaron heridos varios pasajeros.

Incendio de la droguería "Del Indio"



Los bomberos atacando el incendio que hizo presa en la droguería "Del Indio", situada en la plaza del Congreso.

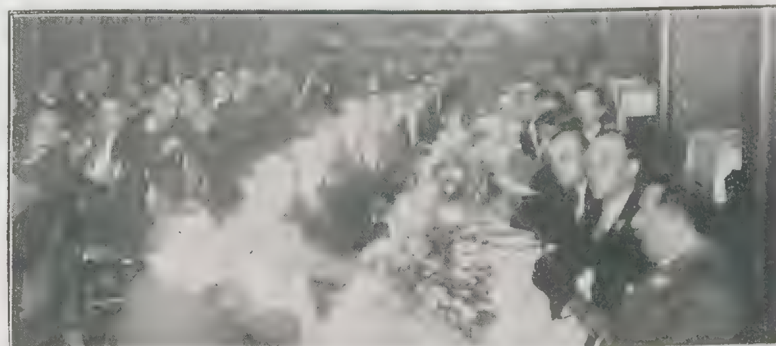


El niño salvado del fuego, gracias al arrojo de un meritorio del cuerpo de bomberos, que lo sacó de entre las llamas. Le acompaña su madre.

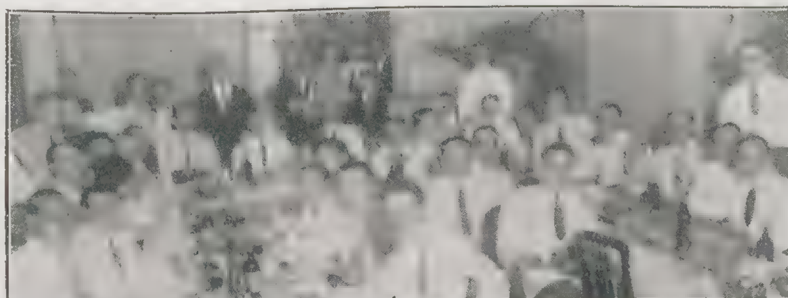
Información gráfica de Rosario de Santa Fe



Enlace de la señorita Matilde Vega Santillán, con el señor Aureliano Ibáñez Ordóñez.



Demostración ofrecida al señor Francisco Oriol; en el Bar Cifré, con motivo de su traslado a la capital federal.



Banquete, con que las autoridades y socios del Club A. Newell's Old Boys obsequiaron al señor Alfredo Puig.



Durante el homenaje tributado al footballer internacional Gabino Sosa, por el Club. A. Central Córdoba.



Marplatenses


Señoritas María Alzaga y Clorinda Larguía.


Juan José y Martha Bianchi.


Señoras María Diosdado de Martínez y Adela Lojo Salgado de Oliver.


El actor César Ratti.


Señoritas María Esther y Sara Altieri y señor Agustín E. Altieri.


Doctor Manuel M. Oliver y señor Ricardo Diosdado


Señoritas de Pueyrredón.


El popular actor y concejal a ratos, Florencio Parravicini.


Doctor Nazar Anchorena y su familia.


El jefe de investigaciones señor Eduardo I. Santiago.


Dos distinguidos caballeros que ejercen la "reclame" de las galletitas Bagley.


Herman Lehmann.

Fots. WITCOMB, BIXIO E IRIS.



SOCIALES



ENLACES. — Lizaso - Bilbao.





Ana Benedetti - Teniente de navío Pablo R. Astorga.



Terminiello - De la Fuente.





Lilia Fontanilla - Augusto Luis Guillón





Isabel A. Cañas - Eduardo Descrets



Sagastume - Scaricabarosi.



Angela Emma Dolazza - Arturos Carlos Grosso.





Nella Martínez - Adolfo Martínez.







María Delfina Astengo - Guillermo H. Moores.



Tobal - Raggio.



Celina Fontán - Angel Jorio.

Actualidades cinematográficas



Paul Galvio en Jean Valjean, y Andrée Roanne en Cosethe, dos grandes intérpretes de la versión completa de "Los Miserables", que el 22 de marzo presentará Glucksmann, en sus teatros, inaugurando la temporada.



John Bowers y Bess Flowers, en "Caballero campesino", film que el viernes de esta semana estrenará la General.



Betty Brouson, la creadora de "Peter Pan", tal como aparece en "Un beso para Cenicienta", cinedrama escrito especialmente para ella por James M. Barrie, célebre autor de aquella obra, que la Paramount estrenará el 9 de marzo.



Escena de "¡Ojo, pintura fresca!", cinedrama interpretado por Raymond Griffith que la Paramount estrenará el sábado próximo.



Buck Jones en "El corcel huracán", cinedrama que la Fox estrenará el jueves 10.



Escena de "El verdadero abolengo", que interpretan Kathleen Myers, Marcus, Tunner, etc., y que la Corperación distribuye desde el último domingo.



Dolores del Rio y Paul Nicholson, en "La joven de un millonario de dólares", que Glucksmann exhibe desde anteayer.

Los más bellos lugares del turismo europeo INTERLAKEN





Vista parcial del hotel Schinige Platte, situado cerca de Interlaken. Desde la terraza de este pintoresco establecimiento, puede contemplarse el bellísimo panorama que ofrecen seis gigantes alpinos: Jungfrau, Monch, Eiger, Schreckhorn, Wetterhorn y Finsteraarhorn, ostentando su manto de nieves eternas.



El Eiger, uno de los colosos del macizo de la Jungfrau.



Un hermoso detalle de la ciudad de Interlaken.



El antiguo castillo de Interlaken

Fots. L. V. BOCCARD



DE CACHEUTA


El doctor Eliseo Roselli y familia.


El doctor Alfonso Beck tiene la palabra.


El arquitecto señor Carlos F. Ancell y Sra.


Señora María I. de Mestris y sus hijas Rosita y María.


Doctor J. Mauri


Señorita de Pavese


Señor Félix Pavese y familia.


Señor Esteban Estrabou y señora.


Señor Abelardo Roig y su esposa.


Niños del señor Pedro Mendoza.


Julito Iribarne


Un grupo de veraneantes mendocinos.


Manuel Cares.
Fots. Bejarano.

EL MILAGRO

Por Miguel de Carrión

A medida que iba Juan aproximándose al centro del camposanto, crecía el rumor grave de los pinos, a cuyo eco parecía adormecerse suavemente la tierra. Anduvo hasta tocar el pie de uno de los gigantes, después torció a la izquierda, siguiendo un estrecho sendero, y a los pocos pasos vió dibujarse imperfectamente en la sombra, la silueta de una gran cruz de hierro. Era la tumba de su madre, donde tantes veces había acudido a buscar consuelo o depositar la queja de su corazón dolorido. Entonces avanzó en línea recta, acortando el paso. Al pronto, había sentido una emoción singular; luego, nada. Llegó al pie de la pequeña verja que rodeaba la sepultura. Sobre ésta, extendíase un jardincillo, y la cruz en medio. Un perfume penetrante de jazmín y de rosas se esparcía en torno de la verja, perdiéndose en el ambiente puro de la noche. Aquella nota tierna, delicada, que sintetizaba la piedad filial del Juan de otros días, se destacaba como un oasis en medio de la ruda desnudez de la vida que crecía en torno suyo. En torno de la verja se extendía un gran espacio tapizado de césped, que el sepulturero regaba todas las mañanas para que conservaba siempre un hermoso color verde.

Juan vagó un rato alrededor de la verja, tocándola y examinándola, con la curiosidad de un visitante que penetrase por primera vez en aquel sitio. La puerta de entrada estaba abierta, y frente a la cruz, veía el montecillo de tierra cubierta de musgo, donde antes acostumbraba apoyar las rodillas mientras oraba. ¡Cuántas veces, al resplandor de su hermosa ilusión, había visto descender la sombra amada y posarse sobre su alma! Quedóse absorto un instante contemplando las rosas, cuya vida había nacido de la carne muerta de la mujer, como el mismo había nacido de su carne viva. Después se tendió de espaldas sobre el húmedo césped, junto a la puerta y hundió sus miradas en el inmenso firmamento. Una meditación tempestuosa le henchía el cerebro, como el esfuerzo victorioso de una simiente en germinación.

Miraba el cielo, ancho, negro, profundo y sembrado de puntos luminosos que escintilaban dulcemente, como párpados abiertos en la eternidad de la sombra. La magnitud de aquella vida le aplastaba, al modo de un peso material que descendiese sobre su pecho. Había una serenidad infinita en el espacio. Las estrellas muy brillantes, parecían extremadamente cercanas al suelo, y bajo la bóveda gigantesca, la tierra se abría como un pebetero y dejaba escapar, como un homenaje, la ardiente emanación de la savia que circulaba en sus entrañas.

Bruscamente, mientras el vértigo de que se hallaba poseído, le hacía creer que aquel espacio estaba sujeto a un lento movimiento oscilatorio, asaltó a Juan la ilusión del primer brote espontáneo de la vida en las tinieblas de la nada. Allá en el fondo de la inmensidad negra, centros pequeñísimos de condensación se agrupaban, se fundían y se precipitaban unos a otros, moviéndose con espantosa rapidez. Los centros crecían; pero una lucha implacable entre la masa y el éter llenaba todo el ámbito del firmamento. El éter, es decir, el estado tensión, sintetizaba la muerte; la masa, o estado de condensación, representaba la vida. Ambos se odiaban y se repelían. La forma más rudimentaria de la voluntad (el deseo de agruparse y el horror a la disgregación), vivía en cada átomo de substancia, y era el origen del amor y de toda la psiquis ulterior del universo. Las nubecillas ensanchábanse, evolucionaban y formaban soles; después el espacio lleno de éter se poblaba.

Cada grano de polvo cósmico llevaba en sí, el germen de una estrella; en cada átomo vivían comprimidas todas las formas de la existencia, aun las más complejas. Y de pronto, asaltó a Juan el pensamiento abrumador de las distancias que mediaban entre aquellos cuerpos que parecían tan próximos vistos desde la tierra, y extendió la vista más lejos aún, hacia la Via Lactea, donde los millares de millones de mundos formaban apenas una leve franja luminosa, un sutil polvillo de astros, cuyas claridades reunidas, sólo parecían una tenue fosforecencia. Su mente no pudo contener la representación de aquellas cifras y de súbito el tiempo y el espacio dejaron de existir en ella; se confundieron con las primeras ideas de sencillez y facilidad en el origen de lo creado, y el universo entero fué uno, sin grandes ni chicos, sin lejos ni cerca, sin ninguna divergencia, incompatibilidad o incógnita. Todo se simplificó a sus ojos, como si, de improviso, el velo que le ocultaba la realidad, se hubiera desgarrado de alto abajo, obedeciendo al esfuerzo de una mano todopoderosa. La vida no tenía más que una forma de expresión, un solo molde, un origen idéntico, en el firmamento y la tierra, en la nebulosa y la gota de agua, en el rayo de luz y la inteligencia del hombre.

El frío de la hierba mojada comunicaba una extraña excitación a los nervios del joven, que alargaba los miembros y los sumergía con placer en la suavidad fresca y perfumada de aquel lecho ceñido a su cuerpo con el cosquilleo voluptuoso de una caricia. Experimentaba la misma emoción singular que siempre le sobrecogía cuando fijaba por largo tiempo sus ojos en el horizonte estrellado. Un profundo anhelo subía de su corazón a sus labios y casi los abrasaba, mientras en torno suyo la tierra del camposanto seguía eleborando vida y los muertos parecían murmurar muy quedamente a su oído el secreto de la eternidad.

Se incorporó. La Naturaleza entera arrojaba sobre él el vaho enervante de su amor visible. Un olor fuerte de tierra, de resina, de heno, afluía a todas partes, envolviéndole como una red de tentación. Dejó de pensar. Parecióle que el ambiente se hacía más denso, que la atmósfera pesaba con más fuerza sobre sus sienes y que de un instante a otro iba a faltarle el aire. Entonces fué víctima de una alucinación terrible: se imaginó que la hierba crecía hasta sepultarle, que subía en remolinos espantosos de verdura y formaba montañas. El, debajo, se debatía desesperadamente contra la asfixia. En seguida, todo el cementerio tomó parte en el siniestro juego. La tierra vomitaba sobre su cuerpo, la vida escondida en sus barrancos, en sus alturas, en sus abismos, en sus más inaccesibles escondrijos, como paletadas, tiradas sobre una fosa. Era una afluencia magnífica y disparatada. Las malezas, los pinos, los arbolillos diseminados por todo el camposanto se acercaban muy despacio, hasta tocarle, y se abatían majestuosamente; los enjambres de insectos acudían cantando y formaban nubes, capas espesas que se sucedían sobrepuestas; los pájaros de la noche revoloteaban en torno, persiguiéndose, y luego caían también.

Aquel mundo vengativo reía y se ayuntaba por parejas, mostrando cínicamente su desnudez... Del pecho del infeliz, aplastado por la ola creciente, se escapó un llamamiento sordo, desesperado, que era como la concentración suprema de todos sus anhelos:

—¡Jacinta!

Un murmullo respondió entre la hierba, Juan se volvió sobresaltado, Delante de él, había una figura blanca e inmóvil. El joven repitió débilmente:

—¡Jacinta! ¡Jacinta!

—Si soy yo — respondió la voz temblorosa de la muchacha.

Se contemplaron un momento, a la luz de las estrellas; él inseguro aún de sí mismo, y ella muy turbada, con la frente baja y los labios temblorosos. Después Juan dijo muy quedamente:

—¡Si supieras! Me quedé dormido sobre esa hierba y he tenido una pesadilla horrible: soñé que me enterraban vivo. Entonces te llamé.

Jacinta continuaba sin moverse, y no respondió. Estaba sencillamente envuelta en una sábana blanca, cuyos pliegues bajaban rectos de la cintura a los pies, como el manto de una estatua. Juan se levantó y fué hacia ella.

—No podía figurarse que me oyeras, que estuvieras tan cerca de mí, mientras yo me debatía desesperadamente entre los delirios de mi sueño. ¿Cómo has venido hasta aquí? Me has seguido, ¿verdad? Eres tú lo que yo creía una alucinación, cuando, en el camino de X, sentí pasos y me volví para ver quien me seguía?

La joven hizo un signo afirmativo con la cabeza, y Juan la tomó fraternalmente una mano. Luego la condujo con dulzura hasta la puerta de la reja que cerraba la tumba. Se sentaron allí, muy juntos, como en los buenos tiempos

sucitaba. Los dos sentían estremecerse sus cuerpos en contacto, al traves de la tela que los separaba. Así permanecieron un rato, suspensos en un profundo recogimiento interior. Detrás de ellos, las rosas exhalaban un olor penetrante, estimuladas por el rocío. Al fin, Jacinta se inclinó y dijo con voz apagada al oído de su primo:

—¡Tú sufres, Juan!.

Era como una reconvención dulce. Le miraba fijamente a los ojos, deseando sorprender en ellos su secreto. El oía crugir el pecho de la virgen, sacudido por fatigosa respiración. Sonrió y dijo que nó con la cabeza.

—Sí, sí; tu sufres — respondió ella. ¿Porqué me lo ocultas? Te he seguido, porque el corazón me decía que ibas a venir aquí a sufrir, a torturarte. Sé que la muerte de Quirico te ha trastornado; por esos me figuraba que vendrías a renovar tu dolor en esta tristeza. ¿Porqué no dices lo que tienes?

Había levantado el brazo derecho, y apoyando el codo sobre el hombro del joven, acariciaba maternalmente sus cabellos, como si fuesen los de un niño enfermo. Juan seguía sonriendo, con una expresión de inmenso abandono. Al cabo de un rato, repuso:

—No; no pienso ya en Querico; tampoco en la muerte. He venido aquí, y sólo he hallado vida, vida en todas partes, vida donde quiera que he vuelto los ojos. No te pregunto siquiera cómo y por qué has venido: lo creo muy natural. Lo malo, lo injusto hubiera sido que me abandonases cuando más sufría; porque, tienes razón, ¡he sufrido tanto, tanto, en estos últimos días!

—Entonces — dijo ella con la entonación tierna — ¿me perdonas el que haya venido a interrumpir tus pensamientos? ¡Si supieras! Temía que me rechazaras, y por eso nada te había dicho. Hacía mucho tiempo que te contemplaba, tendido sobre esa hierba, mirando al cielo. Si no hubieras pronunciado mi nombre, hubiese velado junto a tí, sin que lo supieses, hasta el momento en que hubieras dejado este sitio. Pero al oir que me llamabas, renació todo mi valor...

Juan, enternecido, replicó:

—¡Oh, perdonarte! ¿qué tenía que perdonarte? Tú has sido siempre la razonable, yo el loco. Mientras yo consumía estérilmente mis fuerzas, luchando contra mí mismo, tu te abandonabas a la suave corriente de la vida, que yo negaba. Esta misma tarde te preguntaba si creías que esas hermosas estrellas, que ahora brillan sobre nuestra cabezas, estuviesen habitadas. Me respondiste:

"Puesto que son más bellas que la Tierra, deben de encerrar cosas mejores". ¿Te acuerdas? Y tenías razón, como siempre. La tierra es el más mezquino de los mundos. Hemos querido hacerlo la obra predilecta de un Dios fabricado por nosotros con fragmentos de nuestra propio barro; pero nuestro orgullo es ridículo. ¿Recuerdas las palabras de Arista? "¡No hay más que un Dios, único, eterno, omnipotente: el amor!" Hace un momento veía esto mismo escrito allá arriba, en el espacio, con fuego de astros...

Jacinta escuchaba absorta; él prosiguió:

¡Qué horrible! ¡qué horrible es la creencia humana, mi pobre Mariposa! En nombre de la santidad del espírutu se anatematiza la unión suprema de dos vidas para prolongarse en la eternidad. Cuando me contemplabas tendido sobre la hierba, soñaba, ¿a que no sabes con qué? con el amor de los átomos en el infinito... Tú no sabe de eso, pero tampoco has necesitado saberlo. Tú no sabes que hace dos mil años vivió un filósofo, llamado Empedocles, que descifró el enigma de la vida. Dos partes de hidrógeno y una de oxígeno, se aman, se juntan y forman el agua. Esto solo basta para explicar la exisitencia. ¡Todo es amor en el universo! Yo ignoraba eso; quería ignorarlo, por lo menos. Una vida extraña a mi propio ser se desenvolvía dentro de mí y me iba devorando lentamente. Esta mañana huí de tí, ¿te acuerdas? Era porque te deseaba, por que sabía que eras mía y el fantasma de un deber moral se interponía entre los dos. ¡Un deber moral! Háblale de eso a los mundos que se desenvuelven allá arriba en sus inmensas órbitas. Quiero decirte todo esto para que comprendas bien mi conducta anterior. Yo creía adivinar que todo aquello era insensato, y, sin embargo, lo hacía. Después oí a Arista, vi a Bernardo en su lecho de muerte y supe el suicidio de Quirico. ¿Qué efectos hicieron estos hechos en mi alma? No lo sé; pero me parece que un velo se ha rasgado, que el mundo es para mi otro, que todo es nuevo, brillante y fresco.

Tomó nuevamente una mano de Jacinta y la guardó entre las suyas. La apretaba estremecido por un anhelo febril. En lo alto, las estrellas titilaban dulcemente. Alrededor de ellos, la vida de la noche seguía impasible su tarea de poblar todos los rincones del mundo, al compás de un himno nupcial entonado por todas las potencias en actividad.

Callaron un instante. Sus oídos se llenaban con la música grave y solemne de los pinos; sus rodillas unidas se apretaban con fuerza. La noche y el deseo penetrataban poco a poco en sus almas sedientas.

Juan aproximó sus labios hasta tocar con ellos la oreja de la joven, murmuró sofocado por aquella emoción:

—No hablemos más de eso. Ahora estamos solos. ¿Eres mía?

Por toda réplica, Jacinta dejó caer su cabeza sobre el hombro del joven.

Juan le ciñó el talle y la estrechó contra su pecho. Ella se abandonaba dócilmente, adormecida por la palpitación de sus vírgenes entrañas que presentían el peso de la maternidad.

—Dímelo; quiero oírtelo: ¿me has querido siempre?

—Sí.

Volvieron a callar, disgustados del sonido de sus voces, que rompían la magnífica armonía de la noche.

—¡Si tú supieras! Ahora que juzgo mi locura...

—¡Oh, cállate, cállate!

El cuello de la muchacha se henchía al impulso de un arrullo, que no llegaba a brotar de sus labios. Seguía metiendo los dedos entre la cabellera del amado y la peinaba con un movimiento apasionado y tierno que iba haciéndose por momentos maternal.

—¿Sientes como la tierra nos llama hacia ella?

—Sí, sí; cállate.

El perfume de las rosas se unía ahora a la canción de los pinos. Juan recordaba vagamente el movimiento ondulante de las caderas de su prima, cuando aquella mañana hacía, en la cocina, los preparativos del almuerzo. ¡Ahora la tenía allí, y todos aquellos tesoros eran suyos!

Trancurrieron algunos minutos.

—Si nos vieran! — murmuró sordamente, echando entorno una mirada de loco. Ella no respondió.

De la tierra, cargada de abono, desprendíanse emanaciones afrodisíacas. Un fuego de tentación llegaba desde el lejano cielo, y un vaho de enervamiento subía de la hierba perfumada que ofrecía a los enamorados su muelle lecho. El cementerio, tranquilo y discreto, vomitaba sobre los amantes el extraño ardor recibido de la carne muerta que se pudría bajo tierra. Las mismas cruces, con su aspecto desolado y duro, invitaban al dulce juego de la vida. ¿No representaba aquel misterioso sitio la armonía suprema del principio y del fin: la resurrección misteriosa de la materia, gastada e inútil, que vuelve al seno del gran crisol donde se forjan eternamente la juventud y la belleza? ¿No estaba encerrada allí la solución última que las religiones han buscado arriba, guiadas por el horror enfermizo que les produjo siempre la putrefacción de abajo? ¿No se experimentaba, por último, en aquel ambiente, la certidumbre consoladora de la verdadera, de la única eternidad, el ciego deseo de amar, de engendrar nuevos seres para cubrir las brechas abiertas en la existencia, que los romanos tan sabiamente supieron evocar en las esculturas de sus sepulcros? Toda la Naturaleza parecía entreabrirse para recibir en su alma la ofrenda de los jovenes neófitos. Entre la fina hierba que tapizaba las tumbas, bajo las ramas espinosas de los aromas, hasta en el seno de las malezas que crecían al borde del gran osario, parecía retozar al soplo de un deseo infinito.

Y los dos primos, en suspenso, aturdidos y palpitantes, mezclaban su vida a la armonía de aquel misterioso sosiego universal que acaba por arrebartarles su individualidad y su albedrío.

—¡Si nos vieran! — dijo de nuevo Juan, con voz apenas inteligible. Si Tiburcio viniese ahora...

—¡Qué importa! — exclamó la joven, sin moverse, con un sublime abandono que compendió todo el heroísmo pasivo de su sexo.

No querían que turbasen su hermoso sueño. Cerraba los ojos y extendía el cuello, como transportada a un mundo ideal e inverosímil, del cual temiese ser arrancada de un instante a otro.

—¡Oh, Mariposa! — insistió él aún, estrechándola dulcemente con un brazo, mientras con la otra mano la acariciaba.

—¡Cállate, cállate! ¡Escucha! — repitió ella con expresión de infinita dulzura, indicando con vago ademán la melodía de la noche.

Así permanecieron largo rato, apretados, temblorosos, conteniendo el aliento para no turbar la voluptuosa sensación de sus cuerpos en contacto.

Después fué Jacinta la que rompió el silencio. Miró a su amante y le preguntó, de improviso, tan tímidamente que apenas pudo oírla:

—¿Te vas mañana?

El no entendió al pronto. Luego dijo con voz resuelta:

—Nunca.

Y repitió más bajo:

—¡Jamás!

Entonces Jacinta, sin poderse contener, cogió con ambas manos la cabeza del joven, y, aproximándola con fuerza a su boca, le besó en los labios. Aquel beso había vivido mucho tiempo al borde de los suyos, y se escapó al fin.

—Lo pasado ha muerto ¿verdad?

—Sí, sí; está bien muerto.

Y se enlazaron estrechamente, los párpados entornados y las bocas unidas.

MARPLATENSE



—¡Me están dando unas punzadas en el vientre!...

—¿Lo ves? ¡Ya te ha hecho daño aquel maldito cangrejo que tomaste con la cerveza ¡Bien te lo advertí!

DEL VIEJO MONTEVIDEO

El convento de San Francisco.- Unos misioneros y la aparición del diablo

Por Rómulo F. Rossi

Después de fundada la primera Matriz en 1730 en la esquina que forman las calles Rincón e Ituzaingó,—antes San Gabriel y San Juan, respectivamente,—y cuya pila bautismal por la que pasaron Artigas y otros patriotas de fuste para no quedar "infieles", era un sopera,—los franciscanos obtuvieron un permiso Real, allá por 1761, para levantar una iglesia y convento, dedicado a la Virgen del Pilar, destinándose a tal efectos, dos manzanas que encerraban las calles San Francisco, San Benito, San Miguel y San Luis, (Zabala, Colón, Piedras y Cerrito respectivamente).

La colecta alcanzó para que se construyera el templo en la esquina de las calles San Miguel y San Luis, lugar ocupado hoy por la Bolsa de Comercio, con fondos hasta la calle Solís. El sobrante del terreno sin edificar, con frente a la calla Zabala en donde se levantó más tarde el edificio de la Junta de Crédito y que, luego, hasta no hace mucho tiempo ocupó el Banco de la República,—quedó cercado solamente, destinándose a "camposanto" para los integrantes de la comunidad y para los pobres, conociéndose el solar con la denominacinó de Corralón de San Francisco.

Las recientes excavaciones practicadas en el terreno de la referencia para levantar los cimientos del gran edificio que ocupará la ya expresada institución de crédito, dejaron al descubierto un buen número de restos humanos, precisamente de la época a que nos hemos referido en el párrafo anterior.

La otra manzana, hasta la calle San Benito, quedó destinada a lo que entonces se llamaba "quintal", de donde los padres franciscanos, obtenían las verduras para el consumo del establecimiento, plantadas y cuidadas con singular contracción. por el negro esclavo africano "tio Benito", bozalón como todos los de su raza.

Para tio Benito, no había mejores verduras que las de su huerto, y afirmaba a pies juntillos, que el sabor de sus cosechas, no era igualado por ninguna de otro lugar.

El atrio de la iglesia daba a lo que es hoy calle Zabala; y se levantaba sobre piedra en bruto hasta cierta altura, para continuar, después, la edificación con ladrillos asentados en barro, cuyas paredes remataban en techo de tejas.

Cierta vez que llegaron a Montevideo unos misioneros españoles, se instalaron, con el fin de hacer sus prédicas, en el Convento de San Francisco;—y como la iglesia resultaba reducida para dar cabida a los fieles que concurrían de la ciudad y de la campaña a oir la palabra de los frailes visitantes, se resolvió improvisar un púlpito en el atrio, el cual, por estar construído de la línea de edificación, ofrecía a su frente. una plazoleta.

De modo, que los fieles de la incipientes ciudad, se instalaban en el atrio, durante el desarrollo de los ejercicios, mientras que los gauchos que venían de campaña (Pantanoso, Peñarol, Casavalle, Las Piedras, etc., etc.), permanecían en la calle sin desmontarse de sus caballos, para estar así más cómodos.

El predicador, después de hablar del reino de los cielos al cual solo tenían acceso los buenos, entró en una espeluznante y larga disquisición respecto al infierno, en donde los diablos provistos de horquillas de largos dientes, ensartaban a los penitentes y los echaban a la olla grande, en cuyo interior bullía a fuerza de hervir, una inmensidad de aceite. Afirmaba el cura, que el mundo estaba echado a perder; y que entre los oyentes, habían muchos que no se encontraban en gracia de Dios, por cuya razón, si no hacían penitencia y encauzaban sus vidas dentro de la protección que les dispensaba la religión católica, apostólica romana, vendría un día a este valle de lágrimas el mismísimo Lucifer a elejir a los desalmados, con el fin de aumentar el caudal del puchero humano que constantemente se preparaba en los hornos del Averno.

El auditorio de aquella época, asaz, supersticioso y creyente, impresionado con las terroríficas descripciones del fraile, permanecía como sobre ascuas. Y no sabemos por que motivo, los caballos de los gauchos empezaron a impacientarse de pronto, haciendo sonar las coscojas de su frenos y a piafar,—ruidos, que, coincidiendo con la incierta luz del crepúsculo que se iniciaba,—dió lugar a que una beata de histérica, alucinada con la peroración, creyera ver la aparición del mismo Diablo con sus correspondientes ruidos metálicos y resoplidos y gritara en el paroxismo del terror:

—¡Ahí está el Diablo!... ¡Ahí está el Diablo!... ¡Que Dios nos asista!... ¡Jesús, María y José!

Fué tal la impresión que recibió el auditorio, que no se esperó más para poner pies en polvorosa, a los exorcijos que se daban a vos en cuello de ¡cruz diablo!...¡ mandinga del infierno!...

Las mujeres que en su disparada no dejaron de encontrar imitadores timiratos, entre el elemento del sexo feo, juraban y perjuraban más tarde, que hasta el olor a azufre, característico de estas apariciones, se había sentido.

Lo cierto del caso, fué que el misionero se quedó ese día sin oyentes, antes de que terminara la ceremonia.

Montevideo Febrero 1927.

ROMANZA DE VERANO

Bajo la fuerte canícula
yo partí de la cabaña
llevando
como baquiana
mi predilecta
zagala.
"¡Vayan con Dios!" nos dijeron
los viejos de la montaña.
"¡Vayan con Dios!" murmuraron
los gauchos de las estancias.
Y andando por un camino
lleno de piedras y zarzas,
bajo la fuerte canícula
que inclemente nos quemaba,
a un arroyuelo intranquilo
de alegres y claras aguas,
cuyas márgenes fingían
almohadones de esmeralda,
llegamos entristecidos,
llegamos yo y mi zagala,
bajo la fuerte canícula
que inclemente nos tostaba.
"¡vayan con Dios!" nos dijeron
las ondas del agua clara.
"¡Vayan con Dios!" murmuraron
las hojas desde las plantas.
Y andando por un camino
de curvas todo intrincadas,
a una ciudadela incógnita
llegamos yo y mi zagala.
"¡Vuelvan con Dios!" nos dijeron
sus pobladores con alma.
"¡Vuelvan con Dios!" murmuraron
las plañideras campanas.
Y andando por el camino
que hasta allí bien nos llevara,
andando en triste retorno
bajo las ardientes llamas
de aquella fuerte canícula
que inclemente nos quemaba,
llegamos amedrentados,
llegamos a la cabaña
yo y mi divina
zagala.
"¡Lleguen con Dios!" nos dijeron
los viejos de la montaña.
"¡Lleguen con Dios!" aunque vie-
(nen
quemados hasta en el alma,
bajo la fuerte canícula
que inclemente los tostaba!

Alberto G. Ocampo

Balas de papel

Un oficial del ejército francés propuso hace ya tiempo la odopción de las balas de papel, con envoltura de aluminio, para el fusil.

Estas municiones suprimirán o reducirán grandemente la gravedad de las heridas de las balas actuales, que son, como se sabe, de plomo, de acero o niquel. La precisión del tiro no se disminuirá con la adopción de las balas de papel, y en cambio, las heridas causadas por estos proyectiles se curarían rápidamente, salvo los casos en que fuese alcanzado un órgano especial.

El descubrimiento del militar francés debían adoptarlo todas las naciones si fuesen sinceros sus sentimientos de humanidad, puesto que en la guerra lo importante no es matar muchos hombres, sino poner fuera de combate el mayor número posible de enemigos, y las balas de papel producirían muchas bajas.

Los progresos telefónicos en nuestro país.

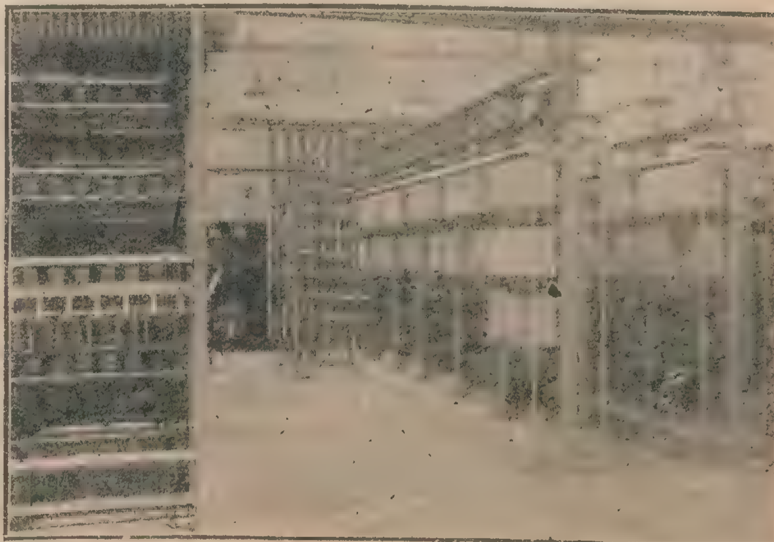
INAUGURACION DE LA NUEVA OFICINA AUTOMATICA DE AVELLANEDA



Frente del antiguo edificio situado en la calle Villarino, 1800, donde estaba instalada la oficina Avellaneda, librada al servicio público, desde el segundo semestre del año 1906.



Conmutadores y aspecto actual de la antigua oficina Avellaneda, donde puede observarse la disposición de los indicadores y demás equipo.



Vista del salón de selectores en oficina Avellaneda automática, en la cual pueden verse los distintos equipos.

Con fecha 12 del corriente a las 24 horas, los 907 abonados de sistema magneto, que funcionaban en la oficina Avellaneda, calle Villarino 1800, fueron transferidos al sistema automático en la nueva oficina del mismo nombre, calle French No. 72.

Los conmutadores del sistema magneto, en uso hasta hace poco, habían sido instalados en el año 1906. Con este sistema, los abonados eran provistos de un aparato de pared, con pilas, y para obtener la comunicación, debían, con el receptor colgado, llamar a la telefonista, dando varias vueltas de manubrio que hacían caer en el conmutador un indicador con el número del abonado que llamaba; el abonado levantaba el receptor, indicaba el número pedido, y la telefonista establecía la comunicación por medio de dos líneas conectadas, cada una a una clavija que servía a la telefonista para atender y establecer la comunicación.

Una vez terminada la conversación, el abonado colgaba el receptor y para avisar a la telefonista, que había terminado, debía nuevamente dar varias veces vuelta al manubrio. Hasta hoy este sistema de conmutadores, había sido reemplazado por otro más perfeccionado, denominado de 'BATERIA CENTRAL", pero en vista de la más grande eficiencia que se obtiene con el automático, se adoptó en Avellaneda este sistema que se seguirá instalando paulatinamente en todas las oficinas de la Capital. Hoy, el abonado de Avellaneda, al igual que todos los de automáticos, es provisto de un aparato con un disco característico, fijado sobre el mismo teléfono y se comunica del modo siguiente: Una vez consultado en la guía el número deseado:



Sala de conmutadores de oficina Barracas, por intermedio de los cuales se establecen todas las comunicaciones que piden los abonados de la Capital, Suburbios y Provincia, con los abonados de la oficina Avellaneda.

1o. Retirar el receptor de la horquilla.

2o. Marcar con el disco, la característica y el número deseado o sea en total 6 cifras.

3o. Si oye la señal de llamada, espera dos o tres minutos para que el abonado tenga tiempo de contestar.

4o. Si oye la señal de "ocupado", cuelga el receptor y vuelve a llamar después de dos o tres minutos.

5o. Debe tener la precaución de no mover la horquilla durante la comunicación.

6o. Después de terminar de hablar, el abonado cuelga el receptor en la horquilla y espera medio minuto, antes de hacer otra llamada. Para las comunicaciones pedidas con Avellanada por abonados de otras oficinas, es indispensable que los abonados de Avellaneda avisen a sus relaciones sus nuevos números, indicándoles que ahora deben marcar 6 cifras, o sea además de las dos de característica, marcar las 4 cifras del nú-



Distribuidores de líneas de abonados, de oficina Avellaneda, automáticos



Parte del personal que intervino en la instalación del equipo automático de la nueva oficina Avellaneda, y frente de la parte interior del edificio situado en la calle Frech No. 72.

mero.

El abonado del sistema automático, como lo es ahora Avellaneda, obtiene sus pedidos de comunicaciones mecánicamente y sin intervención de telefonistas. En forma breve explicamos a continuación el mecanismo y tramitaciones de una comunicación pedida por un aparato automático.

PRESELECTOR O LLAVE DE LINEA. — Cada abonado está munido de este aparato; cuya función es tomar una línea desocupada en el acto de descolgar el tubo.

1er. SELECTOR. — Inmediatamente de haber seleccionado la línea, el preselector da acceso a esta máquina que forma el primer número de la característica que se marca.

2o. SELECTOR. — Máquina que forma el segundo número de la característica que marca.

3er. SELECTOR. — Máquina que forma el primer número de la comunicación pedida.

4o. SELECTOR. — Máquina que forma el segundo número de la comunicación pedida.

CONECTOR. — Esta máquina forma el tercero y cuarto número de la comunicación y en seguida llama al abonado pedido, provocando el retorno de magneto o el ruido de ocupado que percibe el abonado solicitante.

REPETIDOR. — Esta máquina es la que funciona cuando el abonado pedido es de una oficina manual y termina su misión revelando el número iluminado en un panel.

El joven viejo

Por Andrés Mycho

Un joven actor, Aquiles Duroc, dotado de escaso talento, pero con un gran deseo de hacer rápidamente fortuna, segía un día la orilla del Sena, cerca de Mantes, contemplando aquel delicioso paisaje.

Cerca de Guérinet atrajo su atención una casucha situada en medio del campo. Examinó larga y minuciosamente la configuración del terreno, que descendía en suave pendiente, y se marchó.

* * *

Dos días después, un anciano de unos setenta años, de largos cabellos blancos y barba patriarcal, compró aquella casucha y su campito circundante por un precio irrisorio, y se instaló en ella. El nuevo vecino inspiraba una gran compasión, pues caminaba muy lentamente, ayudado de un grueso bastón.

Este anciano no era otro que el joven Aquiles Duroc, que había puesto al servicio de sus proyectos sus conocimientos de caracterización adquiridos en el teatro.

Días después de su instalación dijo a sus vecinos que había encontrado en su choza un viejo libro de hechicería, donde se describía un manantial rejuvenecedor, que debía haber existido varios siglos antes en aquel lugar.

Nadie, ni los más ancianos del pueblo, conocían aquella leyenda.

—¡Un agua que devuelve la juventud! — decía Aquiles —. ¡Eso me hacía a mí falta! Voy a buscar ese manantial.

El tío Aquiles, persuadido por el aspecto del suelo de que el agua debía estar a flor de tierra, se armó de un azadón y no tardó en poner al descubierto un hilito de agua, que iba a perderse a unos cuantos metros de distancia, en el mismo terreno de su propiedad.

—¿Lo ven — decía a los lugareños — cómo tenía razón el libro de magia?

Pero en Normandía no se dejan convencer fácilmente.

—Siga, siga usted, tío Aquiles. Agua se encuentra en todas partes. Ahora hay que ver si sirve para rejuvenecer a la gente.

—Pues yo beberé de este agua — dijo el tío Aquiles frotándose la rodilla —. A ver si, por lo menos, me ablanda algo estas articulaciones.

Desde aquel día, la pregunta obligada de todos era:

—¿Y esas articulaciones tío Aquiles.

—Algo mejor parecen que van.

Los otros ecépticos, se decían: — cree que está mejor. Tiene esa obsesión.

Sin embargo, a los ocho días, los más ecépticos pudieron comprobar que en la persona del tío Aquiles se producían cambios extraordinarios. Primero cesó de cojear; luego, empezó a andar sin bastón. Parecía menos encorvado, y sus pasos eran más largos y firmes.

La gente se paraba en la calle para comentar aquello.

—¡Parece que el agua le sienta bien!

—¡Como que ya corre como un conejo!

En dos semanas, el tío Aquiles había perdido veinte años. Sus arrugas se desvanecían, su tez adquiría el brillo de la juventud, su voz era cada día menos cascada. Pasaba el día cantando alegremente.

La emoción creció. De los otros pueblos iba gente a ver a aquel hombre, en el cual el agua de un manatial hacía verdaderos prodigios.

Y, naturalmente, todo el mundo, especialmente los viejos, querían probar el agua milagrosa. Pero el tío Aquiles no lo consentía.

—Os habeis burlado de mí; pues ahora me toca a mí reir. El agua es mía y nadie la bebe más que yo.

Ocho días después, el asombro fué general cuando se vió al exanciano montar en bicicleta. Y el estupor creció al ver que tenía el pelo negro.

Cuando se lo cortó y se afeitó el bigote y la barba, el tío Aquiles sólo tenía treinta años.

—Ya no bebo más agua — dijo jovialmente —. Si sigo bebiendo, volvería a la niñez.

Varios capitalistas de la ciudad, quisieron pagarle a buen precio cada botella del maravilloso líquido. Aquiles rehusó la oferta. Lo que él quería era vender el manatial.

La ocasión se presentó cuando un nuevo rico le ofreció un millón.

El joven viejo desapareció del pueblo en cuanto recibió el dinero. Y el comprador, a fuerza de beber agua, murió de hidropesía.

La verdad de lo que pasa en Chile

El bolcheviquismo preparaba el soviet en Chile, proponiéndose ayudar después al bolcheviquismo en la Argentina. La demagogia y el politiquerismo fomentaba en secreto la revolución y su trasplante a la Argentina. Se predicaba públicamente la revolución social y con armas se amenazaba al ejército. Al Coronel Ibáñez lo llama el pueblo el salvador del país. Obreros, radicales, liberales y demócratas, están a su lado y lo apoyan

Si los que a fuerza de encallecerles la pluma, los pulpejos de la mano, mirasen con menos familiaridad y más respeto a la palabra impresa y se dieran a avalorar la fuerza avasalladora, que esa frase estampada tiene en el porvenir de los pueblos, a buen seguro, que asustados de la responsabilidad que contraen no pecarían tan de lijeros en los juicios aventurados, y desde el Sinai de sus órganos de publicidad, llevarían a los rebaños de hombres el pensamiento sano, hecho flor de primavera y no la torpe cizaña de la calumnia.

Los que con vistas a la galería, con lentes ahumados, buscando hambrientos el aplauso barato, encuentran muy cómodo la facil tarea de halagar a la fiera indocta e ignara con demagogías parodiadas del III Thermidor, semejan aquellos gansos del Capitolio, pavos blancos del Faraón, cuya obtusidad de cerebro es gemela a la estultez del pavo real: mucho colorín y ninguna sustancia.

Doctorarse en la ciudad de Babia, es muy fácil a los aventureros de la pluma, a tantos rastacueros del periodismo, en estos tiempos donde cualquier analfabeto es un consumado matemático con las tablas y máquinas calculadoras, como es artista y virtuoso de la música con la más vulgar pianola en estos tiempos, donde se ha falsificado y mistificado todo, hasta la mujer de cerebro tan corto como su cabello, en estos tiempos donde el hombre, que apenas sabe caminar con sus pies, ha invadido el reino de los peces con los submarinos y el de los pájaros con los aviones, el tiempo de la más grande farsa, de las mayores mistificaciones, es una sorpresa esas marsellesas de opereta, que a fuerza de tanta bufonada, Arlequín olvidando su papel de payaso, se sienta con pujos de Fierabrás y su torpeza, se convierta en una tragedia donde hasta él mismo perece en manos de la fiera que desencadenó con su imbecilidad de necio peligroso.

Ignoran, los que a la distancia juzgan de ligero, el desenvolvimiento de la política gubernativa de Chile, fustigando a ciegas al actual Jefe de Gabinete Chileno, Coronel Carlos Ibáñez del Campo, porque para la demagogia barata de ellos es militar, ignoran, repito, que el peligroso don de imitación, del que el hombre es un apasionado, justificando así la teoría darwiniana, engendró en Chile el más apasionado fervor por el sovietismo de Lenin hasta el extremo de haber hace escasos tres años, fermentado eruptivamente ese contagio leproso, en forma de la diminuta República Soviética Chilena del Norte, que por sorpresa se apoderó a sangre y fuego, degollando, incendiando y robando en cuatro salitreras de las que esos secuaces de Moscú, se apoderaron y fué necesario que para desalojarlos entrase en acción una brigada de tropas, la que hallando minados los caminos, y fortificados y atrincherados los miles de bolcheviques chilenos que no pocas bajas causaron a las tropas atacantes, éstas se vieran en la dura necesidad de poner en movimiento ametralladores y cañones para dar en tierra, con esa parodia de República Soviética chilena, número 1, que con sus Comisarios del Pueblo, sus estampillas y decretos, decíase la primera de las Repúblicas Unidas Sovietistas de Chile, los mismos, que ahora estaban por repetir, en varias partes de Chile, pero corregida y aumentada esta tentativa de implantar el Soviet en esta parte de América, ya que la de Chile, serviría de modelo, a las que, alimentadas dirigidas desde aquí, se irían después a implantar en la Argentina.

Ignoran, que los mismos que venían intentando, por soborno, levantar la bandera roja en los cuarteles y buques de guerra argentinos, hacían otro tanto en Chile y pretendían hacerlo igual en Perú y Bolivia, teniendo como centro de acción directriz, Chile, de donde se bifurcaban a los países limítrofes, para que, simultáneamente se implantaran las Repúblicas Soviéticas de Sur América.

Ignoran que estos bolcheviques, llevaban la consigna secreta de hacer la guerra en estos países, a todo el que tuviera más de un peso en el bolsillo y vistiera corbata, y que en las fábricas, talleres y maestranzas particulares, oficiales, ferrocarriles, minas de carbón y salitreras, estos demagogos, entraban como dictadores, imponiendo leyes y caprichos a sus dueños y directores, concitando y forzando a la huelga a las sumisas huestes obreras con peligro de la riqueza productora del país y con escarnio de los principios más sanos de paz y autoridad, hasta el audaz extremo, de que, cuando las tropas de orden eran llamadas por esos jefes, dueños y hasta obreros que no querían ir a esa huelga forzada, esas tropas y sus jefes y oficiales, no sólo eran insultados por los diputados bolcheviques que hoy se sientan, y asaltaron por sorpresa las Cámaras, sino, que validos de la inmunidad parlamentaria, esos diputados, revólveres en mano, con grave deprimencia de la autoridad, amenazaron dar de balazos a esos jefes y oficiales de carabineros públicamente, al mismo tiempo que daban gritos para que sus obreros, enloquecidos por sus prédicas revolucionarias, los secundaran con cuanto aparato o medio ofensivo pudieran en ese instante, tener a mano.

Ignoran que esos diputados, al son de la internacional y la marsellesa, estos últimos días llevaron públicamente, tremolando al frente la bandera roja, a estas huestes obreras, exaltadas a meetings públicos en plazas y teatros, y allí incitaron a estas masas, a que si se les invitaba a defender a Chile contra cualquier enemigo exterior que lo acometiera, con las mismas armas, que en los cuarteles se les diera, para defender el suelo patrio, mataran y asesinaran a los militares que los mandaran y a los gobiernos, ricos y directores del país, y en lugar de ir a las fronteras, se adueñaran del Gobierno e implantaran el Soviet Chileno, aprovechándose de esa ocasión, después de robar y matar a los que tuvieran mando y fueran dueños de fábricas, riquezas y poder actual.

Ignoran, que una vez implantada con éxito la República Soviética en Chile, de ella partirían las legiones y dineros, que habían de implantar la República del Soviet en la Argentina, para lo que ya se estaba trabajando por agentes secretos, enviados y pagados desde Chile, con el propósito de fortalecer la de Chile, y ambas servir de cuartel general y modelo, de las Repúblicas Soviéticas de Sur América.

Ignoran, que a la sombra de estos agitadores peligrosos, se movían azuzándolos, otros partidos políticos, que descontentos, con lo que les quitó la reforma Constitucional, mal avenidos con su situación de segundones en el manejo del país, querían aprovecharse de esta carnaza de cañón, para venderlos en la hora de prueba y en premio a esta venta, recuperar lo perdido, es decir, su influencia bastarda de antes en el manejo del país; por eso, en las Cámaras, azuzaban a estos bolcheviques, los aplaudian y daban toda la razón, por más antipatrióticos e insultantes, al ejército y armada, y contra la Patria y el Gobierno, que fueran esos dircursos incendiarios de los Comunistas.

Ignoran, que el Coronel Ibáñez, que perteneció a la primera Junta revolucionaria militar de septiembre de 1924 y de enero de 1925, y que desde entonces estaba vigilante y más como Comandante General de Carabineros y como Ministro de la Guerra, estos dos años de Presidencia del doctor Figueroa, conocía, como he dicho ahora, todos los planes secretos de los conjurados y en sus manos tenía los hilos de la trama, libre de compromisos políticos y de temores y respetos exagerados, comprendiendo, que un día más, tal vez sería ya tarde, en vista de que los dos ministerios primeros del doctor Figueroa, no pudieron poner término al avance de este reguero de pólvora y sangre, de anarquía y revolución social sangrienta, planteó nueva-

El tercer Gabinete de la Presidencia Chilena, Figueroa Larrain. De izquierda a derecha, sentados: Coronel don Carlos Ibáñez del Campo, Ministro del Interior y Jefe del Gabinete; S. E. el Presidente de la República don Emiliano Figueroa Larrain y don Conrado Ríos Gallardo, brillante periodista y Ministro de Relaciones Exteriores. De pie: don Isaac Hevia, Ministro de Higiene; don Arturo Alemparte, Ministro de Agricultura; don Carlos Froddem, capitán de fragata y Ministro de Marina; don Aquiles Vergara Vicuña, Ministro de Instrucción Pública y Justicia; don Pablo Ramírez, Ministro de Hacienda; don Juan Emilio Ortiz Vega, General de Brigada y Ministro de la Guerra; y don Julio Velasco, Ministro de Ferrocarriles y Obras Públicas. En este Ministerio, de tres militares, forman parte seis Ministros civiles que pertenecen a los partidos, liberal, radical y demócrata popular, desmintiendo con ello la injusta acusación de dictadura militar

mente ante el Presidente de la República un dilema muy doloroso: salvar a tiempo el país, de un caos, que afectaría de rechazo, también, a países hermanos vecinos, o perecer todos en la hora del peligro y entonces fué cuando este último gabinete, como el anterior, optó por eliminarse espontáneamente del poder, y el Presidente, puso en manos del Coronel Ibáñez, el máximun de las facultades discreccionales como Jefe de Gabinete, y después de llevar como compañeros de responsabilidad administrativa a seis jóvenes civiles, de los partidos más populares de órden: el liberal, radical y demócrata, y a dos militares de mar y tierra, enérgicos secundadores y convencidos de una política de acción centripeta, dinámica y no estática, y contemporizadora, ha declarado, como sus principios de Gobierno, primero, que no acepta el Sovietismo, no sólo, ni como política gubernativa, sinó que ni aún, como ideología; segundo que ha sido y será siempre enemigo acérrimo del parlamentarismo, lo que no quita que lo tolere, siempre que conserve la armonía con los demás poderes de la Nación y se concrete a su acción fijada por las reformas Constitucionales; y tercero, que si en materia interior, conservará el órden interno, cueste lo que cueste, y sacrifíquese lo que haya que sacrificarse, en materia internacional, estima que han concluído los buenos oficios norteamericanos en el litigio de Arica y que Chile, en esta cuestión ha concedido todo lo más que podía conceder y no está dispuesto a continuar este estado de cosas y menos a conceder más de lo ya concedido, porque si es apasionado por la concordia y paz con todo el mundo, también para conservar esa paz, es necesario que nadie exija más de lo que el decoro y el bien de todos aconseja.

Ignoran, los que acusan a los militares, que sólo los militares son la única arma y fuerza orgánica subsistente en el país y capaz de detener la decadencia moral de las masas, que por extravíos de la razón, derivan hacia los desbordes de los apetitos desordenados y sangrientos de venganza; y buena prueba es que los partidos más populares, como los radicales, los demócratas y los liberales, han hecho público manifiesto, de secundar y apoyar al Coronel Ibáñez, como semejantes declaraciones públicas acaban de hacer la Unión Obrera Ferroviaria Nacional y numerosas Corporaciones obreras, sociales y políticas de todo el país, junto con las fuerzas armadas de mar y tierra en millares de cartas, de telegramas y de publicaciones periódicas como en los vítores y aplausos con que en calles y plazas, como antes en sus viajes a provincias, recibió, recibe y seguirá recibiendo, el que la voz popular ha bautizado, con el dictado simpático de salvador del país, al que el Presidente Figueroa secunda, confiando en el talento, energía y celo patriótico, del que cuando fué instructor y organizador del ejército de la República del Salvador, logró en aquel país, matar las asonadas y pronunciamientos militares y encarrilar a las fuerzas armadas por la senda de la disciplina y de la ciega y recta obediencia al poder constituído, como lo ha logrado en Chile con aplauso de tods.

Los que, cegados por los prejuicios, e ignorantes de la verdad, que desconocen y juzgan atropelladamente a la distancia, por halagar a las galerías y conseguir el aplauso barato de la fiera ignara, a tontas y a locas, acusan torpemente al Coronel Ibáñez, no sólo se ponen en ridículo demostrando su ignorancia de demágogos de opereta, sino que dan coces contra el aguijón, pues cuando los hombres tienen un carácter de cerdad, las agujetas y alfilerazos a mansalva, son emolientes reactivos como las ortigas, que tienen la propiedad de cimentar más su voluntad y animar más al gladiador para reirse de esos histriones y cumplir fielmente su propósito.

Cuando se ve a periodistas de la talla de Conrado Ríos, a íntegros jóvenes como Vergara Vicuña, Pablo Ramírez, Alemparte y a otros, no menos rotundos y enérgicos como los demás que ayudan al Coronel Ibáñez, compartiendo con él su responsabilidad gubernativa y a poetas como Domingo Silva, escritores como Nieto del Río, a diarios como Mercurio y a obreros como Unión Ferroviaria, prestigiando y cooperando a la acción patriota, elevada y sana del Coronel Ibáñez y se ve al Presidente de la República, con su caractrística bonomía, irse tranquilo a su chalet junto al mar, a descansar, fiado en su primer Ministro, y se oyen los comentarios, tranquilos y lisonjeros del pueblo, es para decirles a esos grajos, que desde lejos, como, lechuzas, condenan y auguran funestos presagios: ¡vengan si son honrados, y convénzanse para vergüenza vuestra de que a nadie más que a la Argentina conviene y debe alegrarse de que haya en Chile, quien le evite días de lutó, de vergüenza y de ruina evitándolos al mismo Chile!...

J. Fernández Pesquero

Chile, febrero 1927.

Pensando en tí

Un cielo rutilante. En arcadia soberana
se eleva un salmo de luz. La filigrama
de su ritmo todo lo transfunde en floraciones.
y en ese altar, el alma, misteriosamente
redimida a ese encanto que ansia que presiente
comulga en esa misa de las anunciaciones.

Al sopor magistral de la infusa fantasía
que en el espíritu infunde esa policromía
de ensueños y esperanza que rima la visión;
se eleva ledamente, en cambiante de espejismos,
ese indefinible verbo de los simbolismos
congénitos del alma en viaje a la ilusión.

Y todo fué un conjuro. Las rosas del Oriente
se reclinaron suaves, sobre tu hermosa frente
y en fe sus esplendores glosaran majestad
mientras que en cohorte de hadas las gracias se ins-
|tituían
y en tribunal de honores radiantes constituían
con sus regios presentes, un himno a tu bondad.

Y todas te ofrendaron en predicción de tales,
sus virtudes más lozanas y más espirituales
con las que instituyeron tu ser encantador
y al verte armonizada de gracias seculares
con que Olimpo premia a sus elegidos lares,
rindiéronse en festejos los genios del amor.

Ungida así en la riente coloración de un cielo
donde en raudales de ondas cifra la fe su anhelo.
Como una promesa suave, de una grandeza más,
surgiste tu a la vida, y en tu asunción cifraste
esa mística silueta con que regeneraste
el ritmo de otra vida, donde en ensueño estás.

...al sopor magistral de la infusa fantasía
que en el espíritu infunde ésa policromía
de ensueño y de esperanza que ritma tu visión...
do vive ledamente en cambiante de espejismos

ese indefinible verbo de los simbolismos
congénitos del alma, en viaje a la ilusión.

Malena Saavedra Basavilbaso.

El "jazz - band" en la iglesia

Hace ya algún tiempo que el cinematógrafo se viene utilizando en varios templos de Norte América. Ahora acaba de darse un paso más en el camino del modernismo en la iglesia del pueblecito de Blackpool. En aquel templo se ha celebrado el matrimonio de un músico de "jazz-band" con una señorita inglesa. Para la ceremonia, varios himnos religiosos fueron "orquestados" a base de platillos, trompa y saxofón. A este último instrumento fué confiada la parte de las voces infantiles en los coros nupciales.

Al entrar en la iglesia la novia, le fué ofrecido un enorme ramo de flores, que semejaba un gran saxofón. La ceremonia se celebró, con gran contento de los asistentes a ella, a los "acordes" de las "jazz-band". A la salida del templo, los nuevos esposos y el cortejo hubieron de pasar bajo un arco construído con instrumentos musicales de formas extrañas.

El pastor protestante que bendijo el matrimonio ha declarado a los periodistas que la música fué "bella y conmovedora", y que él se considera feliz por haber podido ofrecer a esta "orquesta del porvenir" la oportunidad de ser oída por los fieles de la parroquia.

¿QUE HACER?

Por Oreste Ciattino

La pregunta que Tcerniscewkys puso como título a una de sus más que mediocres novelas, célebre diez lustros ha, en la Rusia de los zares, y que debía representar, para los lectores de entonces, el símbolo de la incertidumbre moral en que se debatían los hombres de aquella época, y que, más tarde, Tolstoy repitiera, a raíz de una encuesta entre los pobres de Moscú, empieza a ser significativa para los hombres de buena voluntad de nuestros días.

La guerra no solo ha desconcertado los límites territoriales de gran cantidad de pueblos, sino que ha producido en el interior de muchos de ellos, en forma violenta a veces, en forma menos visible exteriormente otras, profundos cambios entre las clases, llegando en algunos países, a cambiar hasta el histórico contenido de las mismas.

Pero, la guerra ha tenido una influencia, no menos poderosa, sobre los cerebros. Ciertos aspectos, ciertas actitudes del pensamiento humano, ciertos cambios en la conducta de los individuos y de las multitudes y que no pueden ser considerados a la medida de la psicologia normal, ya fueron definidos como verdaderas neurosis de guerra, neurosis post-bélica.

El más impotente de los síntomas de esta enfermedad, que se insinúa inadvertida en los espíritus, los vence con la rapidez de una epidemia y los arrastra con el ímpetu de los instintos indomables, es sin duda alguna la espasmódica búsqueda del placer, aunque en su fondo brille límpido, seguro, fatal, como el destino, el ojo frio de la muerte.

Cierto, que en todas las épocas, de todas las sociedades humanas, hubo hombres que sintieron dentro de sí, prepotente el deseo de gozar de la vida, de saborear los frutos de la misma con todas sus dulzuras y alejar de sí aquellos ásperos y amargos... La tierra siempre fué poblada de hombres y mujeres como figuran en los mitos de Baco y Ariadna; pero, pocas veces, en la historia, la gente fué presa y arrastrada por un tan morboso afán de goces, aunque sean fugaces, aunque sean mortales, como hoy.

El acoholismo que en los últimos años de paz, marcaba un descenso en la mayor parte de las naciones civilizadas, hoy a vuelto a ensanchar su obra que rebaja el nivel moral e intelectual de los ciudadanos, tanto como para hacer decir al doctor Gregorio Aráoz Alfaro "que alcanza un desarrollo realmente espantoso en muchas de nuestras provincias, degenerando la raza, bastardeando y deprimiendo todas las defensas orgánicas y perjudicando en grado lamentable la fuerza y la economía nacional".

Y al placer de beber, hay que añadir otros que un tiempo estaban limitados a unos pocos infelices, predestinados al manicomio. El éter, el opio, la morfina ya no bastan es preciso soñar y gozar a través de las embriagueces fugaces de la cocaina, aunque al desvanecerse el sueño, no quede más que un harapo humano, idiotizado, lamentable larva de hombre...

Aún más: la danza, esa gimnástica que obedeciera a las leyes de la armonia y que fuera destinada a gentilizar los movimientos y a ofrecer, además de la diversión, una educación estética a nuestro cuerpo, se ha aliado extrictamente a la vida sexual y se ha vuelto en gran parte, una especie de pornografia en acción, capaz de substituir a la que se manifiesta a través de los signos figurados.

El juego, vieja pasión, que, al igual de un reflejo contagioso, sopla de nuevo en todas partes y no solamente entre la arrebatadora vida de los grandes centros sociales y entre los hombres, en los balnearios, en las estaciones climatológicas, etc., no hay señora respetable que con la mayor serenidad no ocupe un asiento cerca del tapete verde. Esposas de ricos, de enriquecidos, de empleados, de profesionales, olvidándose de los hijos que duermen en el hogar lejano, liban alegremente al nuevo espasmo.

Es, en verdad, una carrera hacia los goces, intensos, rápidos; una afanosa búsqueda de toda embriaguez.

Por otra parte las más recientes estadísticas criminales traen datos que merecen profundas reflexiones. Ellos demuestran que los valores de la vida humana, los que Bacón llama "fundamentales", pasan por una faz de decadencia. ¡Estos también! Que decline la literatura, que declinen las "artes del pensamiento" no es cosa grata, por cierto; pero que también declinen los valores esenciales de la existencia...

Quien esto escribe no pertenece al número de los que asignan un valor superior al significado de la estadística: pero, alguna enseñanza útil es licito sacar también de los diagramas estadísticos, aun cuando estén repetidamente estriados de rojo. No se puede desconocer que los números, en su desnudez esquimática, tienen su filosofía.

Las crónicas de sangre esta repleta de gestas delictuosas, las cuales tiene una nota temática común: el desprecio de la vida humana, en sus más íntimas significaciones.

La mano se arma sin una causal lógica, admitiendo que también el delito debe obedecer a una lógica. En los tiempos presentes el delito no requiere un movil plausible o, bien lo que los viejos criminalistas llamaban la "causal proporcionada". La proporcional, la regulatriz de los actos en las convivencias sociales, parece hoy una expresión metafísica..

Lo más significativo es que esta concepción parece ser compartida también por aquellos que tendrían el deber de ejercer una acción ética en este tumultuoso drama que es la vida. No: es preciso reivindicar, alto, fuerte, insistente, el principio de que es la razón la que debe gobernar al mundo. No ignoro que los consabidos sabios, los que se mofan de todas las idealidades, creyendo que la vida no es otra cosa que una mesa para comer y que el cinismo es una expresión de fuerza, mientras no es más que el signo de una inferioridad moral, dirán que estas son ideas superadas; que la túnica de Fray Cristóbal está llena de jirones y que vale más un puñetazo de Dempsey o de Firpo que un capítulo de Bergson o de Croce.

El gran número de separaciones conyugales por incompatibilidad de caracter, bajo cuya expresión ocúltase una desilusión profunda, una agitación nerviosa contínua, y quien sabe cuantas veces el tormento del alma; los dos jovenes amantes que, tocado apenas ras con ras el beso el amor, piden al revólver la terminación de su existencia; el adulterio donde alguna mujer se entrega de lleno, empujada por aquel heretismo nervioso, que le hace esperanzar la quietud de un goce completo...

La moderna civilización, progresando vertiginosamente, ha aportado más complicadas y refinadas condiciones de vida, y con esto ha aumentado la lucha por la existencia; pero no es sólo la lucha por la existencia lo que amenaza la civilización contemporánea, sino tambien el contenido material de la cosa adquirida: "acumular dinero es el evangelio práctico de nuestros dias".

Todo cae. Todo ideal se desvanece. No existen más partidos, sino grupos y clientelas. Todo partido está en desacuerdo. Las grandes fuerzas ceden frente a la disgregación moral de todos los centros de unión. Es que hoy está a la derecha, mañana se le encuentra a la izquierda; pero esta vieja escena de la política viene complicada por el hecho de que si se indaga, se ve algo feo por debajo, y es lo más grave porque ya pocos tienen sensibilidad para cerciorarse o criterio para conocer su valor.

El porcentaje cada vez más grande de los ciudadanos que se abstienen de votar, demuestra que son muchos los que ya no tienen confianza. En los estudios falta todo fervor. La confusión, el disgusto,

HOJAS SECAS

Todas han muerto, todas cayeron
Las verdes hojas de mi rosal
Un viento helado las llevó lejos...
Quien sabe donde las dejará...

Todas han muerto, las verdes hojas
¡Qué solo y triste quedó el rosal!
Como una sombra que se columpia
Solo en mi huerto, temblando está.

Todas se han ido... ¿Volverán otras
Tiernas, lozanas, a reemplazar
A aquellas mustias que se llevaron
Las rudas manos del vendaban?

Todas murieron... las verdes hojas...
Bastó una racha fria, invernal,
Para arrancarlas del viejo tallo
Que, estremecido, las vió pasar.

Volverán otras... quizá mañana
Las secas ramas vestir podrán
De nuevo, verde; pero ya nunca
Darán frescura a mi ansiedad.

Todas murieron... desnudo y mustio
Allí en mi huerto quedó el rosal
Tal vez mañana piadosa mano
Busque las rosas que no dará.

ELISA MORAGLIO

el desorden son tales, que hasta los mejores se resienten.

Qué hacer, precisamente, no puede decirse. La acción débese cumplir siempre en y sobre determinadas condiciones históricas, de las cuales nace su variedad infinita.

Sin embargo, se puede hacer mucho. Lo principal es adquirir conocimientos técnicos para la renovación dinámica de los organismos, de las tendencias a las cuales estamos más cerca y en las cuales nos es más fácil obrar.

El municipio; el organismo financiero; las oficinas públicas; la inmigración; las organizaciones obreras; etc, etc:; he ahí mil cosas de cuyo funcionamiento, correcto o incorrecto debemos adueñarnos mentalmente, para poder, en el momento oportuno, proponer una reforma clara, ofrecer nuestra persona, determinar un movimiento de opinión que provoque un cambio.

El verdadero patriotismo consiste en preparar argentinos capaces de obrar técnicamente; no en preparar cabezas hinchadas de futilezas y de absurdidades.

Ahondando aun más los medios, pasemos a los forjadores de la opinión pública, a los periodistas.

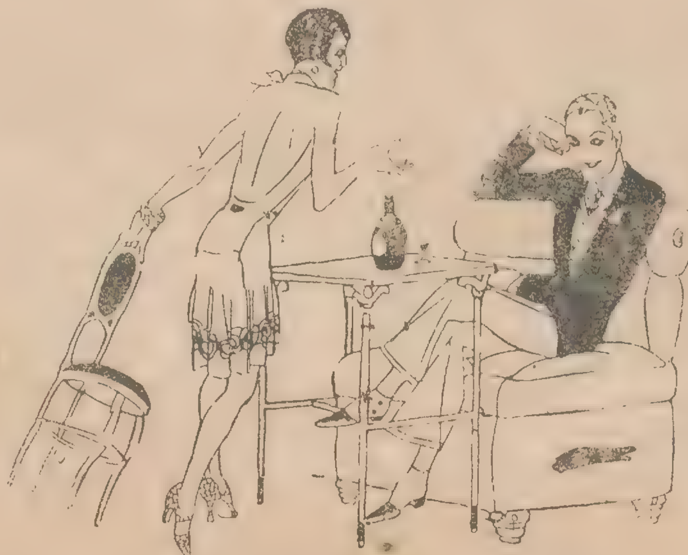
Su cargo, hoy en día, es de una importancia inmensa. Un joven de talento y de caracter nunca como hoy pudo obtener tan rápidamente una influencia seria.

La responsabilidad, por esto, se vuelve más grave para el publicista. El puede hacer mucho bien, no tanto con condenar a los prestidigitadores, las empresas ilusionistas y las malas acciones, como con exponer a plena luz los caracteres firmes y las iniciativas hermosas, que afortunadamente no faltan en la Argentina, por arriba de los partidos y dentro de los mismos.

En fin, yo todavía quisiera decir a los que estuviesen en condiciones de tentar una acción social: "Haz bien lo que estás haciendo". Con mucha frecuencia los jóvenes se sienten molestos en su molde, en su cargo aceptado más o menos libremente: quisieran evadirse para transformar el mundo. Pero cada célula del cuerpo social tiene su utilidad con una buena célula.

La acción educadora directa nos refuerza a nosotros mismos y forma los nuevos núcleos de la hora que pasa, mientras no impide caer en el desaliento y en el escepticismo; nos enriquece de experiencias, mientras se adquieren nuevos ideales, que determinaran nuevos rumbos en los viejos partidos y acaso partidos nuevos.

La tarea es larga. Pero si las nuevas generaciones tuvieran que extinguirse sin haber realizado, por lo menos, una gran parte de esa labor, hagámonos sin más el signo de la cruz y arrojémonos al río: no valdría la pena de vivir y de trabajar.



EL. — Yo he dicho a mi mujer que tenía que hacer un negocio.
ELLA. — Lo mismo le he dicho yo a mi tía; y se enfadaría mucho si no lo hiciera.

Un caso curioso

En el despacho del doctor Roux, doblemente reputado como especialista en enfermedades nerviosas y como coleccionista de joyas del Renacimiento, el visitante, un joven elegantísimo, le alargó una tarjeta en la que se leía: "Conde Raúl de Merigny, 16 bis, avenida Hoche".

El médico le indicó un asiento.

—Doctor — dijo el joven—, vengo a consultar sobre el caso de mi mujer. Está atacada de claptomanía.

—¿En qué circunstancias se ha dado usted cuenta de ello?

—Hace un mes, Volvía de una recepción de casa de la duquesa de Pommereuil y vi con extrañeza en su bolso una preciosa bombonera de porcelana de Sevres que había admirado no muchas veces en casa de la duquesa. Devolví el objeto, rogando dispensen lo que yo mismo creí una distracción. Una semana después, estando con mi mujer en casa de la señora de Robertson, la vi acercarse a una chimenea y apoderarse de una figurita chica de marfil. El objeto en su poder, mi mujer se marchó sin decir palabra. Su brusca marcha llamó la atención; afortunadamente, nadie advirtió que la figulina no estaba en su sitio. Restituí el objeto anónimamente.

—¡Es un caso muy curioso! — dijo el médico.

—Es posible; pero no sabe usted la angustia que es vivir bajo la amenaza constante de un escándalo. ¡Cúrela usted, doctor!

—Haremos todo lo que podamos — contestó el doctor—. Tengo que ver a la condesa.

—La he traído engañada diciéndole que quería consultar con usted acerca de unas molestias nerviosas que noto en mí. Como ella no se da cuenta de su monomanía, he creído conveniente no decirle una palabra.

—Ha hecho usted muy bien. La preguntaré con habilidad. Tráigala.

Al abrir la puerta, el conde de Merigny se volvió al doctor:

—¿Me autoriza usted a intentar una prueba que le demostrará la manía de la condesa? Finja usted que no se ocupa de mi mujer. En esa vitrina veo algunos objetos de orfebrería.

—Joyas de Benvenuto Cellini.

—Apuesto que no se resiste la tentación.

—Vamos a verlo — dijo el doctor.

Introducida la condesa de Merigny, una rubia encantadora de ojos soñadores, se apresuró a informarse de la salud de su marido.

—Tranquilícese, señora — le dijo el doctor—. No es nada alarmante. Con el tratamiento que voy a indicarle se curará completamente.

Empezó a escribir sin dejar de observar a la condesa. La mirada de ésta se fijó en la vitrina. Lentamente se acercó al mueble y cogió un broche de gran valor, que representaba una sirena de ágata en un estuche de incrustado de pedrería. Hecho esto, salió como un autómata del despacho.

—¿Lo ve usted, doctor?—exclamó el conde—. Lo mismo que hizo el otro día en casa de la señora de Robertson. Estará abajo en el auto. Voy a buscarla.

Salió...

El doctor no ha vuelto a ver al elegantísimo joven, ni a la encantadora rubia de ojos soñadores..., ni la joya de Benvenuto Cellini, perla de su colección.

Gabriel Timmory.

EL MATE AMARGO

Nosotros también tuvimos nuestro Adán criollo a quien Dios, de una costilla, le formó una Eva que le presentó como compañera.

Luego de la china, le trajo el pingo, para la lidia del trabajo y la diversión del paseo o de las carreras; el pingo que no se presta, como la guitarra, que también le regaló para endulzar los pesares, para ensayar estilos tristes y vidalitas, donde volcar la poesía de su alma.

Más adelante, para defenderlo de la intemperie, le construyó el rancho, en cuyos horcones se colgaría una rústica cuna y en cuyo fogón se asaría el churrasco para alimentarse.

Después le trajo el perro vigilante y la alondra matinal de la calandria autóctona para, en la aurora, despertarlo con su música desde la enramada.

Y el hombre, con todos esos tesoros, aun parecía no estar contento.

Y Dios le preguntó:

—¿Qué te falta?

El paisano le contestó filosofando:

—Todo pasa, Tata Dios, menos el dolor... Mi mujer se puede ir con otro; habrá momentos en los cuales no tendré ganas de cantar; cuando sea viejo no montaré el pingo; el hijo hará rancho aparte, se puede alzar el perro, caerse la casa... Y a mí no me restaría un compañero.

Un compañero para contarle despacito las penas, las tristezas de la vida; que me haga sentir su caliente mano de varón y que sea serio, callado y fiel.

Entonces Dios le regaló el mate amargo.

MONTIEL BALLESTEROS.

La historia del casamiento de un pobre soldado con la soltera más opulenta de Inglaterra

La señorita María Ashley, la muchacha más rica de Inglaterra se va a casar con un pobre oficial del ejército inglés que era, anteriormente, el secretario particular del padre de ella. Como consecuencia, el Príncipe de Gales, toda la familia real de Inglaterra, y los amigos más íntimos del Príncipe y la familia también de la señorita María están terriblemente afligidos por su terminación irremediable.

La señorita María Ashley es el partido matrimonial más deseable entre todas las muchachas acaudaladas de Inglaterra, por la sencilla razón de que ella y su hermana mayor Edwina, ya casada con Lord Mountbatten, son las herederas únicas de su abuelo Sir Ernest Cassel finado banquero riquísimo del difunto rey Eduardo VII, quien señaló en tu testamento a favor de las dos niñas, la insignificancia de cien millones de dólares.

El Príncipe de Gales habría preferido que la colosal fortuna del banquero de su abuelo, se quedara en las manos de algún amigo representante de la aristocracia del Reino Unido, de preferencia en las manos de uno de sus parientes. Algún buen día el Príncipe de Gales será rey, y seguramente el Príncipe piensa que si los 50.000.000 de dólares se encontraran en poder de un buen amigo, como era el finado Barón Cassel para su abuelo, Eduardo VII, estaría muy de acuerdo con su propia conveniencia, principalmente por haber el Príncipe heredado muchas de las cualidades pródigas de su abuelo. Más todavía, cuando se considera que la otra mitad de la fortuna de 100.000.000 de dólares está vinculada con la familia real por el hecho de haberse casado la hermana mayor, Edwina, con su primo Lord Mountbatten, cuyo nombre era Battenberg antes de la gran guerra, pero que lo había cambiado para quitarse el oprobio de llevar un apellido alemán. Estando la mitad de la fortuna en cuestión en manos tan deseables, sería una lástima, indudablemente, piensa el Príncipe, que la otra mitad se quedara para un plebeyo sin vinculación ninguna con él.

El joven afortunado oficial del ejército inglés es el capitán Alec Stratford Connungham Reid, quien sirvió durante la guerra en el Cuerpo Real de Aviación. El padre de la señorita María es el Coronel Wilfrid Ashley, Ministro de Transportes en el Gabinete del Primer Ministro Baldwin. El Capitán Reid es un soldado pundonoroso y valeroso, pero su familia no tiene distinción, y él no tiene fortuna propia.

Cuando lo destinaron a la mansión magnífica "Broadlands", en el condado de Wilts, propiedad del Coronel Ashley, en calidad de secretario particular del Ministro de Transportes, el capitán Reid se consideró muy feliz; y más feliz todavía, cuando él fué presentado a la hija menor de su jefe, la señorita María Ashley, quien no tenía más de 17 años en esa época. Y más tarde, cuando la linda muchacha le confesó ciertos secretos de su corazón, él se sintió más feliz todavía, más feliz de lo que jamás él se había imaginado en sus sueños más quiméricos.

Pero a la llegada de la hermana mayor, Edwina, entonces esposa del aristocrático Lord Mountbatten, el joven Capitán Reid, experimentó cierta reacción desfavorable en sus sueños de perpetua felicidad al lado de su amada María, porque los ojos penetrantes de su futura cuñada tuvieron más perpicacia que los de su padre, y pronto ella se enteró de la situación. Y la señora Edwina de Mounbatten tuvo un interés especial y personal en la futura suerte de su hermanita María, tada con mayor cantidad de corpúsculos azules en su sangre. Y un número respetable de los conocidos y antiguos amigos de la reina María, pensaron de la misma manera, diciendo entre ellos: "¿será posible que la nieta de un viejo prestamista alemán sea la sobrina del rey y de la reina de Inglaterra?" La verdad es que la reina y su círculo sentían que la dotación a Edwina de los cincuenta millones de dólares, pesaba muy poco en comparación con el honor de pertenecer a la familia real. Por estas razones empleó toda su fuerza de persuasión el Príncipe de Gales para inducir a la reina, su madre, a presenciar la ceremonia del casamiento de Edwina con Lord Mountbatten. Al fin la reina decidió honrar a la novia con su presencia real en la ceremonia, y después ella hizo todo lo posible para facilitar el viaje de luna de miel alrededor del mundo de su sobrino y su novia, "la nieta del viejo prestamista".

Pero debido a estas experiencias y dificultades con la reina María, la señora Edwina de Bountbatten desarrolló una concepción muy fuerte de la importancia de las personas de alto rango, títulos, posición social y de la necesidad de pegarse a la gente que se movía en los círculos más altos del Reino. En consecuencia, ella pensó que su hermana menor no debía aliarse con un pobre oficial del ejército, sin título o conexiones sociales, y al contrario que María, su hermanita poseedora de 50.000.000 de dólares debía casarse con un duque, o por lo menos, con un conde.

aunque parezca extraño que una mujer que poseía una fortuna independiente de 50.000.000 de dólares y casada con el primo mismo del Príncipe de Gales, el futuro rey de Inglaterra, se preocupara de la disposición de la fortuna de su hermana o necesitara respaldar su propia posición social.

Pero la verdad del asunto es que su abuelo, de quien ella había heredado su inmensa fortuna, nació en Alemania y era el descendiente de una familia bastante plebeya. La reina María de Inglaterra estuvo muy complacida cuando ella supo que el pobre Louis Mountbatten, el compañero íntimo y constante de su hijo, el Príncipe de Gales, había tenido la suerte de ganarse la mano de la acaudalada Edwina Ashley, pero siendo la reina tan partidaria de las antiguas distinciones de clase, su Majestad deploró la necesidad de incluir a la poseedora plebeya de tanto dinero en los círculos de la familia real. Y la reina deploró también el hecho de que esa fortuna tan apetecible no perteneciera a una señorita do-

Por todo eso, cuando Edwina llegó a descubrir que María estaba desesperadamente enamorada del pobre secretario capitán Reid, sin conexión ninguna con la aristocracia tan deseables a sus ojos, ella se enojó y no perdió tiempo en comunicar su gran descubrimiento a su papá, señor Wilfred Ashley, el Ministro, y a su mamá, quienes se expresaron en el mismo sentido sobro el infeliz enlace. Pero María cuando ellos la reprocharon por su imprudencia y la aconsejaron romper con el joven secretario de su padre, se mostró inmutable en sus afectos, y dijo que era su firme intención la de casarse con el hombre que había acogido su corazón.

No habiendo podido conseguir el abandono del matrimonio proyectado por parte de su hija, el Coronel Hshley no perdió un solo instante en despedir a su secretario, el Capitán Alec, quien tuvo que abandonar inmediatamente su puesto y la compañía de su amada María.

"Está bien", dijo María a su hermana, cuando supo la noticia de la despedida de su amante: "dentro de tres años yo seré la dueña de mi fortuna y tendré el control absoluto de ella. Yo adoro a mi Alec y lo esperaré mientras consigo mi mayoría".

Pero nadie en su familia hizo mucha atención a las protestas de María, creyendo que una muchacha tan joven e ignorante del mundo, pronto olvidaría su primer amor en el vértice de las diversas atracciones de la capital o por medio de un viaje alrededor del mundo; y se ofrecieron a la desconsolada niña la selección de unas temporadas en Londres o de emprender una vuelta al mundo con la esperanza de que pronto ella se olvidaría de su querido Alec.

María, sin explicarles su motivo optó en favor de Londres, porque sabía muy bien que el joven soldado con toda probabilidad iría al mismo lugar. Así fué, y María se embarcó para Londres bajo el cuidado de su hermana, la señora de Mountbatten. Naturalmente, el noble esposo de Edwina tuvo conocimiento de la triste historia de la afección contrariada de María, y pronto el asunto fué comunicado por él al Príncipe de Gales.

Es un hecho curioso que desde el tiempo que el viejo Barón Cassel tomó al rey Eduardo VII bajo su protección financiera, la familia real había considerado que los millones del "viejo prestamista" pertenecían en cierta manera a ella, aunque había siempre contemplado al proveedor del rey Eduardo con bastante desdén por su origen humilde y su nacionalidad.

Cuando el rey Eduardo VII ascendió al trono de Inglaterra, él adeudaba una enorme cantidad de dinero y estaba casi en quiebra, y no quiso pedir recursos al Parlamento para alivio de su situación financiera por miedo de ser rechazado de una manera humillante. Entonces el rey se dirigió a Sir Ernest Cassel, que era un verdadero mago de las finanzas, y dentro del corto plazo de un año. Eduardo VII anunció con ternura en la voz que Sir Ernesto era uno de los ciudadanos más valiosos en su reino. Y el rey tenía razón, por propia experiencia, porque el viejo banquero alemán, no solamente arregló las finanzas del rey de tal manera que éste al fin del año había amortizado la mayor parte de sus obli-

El manantial

Cerca de un manantial, tenía su guarida un león, y en él iba a beber también un águila. Un día, dos héroes, dos reyes, llegaron a aquel manantial, atraído como todos los viajeros curiosos, por las dos palmeras que lo sombreaban; se reconocieron los dos reyes, se batieron allí y cayeron al suelo, ambos heridos. El águila, cuando estaba agonizando, se cernió sobre ellos y les dijo socarronamente: "Vosotros que encontráis el mundo demasiado pequeño para satisfacer vuestra ambición, sois ahora una sombra. Príncipes, vuestros huesos, ayer fuertes y jóvenes, mañana no serán más que guijarros que se confundirán con las otras piedras del camino y nadie los reconocerá. ¡Insensatos! ¿Por qué os habéis batido en sagriento duelo? Yo soy el águila, vivo apaciblemente en esta soledad, con mi compañero el león. Los dos bebemos en esta misma fuente, los dos somos reyes de estos mismos territorios; él impera en las selvas, en las montañas y en las llanuras, y yo impero en el espacio."

VÍCTOR HUGO

gaciones y tenía lo suficiente para vivir durante el resto de su vida en la forma extravagante a la cual fué siempre inclinado. Al morir el viejo Sir Ernest perdonó al rey un préstamo de un millón de libras esterlinas que él le había proporcionado.

Si Edwina hubiera consentido en mantener su parte a la disposición de un miembro de la familia real, ¿por qué no haría María lo mismo?

El matrimonio Mountbatten había tenido un brillante éxito, habiéndose convertido en el líder de un círculo social lo más aristocrático de Londres, bajo la presidencia del Príncipe de Gales, el primo de Lord Mountbatten.

El matrimonio semi-real de Edwina había aumentado enormemente el valor nupcial de María. Si María por fuerza de sus 50.000.000 de dólares era antes de lo más deseable, ahora siendo ella la prima del Príncipe de Gales por el matrimonio de su hermana Edwina, su valor desde el punto de vista social era casi incalculable. Varios jóvenes, parientes de la familia real, estaban listos para juntar los millones de María a sus títulos, sin tomar en cuenta la diferencia de rango que separaba a la familia de María Ashley de las suyas.

Su hermana mayor, el Príncipe de Gales y todos los amigos de la familia real se dedicaron a hacer olvidar a María a su pobre soldado. No contentos con rodear a María con todos los jóvenes más deseables desde el punto de vista matrimonial, ellos la introdujeron en el "set" más rápido y frívolo de la capital más grande y disoluta del mundo.

María sin hacer la menor objeción se entregó con toda su energía a esta vida entretenida y divertida, siendo acompañada muchas veces por el Príncipe de Gales para grande satisfacción de su familia y de todo su círculo. Seguramente, María habría ya olvidado por completo su antigua preferencia aunque todavía ella no demostraba la menor idea de escoger otro pretendiente a su mano de entre los muchos que se presentaron.

Pero mientras que María dedicó sus días a la vida arriba descrita, con tanta animación ¿qué había pasado con el joven capitán Alec Reid? Depués de ser despedido por el padre de su amor, el capitán Reid había regresado modestamente a su hogar con el condado de Lancashire, en el norte de Inglaterra, e instalado allí se dedicó a la política, estudiando las necesidades de la ciudad donde había nacido. El se dedicó al estudio de las cuestiones romántica no aristocráticas, por cierto, pero de básica importancia, habiéndose familiarizado con la sanidad de las casas, la pavimentación de las calles y el sistema más científico de de drenaje y de proporcionar agua potable a los obreros, con el resultado de que dentro de un tiempo relativamente corto, sus conciudadanos lo eligieron su representante en el Parlamento del Reino Unido. Y entonces el capitán Alec Reid marchó también a Londres, donde estaba divirtiéndose de la manera más extravagante su muy querida e inolvidable María.

Es cierto que María ha debido heredar mucho de la astucia y genio de su abuelo, porque nadie en todo su círculo tuvo motivos para sospechar que ella había tenido la menor comunicación con su siempre adorado capitán; de otro modo, seguramente ella hubiera tenido que soportar ese viaje tan temible alrededor del mundo para curarla para siempre de su ilusión tan odiada por todas las personas que la rodeaban.

Pero al fin llegó el día de todos los días; el día de su mayor edad. Y de eso no hace mucho tiempo.

"¡Ahora tengo el pleno control de mi fortuna! ¿No es así?" — decía María dulcemente a su hermana — la Sra. Edwina de Mountbatten. "Seguramente que sí — respondía Edwina — sin la menor sospecha de lo que iba a pasar.

—"¡Qué suerte deliciosa!", dijo María, y entonces ella lanzó la bomba que había preparado durante los últimos tres años. "Muy bien; entonces, mi querida Edwina, la primera cosa que me propongo hacer es casarme en el acto con el capitán Reid!"".

No se puede imaginar el efecto que sus palabras produjeron sobre la desengañada Lady Mountbatten. Súplicas, oraciones y amenazas no tuvieron el menor efecto sobre la indómita María, atrincherada como estaba tras de la barricada de sus cincuenta millones de dólares y completamente segura de dónde estaba su felicidad.

"Tal vez — decía Lord Mountbatten — el Príncipe pueda hacerle ver la razón".

El Príncipe se comprometió a hacer lo posible. Y el Príncipe se sintió la persona mejor preparada para llevar a cabo con todo éxito su delicada misión. Habiendo podido él escaparse de todas las trampas matrimoniales durante tantísimos años, el Príncipe conocía palmo a palmo todos los argumentos en pro y en contra.

Pocos días después, el Príncipe se encontró en París usando toda su diplomacia y elocuencia para persuadir a la señorita María de renunciar a su propósito de casarse con un joven tan pobre y relativamente desconocido como era el capitán de su predilección. El pintaba la enorme diferencia que sufriría en su vida si se permitía cometer tal extravagancia de casarse con un Don Nadie. La familia se opondría, y ciertas casas ahora gustosamente abiertas a ella, serían necesariamente cerradas a la señora del Capitán Reid. Tampoco sería posible para ella continuar acompañando a su hermana la señora de Mountbatten en todas sus visitas y diversiones. Ella se sepultaría viva, cuando podía ser duquesa o tal vez princesa.

Concluídos los argumentos del príncipe, María decía sencillamente: "Le agradezco, mi querido Príncipe, por la solicitud de su alteza real a mi favor, pero con todo he decidido casarme con Alec".

Con toda probabilidad, ni la reina María ni ningún miembro de la familia real presenciará las nupcias de María, como presenciaron el matrimonio de Edwina.



UNA SORPRESA

Por Pedro Gómez Corena

Al entrar en la sala, que empezaba a llenarse de gente, se sintió deslumbrada por la intensa luz de las innumerables bombillas que adornaban el hemiciclo de palcos. Cerca del escenario buscó el número de su luneta, en una fila aún desocupada. Los músicos desenfundaban los instrumentos y con la vista reparaban la partitura que iba a ejecutarse en la función de aquella tarde.

Seguía llegando la gente y, un asiento por medio al de Adelina, se instaló una señora, cuyos grandes ojos negros iluminaban con luz extraña su rostro blanquísimo con matices de jazmín del Cabo. La dama llevaba de la mano una niñita rubia, de ojos azules que, al sentarse entre su madre y Adelina, le sonrió dulcemente, como si presintiera en ésta una amiga.

Lo primero que llamó la atención de Adelina, antes que los hermosos ojos de la señora y la sonrisa angelical de la niña, fué el perfume que impregnaba a su vecina.

Pero, ¿en dónde había percibido ella antes esa esencia sutil y directísima que parecía evocarle algo muy suyo y muy ajeno a la vez?... Por más que su cerebro pretendía reconstruir el recuerdo con precisión de detalles, se esfumaba de pronto, naufragando sus ideas, y volvía a impresionarla vivamente aquella cabecita rubia que se agitaba a su lado observándolo todo interrogando a la madre sobre la razón y el porqué de cuanto le rodeaba.

Para Adelina desde la llegada de aquella pareja se había esfumado todo en su alrededor; sólo la mantenía pendiente aquella manita rubia y fragante, como si durante toda su vida de esterilidad matrimonial le hubiese presentido... ¡Oh! cuán feliz sería ella teniendo una hija como aquella, dulce, inteligente, grácil, la carnal animación del ángel, que hace la alegría de un hogar, que atrae al padre y glorifica a la madre.

En el entreacto, mientras los hombres se dirigían al foumoir y las señoras de la luneta entablaban conversaciones parciales por la simpatía que sus vecinas le inspiraban, quiso Adelina entablar conversación con ellas.

Entonces, en el escarceo de una conversación sutil, empezó a darse cuenta de que en aquella hermosa mujer, cuya hija la tenía seducida por su infenua dulzura, había un misterio, eso no sé qué, que se trasluce en toda situación anómala y que la mujer es zahorí para adivinar. Pero, qué sería aquello?... ¿Se trataba de una mujer separada de su marido, de una desgraciada incomprendida, a quien un hombre egoista y cruel hubiese hecho víctima de su tiranía, o simplemente era aquella niñita del amor a quien le estaba vedado el nombre de su padre, y aquella mujer, al parecer tan gentil, una entretenida que sabía fingir modales de gran dama?

Y en su alma se albergaba un sentimiento de conmiseración hacia aquellos seres, quizá juguetes inocentes de lo ineludible: la una por amor a un hombre y que tal vez la adorase y no pudiera hacerla legitimamente suya; y la otra por la fatalidad que le había traído al mundo en condiciones tales.

Instintivamente pensó en sí misma, en la felicidad que la rodeaba, casada con un hombre a quien adoraba y de quien se sentía sinceramente amada, pudiendo gritar a la faz del mundo, su felicidad y sus anhelos. La única nube que había en el cielo de su dicha y que de vez en vez tendía una leve sombra de tristeza sobre el campo florido de su placidez, era la falta de un hijo, de una muñeca como aquella que tenía al lado ahora y por la cual ella daría gustosa unos años de su juventud y un poco de su lozanía, que apreciaba en tanto. Sobre todo la torturaba una idea, por que su marido, Eduardo, adoraba a los niños, y el eterno tormento de su vida de casada había sido el no tener un hijo en quien depositar todas sus complacencias... ¿Qué no diera ella porque aquella chiquilla fuera suya... Mirándola ahora bien, quizá por la insistencia de esa idea que la obsesionaba, le parecía descubrir en su rostro, aunque idealizados, ragos de la fisonomía de su esposo. ¡Qué tonta era!... Hasta dónde iría su loca imaginación en el constante anhelo de un bien jamás logrado... Ya estaba dando por hecho que aquella niña fuese suya y le parecía ver reproducida en ella al ser que más amaba sobre la tierra... ¿Habría locura semejante?

Terminó la representación de la ópera y el público se puso en pie deseoso de salir.

La madre de la niña, también se dispuso a salir, y con gesto muy señorial le tendió la mano:

Señora... un honor en haber pasado el rato en tan agradable compañía... Una servidora de usted, Sofía Martínez.

Adelina, son frases amables, se presentó también; hizo un cariño en la mejilla a Celicita... hasta el nombre resultaba angelical... Al fin se aclaraba el enigma: aquella mamá no había tenido esposo nunca...

Salieron ellas adelante. Adelina se demoró ahora intecionadamente. No estaría bien que se le viese en compañía de aquella mujer de posición anómala.

Guardando prudente distancia salió luego. Al llegar al vestíbulo del teatro la luz mortecina de la tarde, que entraba por las tres puertas de par en par abiertas, mezclábase a la anaranjada de las bombillas de los enormes candelabros.

De pie sobre la escalinata se detuvo complacida al ver a Eduardo en la acera del frente, que parecía esperarla; ¿pero cómo había sabido en dónde se encontraba ella, si su determinación de asistir al teatro había sido impremeditada y no había dejado en casa indicación alguna que pudiese guiarlo?

De pronto un grito:

—Papá!...

Y la angelical Celicita se arrojaba en los brazos de Eduardo, que esperaba a la otra... Adelina sintió que toda la sangre afluiría al corazón, tambaleó y dió con su cuerpo en el pavimento del amplio relleno de la escalinata.

El sol y las ranas

Celebraba una vez cierto pueblo las bodas de un tirano y para demostrar a todos cuanto se alegraban, que eran unos necios, refirióles Esopo la fábula siguiente:

Allá, en tiempos remotos, concibió el Sol el designio de casarse, más apenas cundió la noticia entre los habitantes de las lagunas, prorrumpieron en amargas quejas exclamando:

—¡Oh, Júpiter! ¿permitiréis semejante injusticia? ¿Qué será de nosotras si llega a tener hijos el Sol? Apenas podemos resistir sus abrasadores rayos, y si hubiera media docena como él, hasta la mar quedaría en seco, en cual caso ¡adiós pantanos y cañaverales; iríamos a perecer en las aguas de la Estigia y toda nuestra raza desaparecería de la tierra!

Para ser ranas, no razonaban tan mal.

Los progresos del alumbrado

El uso de las bujías de cera existía en Europa desde los tiempos de Carlomagno. Fué en Venecia, donde tuvo principio la fabricación de esas velas de lujos, a la que se dió el nombre de bujías, tomándolo del de la villa en que los venecianos adquirían la cera necesaria para su confección.

Hasta pasado el primer cuarto del siglo XIX las bujías de cera fueron el único alumbrado de las gentes ricas. En el siglo XVIII se vendían bujías perfumadas, que al arder esparcían los más delicados olores. Muchos autores de "memorias" de la vida social de aquel entonces aseguran que la luz de esas bujías era grandemente favorable a la belleza de las señoras.

La bujía esteárica, aunque inventada 1825, no se fabricó industrialmente, sino a partir de 1831. Durante una treintena de años no tuvo más rival en el alumbrado doméstico que la lámpara de aceite. Después apareció el petróleo y luego el alumbrado por gas. La luz eléctrica por incandescencia sólo data de 1882.

De modo que toda la historia de los progresos del alumbrado está contenida en los últimos cien años.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 19 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

"El ensueño de París" por Carlos G. Antola.

El señor Carlos G. Antola, ha reunido en un volúmen elegante, una serie de artículos, los cuales reflejan sus impresiones de la ciudad luz.

Mucho se ha escrito sobre París; en diversos aspectos los escritores han estudiado la vida de aquella ciudad encantada, sus costumbres, sus alegrías y también sus miserias y siempre el alma de cada autor le imprime su sello peculiar, de ahí la libertad de las manifestaciones. Indudablemente que es bello estudiar las distintas orientaciones que da cada escritor en lo que concierne a esta ciudad risueña, tan cantada por los poetas porque cada uno la ve a traves de su lente.

El Sr. Antola, ha vivido sus horas de artista, bajo el encantamiento de la ciudad de Paúl Verlaire, y ha pernoctado en las noches, en sus teatros boulevares y paseos, ha estudiado su carácter, sus recuerdos históricos, y aquellos estudios los ha reunido en el tomo de que nos ocupamos.

Este libro tiene un mérito digno de hacerlo notar, y es la exactitud con que el autor describe los asuntos. Critica, analiza sin apasionamiento, y su obra, bien diseñada, nos da la impresión de que nos encontramos en aquellos boulevares llenos de sol, que observamos las mujeres que muestran su gracia — rico tesoro — o bien evocamos la memoria que despiertan sus museos, y estatuas, y la poesía, madre suprema, que engalana las cosas donde Dios ha puesto su obra y su buril.

El libro del Sr. Antola, como he dicho anteriormente, está bien escrito, quizá algunos temas los desarrolla con premura sin haber abundado demasiado, pero aun así, es un volumen meritorio y digno de leerse.

F. B. V.

"La campana de plata" por Eduardo Escobar.

En estos poemas que termina de publicar el Sr. Escobar, triunfa más el color que la emoción. Es lo que podríamos llamar, un librito que guarda sonoridades que dejan en el espíritu una vaga escena, pero que no lo conmueven y lo invitan a meditar.

En estas manifestaciones de alma en nuestros poetas, es difícil vestir opiniones, pues el crítico se revela de acuerdo con su predilección, a aceptar o no la factura poética que se le ofrece, ahora que estamos en una época de escudos modernistas, ultraistas y extravagantes, no obstante nos concretamos a decir que el Sr. Escobar es un músico del verso, un orfebre, pero que la emoción empalidece siempre.

Sin embargo, entre los pocos que van por esta senda, el Sr. Escobar, es uno de los más felices, pues tiene una imaginación ardorosa y un alma que se posa en la belleza, patrimonio de los verdaderos poetas.

Su libro se lee con agrado; sus versos son correctos, pulidos y armoniosos, y esto es suficiente para que su obra nos encante.

"Pedazos de alma" por Esther Monasterio.

La autora de "¿Volverá?", la señorita Monasterio, — alguien lo ha asegurado no sin autoridad, —es de aquellas novelistas que con orgullo pueden considerarse discípulas de las hermanas Brontë.

Habilidad en el trazo y acierto en la cultura de los personajes es la primera característica de esta escritora que en las páginas de su última producción "Pedazos de alma" ha sabido profundizar en el alma humana para extraer de ella la esencia de tragedias y alegrías a la vez, brindarlas al lector cautivado desde ya por la fidelidad y destreza con que la señorita Monasterio evoca los instantes más caracterizados de nuestra existencia nacional, ya se trate de la rural; como de la agreste y provinciana.

Existe una escuela de novelistas en nuestros país cuyas obras, sin temor ni recelo de ninguna especie, pueden colocarse en manos de mujeres y de niños. Uno de estos autores es la señorita Monasterio; con lo que está dicho que su ob a noble; humana y altiva, a la vez que de esparcimiento, puede servir de ejemplo a todos los que tengan la ventura de leer sus bien perjeñadas páginas.

La edición de "Pedazos del alma" ha sido realizada con verdadero acierto por la Editorial Tor: lujo de presentación, corrección y pureza de texto y excelente calidad del papel. En una palabra, todo cuanto se requiere para poder afirmar que se trata de un bello libro.

"Cuentos espiritistas" por Amalia Domingo Soler. Edición Maucci—Barcelona—(España).—

Publicada la obra de esta insigne escritora "Sus más hermosos escritos", no hace mucho tiempo, cuya acogida entre sus fervientes admiradores y seguidores de sus ideales doctrinas, no ha podido ser más lisonjera, y quedando original suficiente para otro tomo semejante, acaba de ver la luz con el título que encabeza estas líneas, y que a más de ser muy apropiado, seguramente será del agrado de los innumerables lectores de la cada vez más recordada pensadora.

Este libro encantador, de lectura altamente moral y sugestiva, se ha formado con multitud de trabajos literarios diseminados en diferentes Revistas de Espiritismo, en las que tanto agradaba colaborar, a la autora de tantas obras de delicadeza suma, de profundas enseñanzas y elevados pensamientos.

Difícil tarea sería elegir, para recomendar su especial lectura, un cuento determinado; pues son tantos los que seducen por su fondo bondadoso, por sus lecciones de realismo pavoroso, por el concepto humano, y a la par divino, que Amalia Domingo tenía de la vida transitoria, que leer este libro es elevarse en alas de su espíritu escogido a regiones donde ella mora y desde donde inspira a sus adeptos.

Noticias literarias

En breve, los señores J. Lajouane y Cía., editarán una "Recopilación de Leyes usuales de la República Argentina", que constará de más de 1500 páginas. La misma casa dará la segunda edición del tomo III del "Derecho Constitucional Argentino" de Juan A. González Calderón, que tratará de Historia, teoría y jurisprudencia de la Constitución. Este tomo contendrá valiosos "índices" (analítico, alfabético, y de leyes, por artículos) de toda la obra, la que consta de 3 volúmenes.

Martín V. Lascano, miembro de la Academia Americana de la Historia, publicará, por intermedio de la misma casa, "Don Juan Manuel de Rosas y su Gobierno" obra de carácter reivindicatorio.

Don Luis Pozzo Ardizzi, que logrará un merecido triunfo con "La Moral de don Filántropo" lanzará en breve una segunda edición por intermedio de la Agencia General de Librería y Publicaciones.

Eduardo María de Ocompo, que conquistará aplausos con "Las Rutas de Simbad", dará en el transcurso del año, una nueva edición de su primer libro "Las naves azules" que fuera prologado por Evar Méndez. Lo distribuirá la Agencia General de Librería y Publicaciones. Este autor dará a conocer una novela de costumbres criollas, escrita durante su reciente permanencia en La Pampa.

María Alicia Domínguez nos ofrecerá pronto su tercer libro de versos "La flor de los ecos", que consolidará los bien logrados triunfos de su autora. Lo editará la Tor.

Un poeta que se destacará con caracteres propios, será Alberto Bensadón, quien en breve publicará un volumen de poesías puramente líricas y sentimentales. Posiblemente lo editará la Agencia General.

Hemos recibido:

"Debilidad y cobardía", novela por José Nieto Mendoza. Edición Oceana. Buenos Aires 1926.

"Pedazos del alma", cuentos por Esther Monasterio. Editorial Tor. Buenos Aires 1926.

"Juan Pablo Echagüe. Rasgos Biográficos". por Alfredo Monla Figueroa. Edición L. J. Rosso. Buenos Aires 1927.

"Irigoyen... ¡Tal cuál es!", por Eduardo Isla. Buenos Aires, 1927.

"Ruinas de dolor y de ensueño", por Antonio Burich. Edición Agencia General de Librerías y Publicaciones. Buenos Aires, 1926.

"La campana del plata". Poemas por Eduardo Escobar. Edición "El Pueblo". Necochea, 1927.

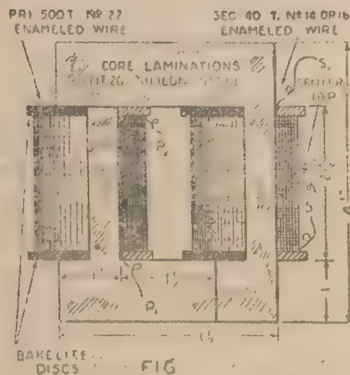
"Una investigación en México. (Un ensayo de interpretación)" por Un europeo. México, 1927.

RADIOTELEFONIA

ELIMINADORES DE BATERIAS

(Continuación)

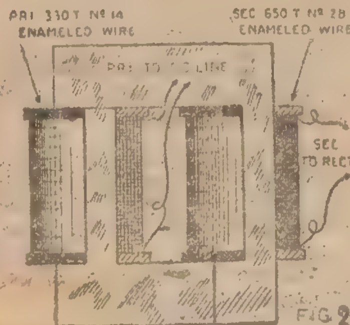
Cuando se dea construir eliminadores de las baterías de placa, ya el problema se complica en parte, puesto que para que un aparato de esta índole funcione en debida forma, es necesario que la corriente salida por él, sea completamente libre de ruidos o vibraciones, sino se desea que se oigan zumbidos de toda especie en el receptor, con la consiguiente pérdida de claridad en la audición. Por ello ya no es posible utilizar los diagramas que se han dado con anterioridad y que servían para el filamento, sino que es indispensable la adopción de filtros de muy perfecta construcción, aun cuando esta no sea tan difícil como parece, por ello hay que tener cuidado cuando se adquieren en el comercio, elementos de esta naturaleza, que éstos estén construídos de acuerdo a los datos que daremos más adelante, si se desea no malgastar inutilmente el dinero.



Por supuesto que la construcción de un transformador aplicable a un eliminador de baterías para placa es enteramente diferente del utilizado en los casos de alimentación del filamento, pues en el primer caso el transformador rebaja el voltaje; estos transformadores no son de difícil construcción, pero dado que en el comercio se pueden obtener a precios reducidos, es preferible adquirirlos, no obstante si se desea construirlos, ello es fácil de hacerlo si se siguen las indicaciones dadas en los diagramas que se verán más adelante.

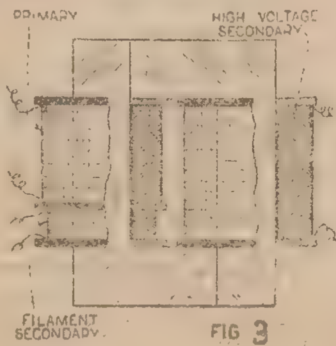
Cuando se trate de transformadores que sirvan únicamente para la alimentación del filamento, se recurrirá a los datos constructivos indicados en las figuras 1 y 2, cuya sola vista es necesaria para la construcción.

Es perfectamente posible la construcción de transformadores que permitan la obtención de la corriente necesaria para el filamento y la placa, si se siguen las indicaciones de la figura 3, en el cual se pueden obtener por medio de los topes convenientemente arreglados, las corrientes necesarias, debe hacerse notar que las medidas dadas en los croquis, están en pulgadas, las cuales bastará reducir a centímetros, para obtener las medidas convenientes.



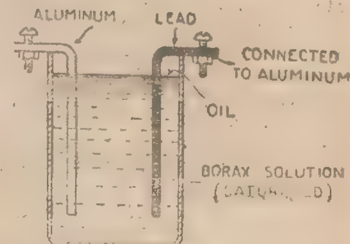


Uno de los puntos más importantes cuando se trata de eliminadores de baterías, es el de los filtros, pues por medio de ellos, será fácil eliminar los distintos ruidos, propios de un eliminador.

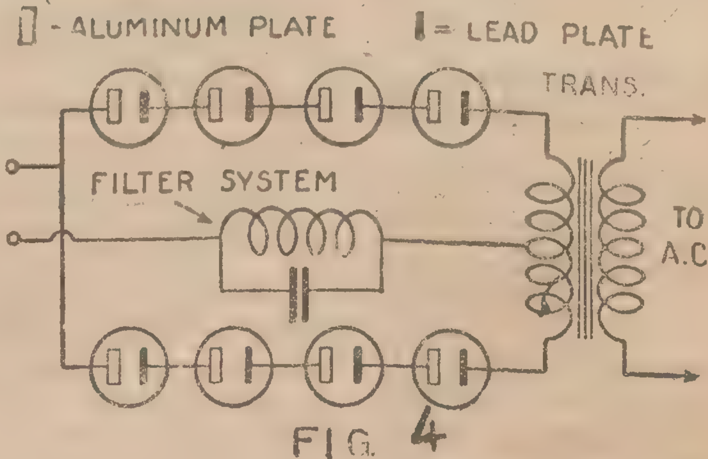


La construcción de un choke o reactor, necesario para la instalación de un filtro, no es difícil, pero si el hacerlo en forma que su funcionamiento deje algo que desear, por ello este elemento siempre es conveniente adquirirlo hecho, pero si el aficionado desea construirlo por sí mismo, podrá hacerlo si se atiene a las indicaciones dadas en el diagrama 3, el cual lo mismo que los anteriores, contiene todos los datos, para su construcción sin dificultades, deberá sin embargo, tener bien presente que el número de vueltas es un punto relativamente importante en los transformadores y a veces en los reactores o Chokes, por ello este es un punto que deberá mirar con mucho cuidado.

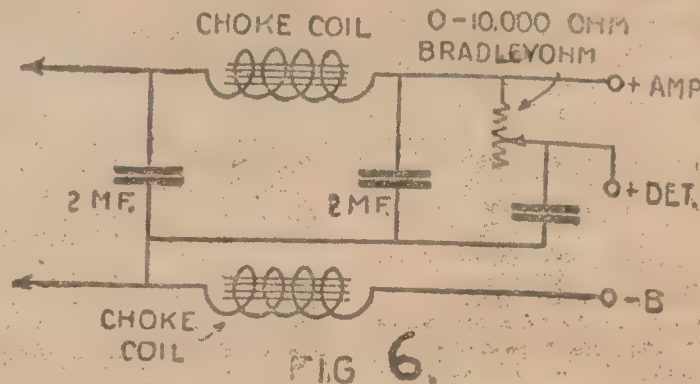
A pesar de lo dicho, no basta sólo con conectar el transformador, para obtener la corriente necesaria, pues esta corriente que así se ha obtenido, es corriente alternada, la cual será necesario rectificar, para que pueda usarse en la placa y filamentos, por ello, esta corriente debe rectificarse, es decir, debe convertirse en corriente continua, y a tal objeto se coloca un sistema de rectificación que puede ser igual o similar al indicado en la figura 4, en ese rectificador, el elemento principal está constituído por las pilas o elementos químicos, cuya forma y detalles se pueden ver en la figura 5, la solución es simple borax y los elementos son uno de aluminio y otro de plomo, en la superficie del líquido, se coloca una pequeña película de aceite mineral, para evitar la evaporación rápida del líquido.



Hay un tercer tipo de eliminador que posee los elementos necesarios para suplir la corriente que utilizan la placa del detector y los tubos amplificadores de un circuito receptor, por ello el dispositivo es algo más complicado, pero más eficiente, así el indicado en la figura 6, puede verse un eliminador de este tipo, que da el voltaje necesario para el detector y los tubos amplificadores.



Debe hacerse notar que todo lo anteriormente dicho, no constituye nada más que un pequeño resumen de todo lo que se ha hecho en materia de eliminadores, pues un artículo completo sobre el mismo, nos hubiera obligado a extendernos demasiado, lo que no correspondería a la índole del artículo, no obstante, los que deseen construír un eliminador tiene a mano la mayoría de los datos que les hacen falta, para que él salga perfectamente eficiente.



TEATROS

LOS ELENCOS PARA LA TEMPORADA 1937

La mayor parte de la compañías que actuarán en Buenos Aires, durante la temporada oficial de 1927, ya han sido organizadas y se encuentran ensayando las obras del debut. Ofrecemos a continuación una vista panorámica de los elencos, sin perjuicio de detallar en otros números los propósitos y programa de acción de las compañías.

LICEO

La compañía argentina de comedias del actor Roberto Casaux, que hará su presentación en el teatro Liceo el 9 de marzo próximo, con el estreno de la pieza en tres actos "La familia Pinkenpack", original de Federico Mertens, quedó así constituída:

Actrices: Pierina Dealessi, Susana Vargas, Delia Martínez, Esperanza Palomero, Aída Sportelli, Eugenia Alvarez, Delia Codebó, María Armand y Felisa Vázque; actores: Julio Scarzella, León Zárate, Orestes Soriani, Raimundo Pastore, Eduardo Zucchi, Alberto Bello, Andrés Jiménez, Tomás Pardo y Gonzalo Palomero.

La dirección de la compañía, que será ejercida por Federico Mertens, cuenta con las siguientes obras para formar su repertorio:

"El ilustre señor Ameneiro", de Rafael J. de Rosa; "El suicidio de Larga", de Julio F. Escobar; "Martorell, Margariños y Compañía", de Arnaldo Malfatti; 'Sisebuta me engaña", de Ivo Pelay; "Las alegres comadres de Windsor", de Shakespeare, adaptada por José González Castillo; "Cásate, Jacobito", de Luiggi Pirandello; "El pomposo Goyardo", de Juan Ferlini; 'El abuelo tiene plata", de Eliseo Gutiérrez, y "Cristiano", de Alberto Casal Castell y Jorge Ramírez Pinto. Además tiene otras, sin título, aún, originales de Martínez Sierra, Saldías, Moock, Rodríguez Acasuso, Botta y De Bassi, Goicochea y Cordone, etc.

NUEVO

El conjunto que con el título de compañía moderna de espectáculos breves trabajará en el Teatro Nuevo bajo la dirección de Ivo Pelay, se presentará el día 3 de marzo con el estreno de la comedia lírica "Alba de oro", cuyo libro firma el director del elenco, con música adaptada de partituras de Strauss y Kalmann, por los maestros Lozzi y Devalque, y la reposición de "Francisquita, la maleva" pieza que con mucha aceptación fué representada durante la temporada final del año pasado en la misma sala. Encabezan el conjunto, las actrices Lea Conti, Dora Gález, María Ester Pomar, Felisa Mary y la bailarina Teresa Massoky, y los actores Segundo Pomar, Miguel Gómez Bai, Vicente Climent y Severo Fernández, completando el elenco los siguientes elementos:

Actrices: Lucía Bessé, Felisa Bonorino, Victoria Corbani, Zoraide Corbani; Blanca Carly, Ernestina Davis, Sara Etchegoyen, Amanda Fanelli, Julia Garrido, Carlota Grey, Amanda de Labar, María J. López, Elena López, Zulema Maryland, Carlota Moreno, Ana Orquín, Juana Ortiz, Antonia Ruiz, Eugenia Rodríguez, Manola Rodríguez, Marina Taillade, Meneca Taillade, Josefina Vigalia, Herminia Vázquez y Antonia Zabala. Actores: Salvador Enríquez, Alberto Estrada, Marino Fanelli, Emilio Fajardo, Eduardo de Labar, Eduardo Luquet, Jaime Moreno, Pedro Quartucci, José Ruzo, Enrique Rodríguez, José Santuriano y José M. Santamarina.

CERVANTES

Ha quedado definitivamente fijada para el jueves 10 de marzo próximo la iniciación de la temporada que desarrollará en el Teatro Cervantes la compañía argentina de comedias que encabeza la primera actriz Fanny Brena.

El elenco que acompañará a la actriz nombrada, y que tendrá por primer actor a Alejandro Flores, ha quedado integrado en la forma siguiente: actrices: Amalia Lamadrid, María Ester Lagos, María Goicochea, Leticia Moreno, Nelly Alvarez, Raquel Saldías y Beatriz Guerrero; actores; José Sande, Francisco Márquez, Mario Cullen, Enrique Senisterra, Pedro A. Laxalt, José Dos Santos, Rodolfo Goicochea, Héctor Ghio, Nicolás Catalán y Pedro Navone.

La compañía, que según se ha informado, actuará bajo la dirección de D. Juan León Bengoa, joven autor que ha evidenciado una inteligente visión de la escena y digna orientación en su labor de comediógrafo, ofrecerá un repertorio, en el que figuran estas novedades, pertenecientes a escritores nacionales: "El amo del mundo", de Alfonsina Estorni: "Para el aperitivo de las ocho", de Alfredo Duhau; "El hombre de los ojos azulez", de Manuel Gálvez: "Tesoro mío", de Juan León Bengoa, y "Las descentradas" de Salvadora Medina Onrubia.

El repertorio extranjero estará representado en la temporada por las versiones de "La danza de la osa menor", de Carlos Veneziani; "La muerte de los amantes", de Luis Chiarelli; "Yo no la quiero a usted", de Marcel Achard; "La morosina" y "El problema central", de Arnaldo Fraccaroli; "En su candor ingenuo", de Jacques Deval; "Fiebre", de Pier María Rosso de San Secondo; "La sonata de Kreutze", de F. Noziere y A. Savoir; "Un imbécil", de Luigi Pirandello; "Cabeza de zanahoria", de Jules Renarda; "Una muchacha formal", de Armont y Gerbidón, y "Lo que la mujer quiere", de Etienne Rey y Alfred Savoir.

Completarán el número de producciones que la compañía Brena interpretará en su actuación, las reposiciones de "El sendero en las tinieblas", "La inmaculada", "Las vestales", "Los derechos de la salud", "Con las alas rotas", "La conquista", "La propia obra" y "Te quiero, te adoro".

SMART

He aquí el elenco completo de la compañía Blanca Podestá, que bajo la dirección del señor Elías Alippi, se presentará en el teatro Smart, en la primera quincena de marzo.

Actrices: Ballerini Stella; Cainelli María; Conde Alicia; Cuevas Rosita; Caviglia María; D'Aponte Araceli; Emery Elisa; Laza María; Podestá Blanca, Thiriot Sara, Ximénez Carmen; Vidal BZianca y Zamora María.

Actores: Alippi Elías; Arellano Luis; Barreira Luis, Ballerini Alberto, Bono Juan, Lillo Evaristo; Machi Juan, Malcón Guillermo, Orlando Elías; Podestá José; Rocha Fausto; Sánchez Bebé, Scury Rafael.

Apuntadores: Romero-Prat.

SARMIENTO

El elenco organizado por Manuel Romero para desarrollar una temporada de revistas en el Sarmiento, ha quedado constituído así: Primeras figuras: Gloria Guzmán y Carmen Lamas; actor de carácter y director de escena, García Parra; primer actor y tenor lírico, Pepe Romeu; primer actor cómico, Marcos Caplan; actor cómico, Juan J. Fernández; cancionista criolla, Sofía Bozán; tiple cómica, Amalia Montero; tiple cómica y bailarina, Lola Llopis; dama joven y "commére", Ida Delmás; chansonier y bailarín, Arturo R. Brown; actriz cómica, Amanda Falcón; coreógrafo, N. Mizzin; otros actores: Mariano Orsi, José Vittori, José Harold y Warly Ceriani; maestro director y concertador, Ernani Andolfi; segundas tiples: Elena Bozán, Haydée Bozán, Waly Wues, Gladys Rizza, Marta Swanson, Mimí Salvador, Consuelo Salvador, Aurora Bersi, Luisa Bersi, Carmen Bersi, Blanca Pasquetti, Trinidad Miranda, Obdulia Gómez, Matilde Lanci, Alba Botto, Carmen Nogales, Luisa Sánchez, Lola Rivero y Josefina Porta.

Notable cuerpo de baile formado por veinte jóvenes y graciosas bailarinas.

Dirección: Manuel Romero.

Decoraciones de Lanciliotti.

Sastrería confeccionada en los talleres de la empresa sobre modelos de Muñoz Mora y en los más renombrados "ateliers" de París.

VICTORIA

El 10 de mazo próximo se presentará en el teatro Victoria la compañía española de comedias dirigida por el primer actor Pedro Codina, la cual está así constituí-

Hortensia Martínez, primera actriz; Prudencia Griffell, primera actriz de carácter; Luis de Llano, primer actor cómico; Concepción Firpo, María Gil Quesada, Amparo M. Griffell, Josefina Roca, Josefina C. Roca, Teresa Romagnaty y Elvira Tizón, actrices: Juan Catalá, Felipe Creus, Juan Liiri, Fernando Martínez, José Ojeda, José Palacios y Antonio Zamora, actores.

La inauguración de la temporada se realizará con la farsa en tres actos, en verso, de Ramón del Valle Inclán "La marquesa Rosalinda".

SOLIS

El nuevo Teatro Solís inaugurará su funcionamiento en la primera decena de marzo próximo, con la compañía de género lírico criollo organizada por el maestro José Carrilero, quien ejercerá la dirección artística del conjunto.

Este elenco, que sustenta como propósito principal, cultivar el sainete lírico criollo, ha quedado definitivamente constituído en la siguiente forma:

Actrices y tiples: Milagros de la Vega, Soledad León, Angeles Martínez, Mirta Bottaro, Antonia Volpe, Sara Prosperi, Alicia Vignoli, Olga Vignoli, Mirta Sapelli y Lía Morón; actores: Domingo Sapelli, Néstor Calcagno, Juan Dardes, Maximo Giráldez, Constante Scarcaccini, Alberto Terrones, Gaspar Sala, Arturo G. Calderilla, Rafael Fernández, Alberto Huergo Dillón, José Castro, Julio García y Juan García. Integrará la compañía una nutrida masa coral.

La dirección de este conjunto, atendiendo a las finalidades de restaurar entre nosotros la zarzuela criolla y la obra musicada, de aspectos típicos locales, ha comprometido el concurso de nuestros más caracterizados autores para el desenvolvimiento de dicha iniciativa, contando desde ahora con producciones de Alberto Vacarezza, Julio Sánchez Gardel, José María Vazquez, Carlos R. de Paoli, Armando Discépolo, etc.

Además esta temporada ha obtenido la cooperación del maestro Francisco Payá, que tendrá a su cargo la dirección musical de la compañía.

OTROS TEATROS

—En el Nacional debutará en la segunda quincena de marzo la compañía nacional de comedias y sainetes que dirige Carcavallo. La camposición de la misma, es la del año pasado, tal vez con alguna pequeña variante.

—En el argentino aparecerán las huestes que acaudilla Parra, también en las mismas fechas aproximadamente.

—En el Marconi debutará a mediados de mes, la gran compañía piamontesa Cittá di Torino.

—En el San Martín se presentará en la primera quincena de marzo la compañía Rivera - De Rosas, en temporada de despedida.

—En el Buenos Aires, Muiño y sus cómicos iniciarán la temporada en la segunda quincena de marzo.

OJEANDO LAS CARTELERAS

—Los Podestá continúan en el Avenida su afortunada temporada de teatro criollo con "Santos Vega" y "Juan Moreyra".

—El Porteño y el Hippodrome, explotan con éxito la revista veraniega.

—El realismo en el Smart, sigue despertando la curiosidad de su público.

LAS DELICIAS DE LA PANTALLA

EN EL GRAND SPLENDID.— Mucha animación reina siempre en esta hermosa sala, cuya numerosa concurrencia celebra los aciertos en la preparación de sus selectos programas.

EN EL CAPITOL.—Los buenos aficionados al cine, constituyen los asiduos concurrentes a esta aristocrática sala llena siempre de distinguidas familias.

CINE PARC.—Sitio favorito de reunión de las familias de Palermo, el Cine Parc goza de las simpatías del público por los selectos programas que ofrece, con cintas dramáticas y cómicas de las mejores marcas.

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI

—Pero misia Jovita, no diga eso no faltaba mas... Pipiri lo llevará muy gustoso a pasear.

—¡Yo quiero diez centavos!

—No puede ir a jugar. Tienes que entretener al nene, hasta que vuelva su mama

—¿Me quieres dar una naranja grandota?

—Yo quisiera tambien para mi.

—Yo quiero una... ¡Yo quiero! ¡Yo quiero! ¡Yo quieró! ¡Yo quiero!

—Nene idiota Me has hecho gastar la plata que tenía.

—¡Quiero manises ¡Yo lo quiero! ¡Yo lo quiero! ¡Yo lo quiero

—¡Vamos a casa! Caramba con este pibe no hace más que pedir todo lo que ve

—Quiero helados y chocolate...

—Mamita. Este nene es un clavo, se le antoja todo lo que ve

—Bueno, vayan a jugar ahi dentro.

¡AAA! ¡AAA! ¡AAA! ¡AAA!

LO QUIRO

—¡Como grita

—¡Por favor! Dale lo que pida con tal de que se esté quieto.

—Pero, mamita si lo que quiere...

—Te he dicho que no me discutas.

—¡Yo la quiero! ¡Yo la quiero! ¡Yo la quiero! . . . . .

¡AAA!

YO LA QUIERO

YO LA QUIE

—Pero, ¿por que?

—Porque lo que quiere es eso.... no le das lo que pide?...

B-Z...

B-Z-Z-Z...

BZ-Z-Z



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA

1. Blusa recta, de crespón de China, color rojo violáceo, guarnecida con galones rojo carmín, bordados plata y orlados con satén negro. 2. Casaca de satén negro, alumbrado de crespón de China azul pálido; en el costado izquierdo, bordado de motivos de flores, color azul claro y oro. 3. Camisero de crespón de China verde trabajado con calados; el cuello anudado formando corbata, está terminado por unas borlas de seda y perlas cristal. 4. Blusa de crespón de China, color amarillo ocre, guarnecida con bordado azul vivo y malva.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746